

NARCISO CLIMENT BUZÓN



Antonio Rodríguez Ramos

**EL BUSCADOR DE
SOMBRAS**

NARCISO CLIMENT BUZÓN

EL BUSCADOR DE SOMBRAS

PRÓLOGO DE
JOSÉ JURADO MORALES

PORTADA DE
ANTONIO RODRÍGUEZ ROMERO

© Narciso Climent Buzón

© Prólogo: José Jurado Morales

© Portada: Antonio Rodríguez Romero

Edita: Narciso Climent Buzón

Imprime: Sta. Teresa, Ind. Gráficas, S.A.
C/. Cervantes, 5. Sanlúcar de Bda.

Dep. Legal: CA 483/04

I.S.B.N.: En trámite

*El cansancio puede roncar sobre las piedras
cuando descansa;
la holgazanería siempre encuentra dura
la almohada de plumas.*

William Shakespeare.

*A las únicas sombras
que mantengan los dedos incorruptos.*

PRÓLOGO

EL MODO MÁS EXACTO DE CONOCERNOS O UNA LECTURA DE *EL BUSCADOR DE SOMBRAS*

Sin abandonar nunca la investigación histórica, como bien lo atestigua su estudio *Calles y plazas de Sanlúcar de Barrameda. Recorrido histórico* (2004), en los últimos años Narciso Climent Buzón se ha entregado de una forma más continuada y sistemática a la creación literaria. Poco a poco ha ido construyendo una obra poética estimable -*Poemas del Rosario* (1984), *Taraceas para un alma solidaria* (1999), *Expiración: Melodía de silencio* (2000), *Cádiz, pleamar de esencias* (2002) y *El pálpito de las horas* (2004)-, a la vez que ha ido creando historias narrativas que finalmente ha recogido en dos libros: *Una ciudad vestida de luz* (1997) y *El buscador de sombras* (2004).

Quienes hemos leído sus libros estamos acostumbrados a identificar con relativa rapidez el tono y el contenido de los textos con la voz y el pensamiento del autor. Quizás *El buscador de sombras* sea la obra donde el escritor esté más oculto -al menos en apariencia-, pues la pluralidad de la voz narrativa, la diversidad de los mundos recreados y la variedad de los personajes nos llevan a olvidar su persona para centrarnos en lo que nos cuenta. Y esto es un mérito: la ficción queda por encima de la realidad y lo inventado se sobrepone a lo biográfico, algo que no es fácil dado el magnetismo de Narciso Climent. Claro que éste no hace más que aplicarse aquellas palabras de Fernando Pessoa en las que definía al poeta como un fingidor: "El poeta es un fingidor.

/ Fingeix tan completament / que fins fingeix que és dolor / el dolor real que sent". Esto es lo que encontramos en *El buscador de sombras*, encontramos a un escritor que finge, que se camufla en las voces narrativas para dar cuenta de unos personajes insertos en unos mundos de ficción cuya primera lectura proporciona la sensación de que son mundos ajenos y excluidos de la órbita del autor. Un agricultor que vive sus últimos minutos, un drogadicto que está encarcelado, un joven al que no le gustan las botellonas, un niño que come libros, una abuela sabia y loca, un repartidor de pizzas que engaña sentimentalmente a una joven, un investigador de archivos, un hombre que vuelve al pueblo donde nació... Con maestría literaria Narciso Climent finge que estos y otros protagonistas y argumentos de sus cuentos no tienen nada que ver con él. Y, tal vez, sea así, pero lo cierto es que una segunda lectura nos revela que tras el velo del fingimiento se esconden las claves mostradas por el escritor en el resto de su obra. Estas claves cobran especial relevancia en los temas que descubrimos tanto en su poesía como en su narrativa y que bien pueden cifrarse en dos: el análisis de las relaciones personales y la búsqueda de la identidad individual.

El primero de estos temas nace de una posición extrovertida, de una preocupación por el mundo en el que vivimos, de una reflexión sobre la conducta humana. Al autor le interesan sobremanera las relaciones personales y cómo el humano es un ser social, un ser que, para bien o para mal, vive en comunidad. De este interés surgen cuentos como "El agricultor de piel tostada" -que narra la relación entre un padre moribundo y su hijo-, "El callejón sin nombre" -centrado en un joven que no se integra en el grupo de sus amigos porque tiene valores vitales diferentes a los de éstos- o "Indolente" -que plantea las relaciones fami-

liares de un matrimonio con su hijo. También de este interés surgen cuentos cuyos argumentos y protagonistas remiten a las variables de la conducta humana, a los entresijos de la condición humana. Así ocurre, por ejemplo, en "El hombre sin esencia" -en el que el protagonista apuñala a un desconocido-, "La abuela de blanca luna" -en el que los comportamientos de esta abuela son tildados de locos por los demás-, "La mujer de hielo" -cuya protagonista actúa según le indiquen las apariencias de los demás-, "Dolorcita" -donde un joven siniestro es capaz de hacerse pasar por un sincero enamorado a fin de conseguir dinero- o "La humanidad descompuesta" -sobre cuyos cimientos planea la dialéctica maldad-bondad del hombre.

El segundo de los temas básicos integra en cierto modo al primero, pues la recreación de las relaciones personales y la reflexión sobre éstas conducen al cabo a la búsqueda de la identidad individual. Esto es lo que anhelan muchos de los personajes de estos cuentos: conocerse a sí mismos y fijar los pilares de su identidad. Así sucede con "El callejón sin nombre" -donde el joven protagonista afianza su personalidad con la decisión de dejar a sus amigos y visitar un caserón abandonado-, con "El coleccionista" -en el que un joven regresa al pueblo donde nació en busca de sus raíces-, con "Dolorcita" -donde una sicóloga le pide a Dolorcita que ponga por escrito sus experiencias-, con "La humanidad descompuesta" -en el que un hombre parece que logra recomponer su identidad- o con "Perdido en la conciencia" -en el que un investigador halla un legajo histórico con cuyo contenido se identifica.

Desde mi punto de vista, "La humanidad descompuesta" ejemplifica la integración de los dos grandes temas descritos de manera notoria. Con un guiño fantástico el narrador logra con acierto la creación de un mundo ficticio

cuyo eje es la condición del ser humano. Su protagonista, dotado de atributos extraordinarios, logra analizar a los demás y, lo más importante, logra analizarse a sí mismo, descubriendo que el ser humano es múltiple, que el Yo personal es una suma de varios Yo. He aquí la raíz filosófica de este cuento -que bien puede signarse como nota común a toda su narrativa- y su referencia intertextual a Miguel de Unamuno -cuya obra y pensamiento tan bien conoce Narciso Climent- y, por extensión, a Oliver Wendell Holmes. Éste distinguía tres Yo en cada persona: lo que el Yo es verdaderamente (y sólo es conocido por Dios), lo que el Yo cree que es, y lo que el Yo es para los otros. A éstos Unamuno añadía un cuarto Yo: lo que el Yo quiere ser. Pues bien, ésta es la idea que subyace al argumento y al protagonista de "La humanidad descompuesta" y, en realidad, a casi todos los cuentos de este volumen. Al fin y al cabo, ¿no es esta idea la que nos sugiere el título que da unidad al volumen?, ¿un *buscador de sombras* no es en el fondo un buscador del sentido de la existencia propia y de la existencia colectiva? ¿buscar sombras no es, en definitiva, el modo más exacto de conocernos a nosotros mismos y a los que nos rodean?

También "La humanidad descompuesta" manifiesta otra de las notas fundamentales de *El buscador de sombras*: los extraños límites entre la realidad y la fantasía. En efecto, este conjunto de cuentos ofrece un amplio abanico de tonos que van desde las situaciones más cotidianas y palpables hasta las más fantásticas y etéreas. Por un lado y siendo fiel a lo ya plasmado en su poemario *Taraceas para un alma solidaria*, el autor parte del mundo circundante a la hora de escribir, considerando la realidad en sus aspectos más peliagudos e incluso crudos. Son aquellos pasajes y cuentos en los que recrea asuntos como la muerte de las personas mayores,

las fiestas de los jóvenes, la educación de los hijos, los problemas intergeneracionales, la drogadicción, el tráfico de drogas, los robos en las grandes ciudades, las relaciones amorosas. Los cuentos más realistas son "El agricultor de piel tostada", "Indolente", "La mujer de hielo", "El coleccionista" y "Dolorcita". Por otro lado, los argumentos y las situaciones narrativas quedan integradas en un tono fantástico que muestra distintos grados y que nace de distintos factores que apremian a los personajes: la locura, la obsesión, el peso de la conciencia, los monstruos de la razón, la personalidad múltiple. Entonces, todo lo racional se destruye, las barreras del tiempo cronológico se desploman, la percepción de la realidad se difumina, los recuerdos se hacen dueños del presente. Entre éstos cabe destacar "La humanidad descompuesta", "Perdido en la conciencia" y "El niño de cera", tres cuentos que no dejan indiferentes al lector y que exigen de éste una postura activa, pues son historias abiertas cuya interpretación será variable en función de lo que Hans Robert Jauss denominó el horizonte de expectativas de cada lector. Entre un polo y otro, entre lo realista y lo fantástico, se alinean aquellos cuentos que por momentos participan de ambos, como "El callejón sin nombre", "El hombre sin esencia" y "La abuela de blanca luna".

Tanto en los cuentos más realistas como en los más fantásticos, Narciso Climent sigue un mismo modo de narrar. Sus historias suelen comenzar con un ritmo narrativo lento y sereno, continúan con la complicación de la trama y la aceleración del ritmo, y terminan con un ritmo lento de nuevo y una vuelta a la simplificación de la trama mediante la resolución de los acontecimientos. Es algo así como la calma que precede a la tempestad y a la que sigue otra vez la calma. Dicho esto, debemos preguntarnos cómo consigue el

autor que la llegada de esta tempestad narrativa resulte oportuna en la trama y, lo más necesario en literatura, que resulte verosímil para el lector. A mi parecer, dos son los artificios narrativos que pone en funcionamiento en sus cuentos. Unas veces, es un hecho extraordinario en la vida de los protagonistas el motor narrativo para que éstos se lancen a una serie de aventuras físicas y de descubrimientos anímicos: el fallecimiento de un ser querido, el apuñalamiento de un hombre, el enamoramiento ciego de una persona, el descubrimiento de sucesos misteriosos en un legajo, el robo de algún objeto personal. Otras veces, son el descubrimiento de alguna verdad o, al menos, el deseo de descubrirla los estímulos pertinentes para que los personajes salgan de su rutina: la atención prestada a las últimas palabras de un padre en su lecho de muerte, el peso de la conciencia y de los recuerdos, la indagación en los valores transmitidos a los hijos, la traición de alguien querido, la búsqueda de las raíces familiares.

En cualquiera de estas dos situaciones narrativas -el hecho extraordinario o la búsqueda de una verdad-, hay un aspecto compartido: la tensión. Siguiendo la estela de Julio Cortázar, para quien "la única forma en que puede conseguirse ese secuestro momentáneo del lector es mediante un estilo basado en la intensidad y en la tensión", Narciso Climent sabe conferir a sus narraciones la tensión precisa para mantener atento al lector. Sabe dosificar perfectamente la información, sabe suspender un detalle para presentarlo al final del cuento, sabe callar para que sea el lector quien complete las historias. En resumen, sabe engañar al lector y éste agradece ser engañado. En sus cuentos, por consiguiente, se consuma con eficacia el pacto literario entre autor y lector.

Y este pacto narrativo se consuma con eficacia por la sencilla razón de que el autor sabe manejar la voz narrati-

va. Alterna los cuentos narrados en primera persona con los narrados en tercera; incluye relatos metadieгéticos (por ejemplo, la confesión del padre en "El agricultor de piel tostada"); focaliza las acciones desde la perspectiva de algún personaje a modo de cámara de cine (como la exploración que realiza la protagonista de "La mujer de hielo" en el vagón de metro); otorga a los escenarios un fuerte simbolismo (el caserón en "El callejón sin nombre", el pueblo en "El coleccionista"); manipula el tiempo narrativo a su antojo (saltos al pasado al estilo de *flashbacks* cinematográficos, recuperación de la infancia-adolescencia de los personajes, rupturas del orden cronológico, ocultamiento de cualquier información temporal); inserta intertextualidades en una suerte de narración metafictiva (como las alusiones a los personajes del teatro de Federico García Lorca en "Dolorcita"), etc. Son técnicas narrativas bien logradas que conceden coherencia a cada cuento y versatilidad al conjunto de ellos.

Voy a distinguir de todas estas técnicas una estrategia narrativa que facilita la consolidación de este pacto: la identificación pretendida entre narratario y lector. Estos cuentos participan de un notable componente dramático. Muchos de ellos o, mejor, parte de muchos de ellos remiten a una estructura dialogal. Valgan como ejemplos cuatro cuentos. En "El agricultor de piel tostada" un hombre comunica al hijo sus últimos deseos en una larga confesión que a mí personalmente me evoca el poema "Palabras para Julia" de José Agustín Goytisolo. En "Indolente" una mujer reprocha a su marido la actitud de éste ante la educación de su hijo en un estilo coloquial muy conseguido que me recuerda a la *Hortensia Romero* de Fernando Quiñones. En "La abuela de blanca luna" un personaje anónimo reconstruye la vida de esta abuela en un estilo directo que me trae a la memoria la

larga intervención de Carmen Sotillos en *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes. En "El coleccionista" un anciano refiere a un joven hechos pasados de su familia en un ejercicio de reconstrucción propio de los personajes testigos de las novelas de género policíaco. En estos cuatro casos el lector se identifica de pleno con el hijo del campesino, con el marido, con la abuela y con el joven, respectivamente, es decir, con los narratarios, puesto que el lector se convierte en receptor último de lo que unos personajes-narradores les cuentan a otros personajes-oyentes. Expuesto de otro modo: el lector conoce la misma información que el personaje-receptor y al mismo tiempo. De esta forma, estos juegos narratológicos ayudan a conseguir una identificación del lector con los personajes y una integración plena de aquél en el mundo contado, en la historia que lee, ya que parece como si el personaje le hablase a él directamente, aunque sepa que el destinatario primero es un personaje también de ficción.

En fin, esto es *El buscador de sombras* y mucho más podría decirse de él. Que cada cual busque las sombras y las luces de estos cuentos y, a buen seguro, se encontrará más cerca de hallarse a sí mismo o ¿acaso no es la ficción uno de los modos más exactos de conocernos?

José Jurado Morales
(*Universidad de Cádiz*)

EL AGRICULTOR DE PIEL TOSTADA

Alberto estaba físicamente en clase, pero su espíritu se encontraba lejos de allí. Era un excelente alumno, pero lo que el profesor estaba explicando no era en este momento centro de su atención. Deseaba que la clase terminara para marcharse para su casa. Su padre llevaba ya algún tiempo enfermo, pero el estado en que lo había dejado por la mañana no le producía ninguna tranquilidad.

Llegó a su casa después de una veloz carrera con su moto. Su madre, de pequeña estatura como él, tenía un particular brillo en los ojos, simulaba el brillo que tendrían las estrellas después de bañarse en las aguas mortecinas del mar en noche de calma. Lo besó y le dijo que su padre quería verlo.

La habitación estaba sumida en una tenue oscuridad. Por toda ella había un olor muy parecido a incienso, y al que se desprende de los cirios que Alberto había portado en las procesiones de la Semana Santa. El agricultor de piel tostada parecía hoy tener un cuerpo más grande del que poseía en realidad. Sus ojos brillaban. Su mirada se transformó en una tierna sonrisa al ver a Alberto. Este se aproximó al agricultor de piel tostada, lo besó y le cogió la mano que este le ofrecía.

Sintió Alberto un chispazo en su interior. Una extraña corriente eléctrica pasaba del cuerpo del agricultor de piel tostada al juvenil cuerpo de Alberto. Nunca había tenido sensación semejante. Pero, lejos de sentir ningún tipo de intranquilidad o desasosiego, aquel extraño contacto le

producía una suspensión en el tiempo y la entrada en un agradable estado de paz, calma y sosiego.

- Alberto, siéntate junto a mí- musitó el agricultor de piel tostada. Ya sabes que el fin de mis días está próximo, muy próximo. Noto como si los perros que ladran cuando la muerte se aproxima hubiesen comenzado ya sus ladridos. Los oigo en la distancia. Pero esto no debe ser motivo de ninguna intranquilidad. Hay un verano y un invierno y, cuando uno termina sus días, comienzan los días del otro. Así es la naturaleza. Morir es tan natural como la salida del sol, como la lluvia que riega las sementeras, como la noche que apaga las últimas luces del día que termina. Y como la luz del nuevo día va disipando las cosechas de las sombras almacenadas en la noche, la luz que ya empiezo a sentir va a disipar las muchas limitaciones que acumuló este cuerpo cargado ya de atardeceres.

No es, por tanto, mi muerte la que me preocupa, sino tu vida. Cuando llegue el momento, incinera mi cuerpo, y esparce mis cenizas por esta tierra cálida que recibí de mi padre, a la que cuidé como a la niña de mis ojos durante todos mis días y durante todas mis lunas. Mi espíritu gozará de la paz. Tendré la felicidad de saber que la ceniza de mi existencia quedó sembrada junto a la de mis padres y que aquí permanecerá un día junto a la vuestra. No permitas el llanto, que no se llora cuando se siembra el rosal, o cuando se recogen las flores del invernadero. El llanto hay que dejarlo para cuando nace la vida. Por eso, tú, como todos los niños, viniste al mundo con el llanto bajo el brazo, y así entendimos que comenzaba para ti, hijo mío, la vida.

Cuida a tu madre durante el tiempo que Dios me la haga esperar en la otra orilla. No marchites nunca su paz ni apagues su sonrisa. Haz cuanto ella te mande. Esa es la verdadera

sabiduría. Que sus días sean tus días, y sus noches las tuyas. Cuanto más achacosa, más has de cuidarla y mimarla. Que su pan sea siempre tus ternuras. Que ningún amor suspenda ni deje en el olvido el que has de sentir por ella. No olvides nunca que tu vida es su vida, y tu dolor su dolor, y tus alegrías sus alegrías. Ella siempre vivió para ti, vive tú siempre para ella. Yo que, durante tantos años, acuné mi vida en el suave nido de sus amores, sé cuánto te quiere, y cuánto luchó y sufrió por ti. Y cuando llegue el momento en el que los perros de la muerte comiencen a ladrar anunciándole su venida, haz de mis amores ceniza, y espárcelas junto a las mías, a la caída de la tarde, cuando el sol que se va llena de misterios el vivir de cada día.

Si quieres estudiar, sabes que puedes hacerlo; tus hermanos cultivarán la tierra. Lo poco que os dejo os enseñé siempre a compartirlo. Pero no seas ocioso, que la vagancia engendra multitud de males en el mundo. Si quieres estudiar, hazlo como el primero. No pierdas el tiempo, porque no se te dé el jornal del trabajo de tu estudio cada día. Lo que ha de llenarte de gozo no es lo que digan de ti, sino lo que tú sabes que eres y haces. Una nota en un papel dura lo que un fruto maduro en el árbol, pero tu conciencia, satisfecha de tu trabajo de cada día, se te enraíza en el alma como hacen las raíces de los eucaliptos. Si estudias, es por engrandecer tu alma y por prepararte para poder prestar un servicio a los demás. Sirve no donde más ganes, por noble que pudiera parecer, sino donde más falta hicieres, que no cae la lluvia para empaparse a sí misma, sino a la tierra que más necesitada está de ella.

Considera siempre a tus hermanos como parte de tu propia carne y como la rosa que anida en el rincón de tu espíritu. Que sus problemas sean los tuyos y sus pesares tus penas. No haya nunca entre vosotros disputa por nada ni por nadie. Que el pan que os alimente nunca tenga dueño; sea este pan

como una luna que se fragmenta en porciones de luz cuando una piedra cae sobre el río. Sé tú el primero en iniciar cualquier tipo de faena, para que tu pereza no se adormezca en los malos momentos de tus hermanos. Quien inicia el trabajo tiene el mérito de hacerlo, y el añadido de ser ánimo y aliento para quienes le siguen. Acerca el agua y serás torrente.

Pero no te quedes, hijo mío, encerrado en los sentimientos nobles que debes desbordar sobre tus hermanos. La entrega no tiene puertas, como no la tiene el campo. Quien ama mucho a los suyos abrió una pequeña ventana por la que apenas puede adentrarse un tenue rayo de luz. Quien ama a todo y a todos convierte el mundo en un luminoso mediodía. Cada ser humano, un hermano. Cada animal, un hermano. La naturaleza toda, inmensidad trascendente para amarla. Siempre te enseñé, hijo mío, a compartirlo todo, porque nada es tuyo. Cuando compartes, no estás haciendo ningún acto meritorio ni heroico, estás simplemente dándoles a los demás lo que también a ellos les pertenece. Fíjate qué lección nos da la muerte, que nos lleva a la otra orilla desprovistos de todo. Nadie pudo llevarse nada, sólo la ilusión de ver apagarse el silencio ante el resplandor de las montañas lejanas.

Compartir, sí, hijo, compartir. Pero tener siempre posturas vitales de tolerancia. Cada persona es como es, y le asiste todo el derecho a ser siempre como quiera ser. No se hizo el campo para producir un solo producto, ni las viñas para que el paladar del hombre disfrute de un solo vino. Todo es distinto, y en ello está la grandeza, en la diversidad. La diversidad produce vida, porque los elementos se complementan, y lo que la naturaleza no dio a alguno, sí que lo dio a otro. Así, todo es diverso y complementario. Nada sobra en lo creado. Todo es bello, sólo hay que saber con-

templarlo y quererlo. Nunca valores a las personas por sus apariencias, y jamás desprecies a los que son distintos. No tengas nunca miedo a aceptarte como eres, porque, seas como seas, cada mañana la tierra se bañará de rocío. Cuando escuches sonar sobre las ventanas de tu alma el aire frío del desprecio a quienes sean distintos, no dejes que el pájaro, injustamente afrentado, llore a solas. Si no es así, tu viña animada no dará nunca su refrescante vino.

Cada tiempo tiene sus trampas. Pero la peor trampa para el hombre es el propio hombre. Porque los hay que quieren meter el mar en la copa avariciosa del vino insaciable, o acumular todo el dinero del mundo en contenedores que ellos consideran que los poseerán para siempre y les harán gozar de lo infinito. Vivir es la única razón de la existencia de quienes así actúan, sin importarles sembrar raíces de terror y muerte en las rosas blancas que brotaron para la vida. Huye de quienes utilizan productos de la tierra, o preparados artificialmente, para dominar las conciencias y acumular unas riquezas que se convertirán en polvo de gritos y soledad de ausencias. La droga, hijo mío, es puta mierda que mata. Se presenta como una belleza que te asalta sonriente en cualquier rincón oscuro de la noche, como una reluciente cabellera movida cual una flor en la cadencia de los rayos de la luna, o como un cuento de cuna en cualquier esquina. Pero viene con un hacha de sollozos, para lentamente irte horadando las entrañas. Destroza esas tiendas de sombras, para que tu mundo no sea nunca macabra feria sin música.

El sentimiento se ennoblesce, se convierte en agua pura, cuando puro se hace el pensamiento. Cultiva siempre el pensamiento. Nunca sea tu compañera la casualidad, porque así tu vida tendrá la consistencia de un bloque de hielo, al que el primer rayo de sol mañanero convertirá en huidizas

lágrimas de nada. Tu norte, la vida; tu instrumental, el pensamiento. Huye del ruido, el ruido sólo desemboca en campanadas de desacompasados misereres. El ruido seca el rosal de la vida; sólo lo riega el pensamiento. Ama la soledad, ella romperá los cristales de tu inseguridad en la noche. Mirar te ayudará a pensar. Leer te abrirá las puertas de los más bellos pensamientos. Toda la vida merecería la pena sólo por tener en ella un solo pensamiento. Cuando hay pensamiento, hay palabra; y cuando hay palabra, hay Dios. Sé siempre tú, que tus pensamientos los hayas amasado en el horno de tu camino. Cada cual, cada cual; tú, siempre, hijo mío, tú mismo, tú mismo. Esa es la clave de la vida, tú, tú mismo...-.

Alberto miraba sobrecogido al agricultor de piel tostada. Veía en sus ojos mortecinos unos lagos inmensos, cristalinos, relucientes, que irradiaban su luz por la paz inmensa que se había aposentado en aquella alcoba. El brillante calor que Alberto había sentido en las manos del agricultor de piel tostada ahora dominaba todo su cuerpo. Sintió Alberto cómo una catarata de estrellas, que cantaban a la vida, se iban introduciendo por el río rojo que recorría su cuerpo. Era una sensación nueva. Una corriente eléctrica de color rosado iba invadiendo placenteramente el nido en donde él guardaba los misterios.

Las manos del agricultor de piel tostada se iban extendiendo como un manto que saludaba la alborada del nuevo día. De los ojos de Alberto brotó un rosal de transparentes emociones. Salió al campo. El aire portaba alientos nuevos. Una paloma inició un grácil vuelo que rompía la noche como las cuerdas de la pasión de todas las guitarras. Un perro inició la canción de la savia nueva. Maduraban los campos...

EL HOMBRE SIN ESENCIA

Desconocía la razón profunda por la que se encontraba en aquel lugar. Comenzaba a sentir sobre sus nalgas endurecidas un malestar que se le traspasaba de aquella silla inhóspita, con maderas alineadas como cipreses enmudecidos de cementerio. Sentía como si el frío adormecido del suelo de mármol comenzase a treparle por las piernas ocultas bajo su pantalón blanco. No. No era lógico. Él estaba acostumbrado a vivir la vida desde aquellos lugares donde están ocultas las siniestras mazmorras de lo más duro, de lo más inhumano. De la vida sólo había probado la hiel reservada para los más desfavorecidos.

Una vez más había sentido sobre su piel, desheredada de sentidas caricias e insensible para la aproximación voluptuosa de un cuerpo, capaz de transmitir un nido de sensaciones siempre nuevas, que comienzan a revolotear desde el mismo estómago, como palomas que buscan el infinito blanco de una libertad sin rejas, el atractivo mágico del silencio que se extendía por la galería que iba a dar a la modesta capilla del convento. Un escalofrío le recorría el cuerpo, como cuando el azar te lleva caprichosamente a asomarte al umbral de lo mágico o de la experiencia inexplicable.

Allí estaba. Con su mirada perdida, con una sonrisa inexpresiva, con los brazos cruzados en actitud de quien espera, o desea, o aguanta, o teme, o simplemente sueña. Pero él ni esperaba nada, ni deseaba ninguna cosa, ni tenía nada que aguantar, ni tenía ninguna clase de miedos – ni tan siquiera el miedo a sí mismo que otras veces le había aterrado –, ni soña-

ba, pues soñar, lo que se dice soñar, había pasado siempre de largo por la puerta de su existencia, como huye el vecindario de la vivienda de quien sabe que padece enfermedad contagiosa. Pero allí estaba un año más. A ratos, una subida de tono en la voz del cura que hablaba y hablaba..., o la tos inesperada de algún asistente, que brotaba súbitamente como manada de pájaros ante el golpetazo al aire de un monocorde ruido surgido de la distancia azulada, o la entrada tardía en el recinto de alguna persona que quería dejar constancia de su tardanza, yendo a colocarse en el sitio en el que todos pudiesen darse cuenta de que había llegado, aunque tarde, y que allí estaba.

No sabía por qué estaba allí; mas era lo cierto que era quizás el único lugar donde sentía que le corría la sangre por el cuerpo. Estaba ausente, pero por su cerebro tan dañado revoloteaban miles de pájaros. Esos pájaros inexpressivos, incoloros, sin ojos, de volar a cámara lenta, en silencio, que iban depositando sobre el altar de su existencia miles de recuerdos, que tan sólo aparecían como las líneas primerizas de un dibujante que deja mil páginas con esbozos inseguros de proyectos y de ansias inasequibles.

No lo sabía, pero allí estaba. Con qué sutilidad iban y venían los recuerdos, quedándose proyectados tan sólo durante escasos segundos sobre esa pantalla caprichosa e incontrolable que es la conciencia. Y aparecían desprovistos de la linealidad cronológica que tan sólo aparece en las cosas muertas, que las vivas son bien caprichosas a la hora de ir y venir, como caprichosos son los días de lluvia o de sol, como caprichosas son las flores al brotar de la húmeda tierra, o como caprichosa es aquella bolsa de plástico que en la calle quedó abandonada y que el viento arrastra de un lugar a otro con un movimiento que parece querer remedar alguna

insinuante melodía de los Conciertos de Chopin o de Bach. Flotaba en el aire. Como un místico pagano de la vida ocre, yerma y acelerada, en la que desde su adolescencia habíase visto arrastrado violentamente.

Ni tan siquiera vislumbraba cómo había nacido aquella pérdida de esencia, porque era consciente de que sus pasos errabundos por la tierra no habían sido libremente escogidos. Él no había sabido nunca qué era la libertad. Ni tan siquiera había experimentado qué era la vida. Nunca sintió la punzante ave del apasionado despertar de la adolescencia que, con sabor a húmeda claridad, empezaba a sembrar lascivamente de miradas y de búsquedas los amaneceres de su sexualidad brotante.

¡Y había comenzado todo de manera tan estúpida! Uno de entre aquellos vecinos que compartían las miserables viviendas, cementerios de suciedad, pobreza y abandono, le ofreció un día una flor nueva, desconocida. Aquella mañana, el ir y venir de las grisáceas olas que dejaban la orilla impregnada de un inconfundible olor al misterioso fondo de los océanos, no sería testigo mudo de los juegos que la urgencia y la curiosidad hacían surgir de aquellos cuerpos adolescentes, tumbados en las amarillentas dunas y médanos, descubriendo el momentáneo placer de la soledad compartida. No, aquel día comenzó un juego nuevo. Ya no era el de sacar del cuerpo, entre estertores de quejidos furtivos, un placer que dormía a flor de piel; se trataba de un juego nuevo en el que, a través de unas pequeñas piedrecillas mezcladas con tabaco, lo que entraba en el cuerpo les trasladaría a unas sensaciones de un hedonismo increíble.

Con qué rapidez aquel caballito pequeño, trotón, de mirada de curiosidad ansiosa, que parecía de las mismas dimensiones que los anteriores juegos, fue transformándose

en una bestia que quemó con su furor incontrolable todas las fantasías del amanecer de la vida. Lo peor, sin embargo, fue que, en su trotar imparable, en su famélica hambruna insaciable, en su ruptura vertiginosa de las líneas del tiempo y del espacio, en su arrasador envite a cuanto a su paso apareciese, lo había arrastrado a él.

Y allí estaba él, sentado, hierático, con una mirada de mística complacencia a las palabras sin sonido que circulaban por el aire de aquellas cuatro paredes. Su aparente beatitud ocultaba lo que, en los bordes de la orilla de su conciencia, las olas negras, sucias y harapientas de todo lo vivido iban dejando amontonado en un viaje sin retorno. Cuánto despojo en tan pocos años. Cómo la vida había comenzado a enseñarle su color amarillo, aún cuando su cuerpo relucía, sin que hubiese arribado ni mucho menos la edad de la somnolencia y de la placidez ante la contemplación de todo lo pasado.

Había sentido una sensación similar cuando, al llegar la noche, quedaba postrado en el sucio jergón de su celda en la prisión tejida de miedos y soledades. Dormían sus compañeros impuestos. Él medía el tiempo con el ritmo apaciguado de sus recuerdos. Mas, tiempo llegó en que se suspendió en una nube sin tiempo, sin espacio, sin sentimientos, sin ayer ni mañana, metido en un nido, en el que ni la propia subsistencia le importaba. El día para mirar indolentemente. La noche para dejar abierta la jaula donde dormían los pájaros de su esencia, cada vez más viejos, más desprovistos de plumas, más perezosos para el revoloteo alegre ante las horas soleadas.

Una ola le sacaba del fondo del recuerdo a aquella anciana, a la que un día arrastró para arrebatarle el bolso. Temblaba como tiemblan las persianas cuando el viento se

encoleriza. Cuánto se tuvo que golpear para impedir que su corazón se le rompiera por la prisa. Aquel día su sonrisa se quedó enterrada cerca de donde quedan los cuerpos sin vida, al iniciar el camino imparable del olvido. Cómo le golpeaba su colega. Cómo se gritaba que era una mierda, que aquella podía ser su madre... Pronto se serenó. Una jeringuilla, resplandeciendo en la noche carente de intimismos, le iría trasladando mansamente al macabro jardín por el que desfilaron los muertos vivientes, desprovistos de su vital esencia.

De pronto, sin el menor ruido, sin el involuntario ladrido de un perro que, aunque emitido en la lejanía, tocara la piel tan poco soleada del cuerpo, categorizando que su existir al menos era todavía palpable, aunque fuese tan sólo un existir de sombras, se incorporaba en la cama, se ponía en posición fetal, se intentaba abarcar la cabeza con sus amplias manos extendidas. Era el momento, ya lo sabía, en el que el mar de sus recuerdos, de los recuerdos de la fatídica red por la que se había ido marchando irreparablemente su esencia, comenzaba a lanzar sobre la diana de su conciencia, enferma y desolada, los más envenenados dardos, mientras que se sentía completamente inútil e incapaz para arrancar de sus venas aquellas violentas ansias tercas. Cuando comenzaba esta danza, se adentraba sin oponer resistencia alguna en un paroxismo martilleante, mientras que los recuerdos negros se clavaban unos tras otros sobre su diana seca de sentimientos.

Indolencia con la litrona en la mano apagando mortecinamente cualquier despunte de un instante; trueques de olvidadas sonrisas por miradas sin destino; griterío y disputas que iban a morir sobre el aire vacío; encolerizadas peleas sin fuerzas ni motivos; y puntualmente llamaba a su puerta la negritud del delito, travestido de todas las formas y apariencias, y el hombre sin esencia se abrazaba a él indo-

lentamente y le ofrecía el ritual absorto en una monotonía desnortada. Cuanto más muros traspasaba, más irreparable era la quiebra de su esencia. Y se quedó sin sentimiento; y no le escocían sus palabras crueles; y no le importaba que persona inocente perdiera el respiro; se hizo insensible al llanto, al dolor, al daño irreparable ... Cuando el ritual acababa, el hombre sin esencia volvía a adentrarse en la danza incontenible de lo incontrolable.

Lo sufría todo como algo inevitable, consustancial a su existencia desbocada. Llovía cuando llovía, hacía frío o calor cuando llegaba la hora, la muerte y la vida asomaban en las ventanas de los humanos cuando su son se hacía presente. Al igual, el hombre sin esencia sabía que, cuando le tocaba pagar el precio de introducirse en la danza de los recuerdos muertos que había ido sembrando en el transcurso de su aún corta existencia, no le quedaba más remedio que abrazarse a su cabeza y esperar a que la tormenta pasara. Sólo era cuestión de tiempo. Luego, continuaría inmerso en la cueva de su indolencia, de su abulia y de su anorexia de vida. Ya estaba acostumbrado. Sólo le ayudaba a arrastrar su ciega, muda y yerma existencia las mil y una recaídas en la drogadicción, en la que compulsivamente se introducía, para como un nuevo Sísifo de la modernidad esplendorosa y avanzada técnicamente, volver a comenzar el cansino ritmo de la inacabable danza macabra. Con frecuencia había pensado que la única salida de la rueda no era otra que la muerte, la muerte física y real, pues, a decir verdad, el hombre sin esencia muerto se consideraba desde hace mucho tiempo, casi desde que comenzó esta locura a la orilla misma de la mar.

No sabía, sin embargo, por qué nunca se atrevió a romper el fino hilo que ataba su existencia a la vida de los mortales. No era su mujer; desconocía qué sentimientos le

producía más allá del contacto carnal, tan espaciado como el verano del invierno. No eran sus hijos; los miraba y, al verlos, notaba tan sólo un tenue rebrote de un sentimiento paternal, inmediatamente tragado por un dragón que, con el torrente de fuego que emanaba de su boca, todo, absolutamente todo lo invadía de sombra y ceniza. Muchas veces preparó la cuerda que él consideraba que le libraría de tanta oscuridad, pero una mano mágica se interponía entre él y el patíbulo machaconamente dispuesto. El hombre sin esencia pensaba que era el miedo, el terror, o quizás la cobardía los que se interponían en su camino de autocondena letal.

Quien lo contemplara inútilmente podría acceder a los vericuetos que conducían al verdadero núcleo existencial, en el que estaban asentados los recuerdos vívidos de lo que habían sido sus 33 años de existencia terrena. Una constante sonrisa blanca todo lo hacía invisible, absurdamente inverosímil. Su desconexión total del mundo circundante quedaba plenamente justificada con un “es que soy tan tímido”. Era el caparazón que envolvía el nudo donde se entrecruzaban las maldades irreverentes, descontroladas, carentes de una punibilidad justificada, pues ¿cómo castigar aquello que un ser realiza inmerso en un mar de sueños y sombras que, si bien surgieron en la mente de un adolescente tan sano como irresponsable e inmaduro, pronto se desbocó en un monstruo alineante que le llevaba a actuar con los incontrolados mecanismos de una mente enferma, determinada y carente de las más elementales herramientas de una actuación libre?

Del tropel enloquecido y arrasador de los monstruos fúnebres de la danza macabra de sus recuerdos, había uno tan punzante, tan febril, tan plástico, que no pasaba por la pantalla, cada vez más empequeñecida, en la que los monstruos se proyectaban como sombras aterradoras, como aquellas que

martirizaban los duermevelas de los niños pequeños que, inmersos en procesos febriles, tan atterradamente presentes veían a personajes de caras de maldad incontenida, de miradas de locura desbordada, vestidos de un negro harapiento, con unas larguísimas manos de dedos como yedras de terror que se acercaban cada vez más, en un proceso que finalizaba en el llanto y en el grito en medio de la noche, sólo apaciguados por el calor acogedor del pecho materno.

Cuando este recuerdo punzante le mordía las entrañas, el hombre sin esencia nada podía hacer. No sólo cuando se encontraba en soledad famélica pasando la noche en cualquier banco o portal abierto, cubriéndose el cuerpo del frío con cartones que recogía de los pestilentes contenedores de basura, sino ni tan siquiera cuando, acompañado de alguna compañera de la calle, pasaba la montaña inhóspita de la noche interminable, acurrucado en el interior de algún resto de coche abandonado. Alguna vez, llegado el dardo del recuerdo, su punzón interrumpía súbitamente la proximidad de dos cuerpos entrelazados más por la monotonía de la soledad y la llamada de un instinto aletargado, que por el aleteo arrítmico de un cuerpo y otro cuerpo frente a frente, sonrosados de pasión, con una catarata de besos enardecidos, entonando el himno creciente de una entrega apasionada, mientras que por los rincones de la noche las luces ocultas entonaban un himno de sudores enajenados. Entonces todo acababa. Se enroscaba sobre sus entrañas. Su soledad se hacía trágica. La compañera, mordida por su instintiva pasión inacabada, le hería con sus gritos encolerizados, le profería una catarata de insultos y, en las más de las veces, salía corriendo del cadáver de coche, adentrándose enloquecida por los últimos aleteos de la noche, buscando compulsivamente donde apagar su pasional instinto maltrecho.

El vicio y la necesidad extrema habían conducido al hombre sin esencia a cometer toda clase de robos, adobados con las más variopintas estrategias y con una galería de nefastos resultados, pues para él llegó un momento en el que absolutamente nada le importaba. Se consideraba una máquina creada para destruir y hacer daño. Al principio, la delincuencia como forma total de vida le producía algún tipo de vértigo, de manera que solía volver solapadamente a los lugares en los que había cometido algún delito, para observar si quedó en él algún rastro de su fechoría. Observaba si alguna gota de sangre delataba que allí una víctima había sido arrastrada para desprenderla del bolso, o si la sangre de la persona a la que tuvo que pinchar para arrebatarle el reloj, o la cadena, o la cartera, o cualquiera de sus prendas, había dejado alguna marca en el suelo. Lo hacía tan sólo por curiosidad, como quien amó furtivamente en la noche en cualquier lugar y gusta luego, a pleno día, de analizar y contemplar hasta el último milímetro aquel lugar que, desde ese mismo momento, quedará engarzado a la galería de sus ocultas experiencias sexuales. Ahora ya nada de nada. Se había eclipsado aquel viejo sentir. Ni volvía a los lugares de sus fechorías, ni se producía en él el menor sentimiento de ningún tipo al pasar por ellos. Parecía como si el motor del sentimiento se hubiese quedado sin gasolina para siempre.

Había sido en la cárcel, inmerso en su fantasmal flash-back que nunca le abandonaba como si ese hubiese sido el fatal castigo al que había sido atado, cuando por última vez había sufrido la proyección de lo acontecido aquella noche, en la que su locura había llegado a términos insospechados, porque él robar había robado hasta la saciedad, herir físicamente había herido, denunciar a otros delincuentes a la policía lo había hecho. Era su forma de vivir. Era su norma.

Era un plato que cada día alimentaba su existencia desfrenada. Pero lo de aquella noche le dejaría unas marcas estigmatizadas para siempre.

Era Semana Santa. Con su compañera de turno se marchó al pueblo vecino, ya que en el suyo era ya bien conocido. Se lavó en casa de su madre. Se afeitó. Se puso ropa limpia. Nadie podría ver en el hombre sin esencia un atisbo que insinuase la menor posibilidad de que era un delincuente y que, con esa intención, iba a recorrer su itinerario acostumbrado. No así su compañera, no así. Las marcas del vicio eran tan patentes en ella que nadie resistiría su mera presencia sin experimentar al menos un fuerte sentimiento de prevención ante un peligro más que verosímil. El hombre sin esencia lo sabía. Sólo podría utilizarla como colaboradora y cómplice desde la distancia, pues, de estar con él, sería un obstáculo para sus objetivos, salvo si en alguna calle solitaria atrapasen a algún ser imprudente y hubiese de necesitar fuerza para reducirlo, en cuyo caso la ayuda de su compañera resultaría provechosa. Lo que quedaba claro es que su compañera debería seguir sus pasos con la mirada y estar dispuesta para intervenir tan sólo cuando el pájaro estuviese en la red, pues, de aparecer antes, el pájaro huiría despavorido.

Estas imágenes las revivía con tanta claridad el hombre sin esencia, que se le convertían en una especie de losa que, cubriéndole los ojos de los recuerdos, se clavaba sobre ellos, se batía sobre su cerebro enfebrecido y transformaba sus escasos pensamientos en puñales de piedra. Todo lo recordaba hasta el detalle más nimio. Esa era su verdadera prisión, su prisión preñada de incontenibles llantos por el ansiado olvido que nunca llegaría, pues era la piel que cubría el cuerpo dolorido de su pasado y las ansias de utopías nuevas para el futuro. Mientras, quedaba la prisión, la del cuer-

po (poco le importaba, pues no estaba peor que en sus situaciones anteriores), y la viva prisión interior, en la que una desventurada existencia había ido horadando su esencia hasta destruirla y deglutirla en su totalidad.

Cuando la noche había caído sobre la ciudad y, en la distancia, se oían los monótonos acordes de las marchas procesionales, ¿qué mal fario le había llevado a entrar en aquel bar de la periferia movido por el pretendido afán de la búsqueda de una presa fácil? Se introdujo por entre la gente de la concurrida barra y sacó de una máquina una coca cola. Y fue entonces, precisamente entonces, cuando se tropezó de inmediato con aquella mirada que él no supo interpretar ni en aquel momento, ni en cuantos otros había reflexionado sobre ello, tanto cuando se encontraba en actitud indolente y estoica, como cuando lo hacía atado al duro castigo de las imágenes imborrables de aquella fatídica noche de Semana Santa. Que aquella zona era en sus orígenes lugar a donde acudían chaperos en busca de dinero fácil, mas ya lugar sólo para atrevidos o desesperados, lo sabía todo el mundo. Nadie que conociese aquel ambiente ignoraba que los mancebos habían pasado del chaperismo de “doy y paga” a ese otro más peligroso en el que cualquier final era posible para quienes se lanzasen a la aventura enloquecida. Sólo algún despistado o añorante de los pasados tiempos solía merodear por el borde de las redes que por toda la zona extendía el chaperismo del más bajo cuño.

¿Y qué hacía aquel hombre allí solo? ¿Estaría buscando una aventura fugaz, bien pagada y punto? ¿Sería alguien de la pasma? ¿Sería un camello de los de guante blanco, bien vestido, de elegante hablar, que sólo entendía de pasar el producto a vendedores de “la base”? Fuese lo que fuese, aquella mirada que había sentido fugazmente sobre

sus ojos le decía machaconamente que no correspondía a ninguno de los personajes que por allí pululaban. Intrigado y atraído, volvió a mirarle de soslayo. Aquel hombre le seguía mirando con una ternura no experimentada antes. ¿Querría una aventura con él? –No, no, no puede ser-, se repetía en su interior. Él ya conocía lo que había y lo que no había, y aquello era distinto. Muchos clientes habían pasado ya por sus manos. Conocía sus miradas, sus insinuaciones, sus pretextos, y hasta qué era lo que les podía sacar, incluso sabía intuir si la aventura habría de quedar en simple mercadeo, o si su atrevimiento debía de forzar a la víctima a mayores beneficios a costa de los instrumentos persuasores que tuviere que utilizar para conseguirlos.

Salió del bar. Tenía ganas de huir. De coger el coche que habían robado tiempo atrás y que les servía para desplazarse de un sitio a otro ampliando de esta manera su campo de acción. Miró hacia la otra parte de la gran plaza que se abría delante del bar. Allí estaba ella. Su compañera observaba como una tigresa hambrienta de sangre todos los pasos del hombre sin esencia. Ella lo conocía bien. Sabía que algo le pasaba. Intuyó que una vez más un sentimiento que, de vez en vez, le brotaba de lo más recóndito, abriéndose paso lentamente como la primera lucecilla del amanecer, y que lo dejaba aterido e incapaz de ser el león de maldad que era en otras ocasiones, estaba brotándole incomprendiblemente a su compañero. Ella lo miró intensamente desde la distancia. Le gritó sin palabras, sólo con una mirada de gata enloquecida y unos gestos patéticos, que señalaban, con una mímica indiscutible, la extrema necesidad que tenían sus estómagos y sobre todo sus venas de sentir galopar por ellas la mercancía prohibida y cara. Su mirada le amenazaba. Sabía que la reacción de su compañero respon-

día a que había olido una presa fácil, pero que su miedo arrítmico le impedía lanzarse al salto definitivo. Hizo ademán de entrar en escena, de aproximarse. El hombre sin esencia sabía que aquello podía resultar fatal, pues la sola presencia de su compañera podría motivar que se expusieran a un inminente peligro innecesario, pues la policía, sabedora de lo que por la zona solía cocerse, hacía por allí frecuentes rondas.

No le quedaba otra alternativa. O salía corriendo velozmente de allí, dejándola abandonada, o tenía que seguir con aquel misterio recién iniciado. Mientras esto pensaba, se había bebido a súbitos tragos la coca cola. Tiró la lata. La pisó contra el suelo, como quien apaga furiosamente una colilla, tras haber sufrido un desengaño amoroso. Miró hacia el bar. A través de los cristales observó que aquel hombre leía el periódico, como haciendo tiempo para algo. ¿Habría quedado allí con alguien, y todo lo que él creía haber visto no había sido sino una vacua imaginación suya? Se decidió a entrar. Entró. Se dirigió a una máquina expendedora de paquetillos de tabaco. Sacó unas monedas y las introdujo en la máquina. Recogió el paquete. Se volvió muy lentamente. Fijó la mirada en aquel hombre. Sus miradas se cruzaron. No quedaba la menor duda. Aquel hombre le miraba plácidamente, tiernamente, de manera que llegó a pensar que pudiera ser alguien que hubiese conocido con anterioridad en algún otro lugar. Su rostro le resultaba conocido. ¿Le conocería o tan sólo le recordaría a alguien? ¿Y si fuese alguno de sus múltiples clientes, a quien con anterioridad hubiera hecho sufrir alguna de sus trastadas y socarronamente esperaba el momento de la venganza? Un laberinto de fugaces pensamientos le recorría de arriba abajo. Púdicamente bajó la mirada y salió del bar.

Comenzó a pasear por la amplia acera que se extendía por toda la plaza. Fumaba agitadamente un cigarrillo, siempre observado por su compañera que le seguía desde la otra parte de la plaza. De pronto aquel hombre salió del bar. Se paró un instante en la puerta. El hombre sin esencia se desprendió a toda velocidad del cigarrillo que humeaba entre sus labios. Se le acercó en el momento mismo en que aquel hombre de la mirada plácida se disponía a introducir la llave en la cerradura de la puerta de su coche. El hombre sin esencia se le acercó presuroso. Le pidió fuego. -¿Es usted de aquí?-, le preguntó. El hombre de la mirada plácida le contestó que no, que pasaba sólo unos días de descanso y que ahora se disponía a contemplar algunas de las procesiones que se encontraban por las calles de la ciudad. El hombre sin esencia comenzó una conversación relajada, culta, confiada, introduciendo en algún momento cualquier elemento erotizante para ver de qué iba aquel hombre, y si de verdad se encontraba a la búsqueda de una aventura. No respondía aquel hombre a sus reclamos. Su desazón iba in crescendo. Aquel hombre comenzó a interesarse por él, mirándole con más ternura aún que dentro del bar. Comenzó a preguntarle por su vida, sus estudios o su trabajo, sus dificultades para salir adelante. Le oía y parecía que conociese su vida. Aquello lo intranquilizó aún más. Una nube de negros pajarracos, con sutiles presagios en sus descoloridos picos, comenzó a asaltarle. Quería encontrar un signo, un gesto, una palabra, algo, sólo algo, que le delatase las pretensiones que el hombre de la mirada plácida perseguía. En un último esfuerzo, el hombre sin esencia comenzó lentamente, esbozando una sonrisa cómplice, a acariciarse los genitales desde el bolsillo. Lo repetía una y otra vez. Aquel hombre seguía sin decir ni hacer nada que delatase sus

intenciones. El hombre sin esencia se sacó la mano y, sin el menor reparo, la dirigió a aquel lugar que indicase a las claras no estar libre de apetencia. El hombre de la mirada plácida le contemplaba. Sonreía. Hablaba sin parar, como si toda aquella parafernalia le pasase por completo desapercibida.

El hombre de la mirada plácida introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su coche. Se disponía a marchar. El hombre sin esencia a punto estuvo de dejarle ir. Miró a la otra parte de la plaza, su compañera no perdía punto de cuanto allí estaba ocurriendo. Cierta estaba de que la presa había entrado ya en el dominio de las redes tendidas. El hombre sin esencia tembló de tan sólo pensar que aquel hombre se le fuese sin haberle sacado algún producto. - ¿Ya se va usted?-, preguntó. -Sí, claro-, le contestó el hombre de la mirada plácida. -Es que todo lo que usted me ha dicho... (titubeó) me ha llegado hondo. Es usted muy agradable. Me gusta escucharle. Si usted quiere, usted está solo, y yo también.... le puedo acompañar a ver las procesiones-, casi musitó con palabras entrecortadas, pues la verdad es que no sabía dónde se estaba metiendo. Él, tan avezado en este tipo de aventuras, tenía la sensación de estar iniciando una en la que él no habría de llevar las riendas, cosa que siempre había realizado hasta el momento.

-Bueno, no tengo por qué tener inconveniente-, le contestó. El hombre de la mirada plácida entró en el coche. Abrió la puerta del acompañante y entró el hombre sin esencia. Una mirada de loba complacida enviaba un O.K tácito a su compañero, quedando sumida en su rincón de carcomida indiferencia. Aquel no fallaba, así que volvería con las manos llenas de pasta con que relinchar en su miseria física y moral. No era una mirada culpable, pero aún así, sí lo era

obscena, deprimente y canalla, pues fielmente había agregado maldad y maldad a la que ya traía en sus genes.

Temblaba el hombre sin esencia como nunca le había acontecido. Lo más importante lo acababa de conseguir: introducirse dentro del coche. Ahora tendría que planificar la adecuada estratagema para trasladar a su acompañante a un lugar donde pudiese cumplir sus objetivos. Su carácter enterizo cuando se presentaban estas situaciones parecía habersele deshecho como un terrón de azúcar ante la caída prepotente de la leche caliente sobre la taza del café. Estos temblores casi perceptibles, este sudor frío, este laberinto de sensaciones entrelazadas en la boca misma del estómago tan sólo le habían asaltado cuando comenzaron los primeros escarceos por el mundillo de la delincuencia. Tras ellos, actuaba con la misma calma que el dentista que extirpó miles de piezas dentarias a sus pacientes.

Aún así, no había podido captar, a pesar de sus muchas tablas en este sarao, cuáles eran las intenciones de su acompañante. ¿Sería policía que pretendía cogerlo con las manos en la masa cuando intentara algo contra él? ¿Sería un ingenuo, ajeno por completo a la cueva en la que se había introducido? ¿Sería alguien a quien con anterioridad hubiera asaltado o algún amigo de alguna de sus víctimas que, conocedores de su siniestra manera de actuar, hubiera preparado la venganza, llevándolo a algún lugar donde estuvieran esperándole para darle un escarmiento? ¿Sería simplemente un invertido, como tantos que se habían acercado a él con intenciones propias de su naturaleza, y a los que él los había asaltado y robado cuanto llevaban, amparado casi siempre en que sus clientes, no queriendo ser delatados, prefiriesen el robo con silencio al enfrentamiento, por las posibles consecuencias que este podría arrastrar consigo? Por

otra parte, por la dirección que había tomado el coche, estaba claro que el hombre de la mirada plácida se disponía a dirigirse al centro de la ciudad, por donde iban desfilando las procesiones y, claro está, de ser así, no conseguiría sus propósitos, sino que más bien perdería el tiempo. A duras penas, desconcertado, volvió a sus insinuaciones recorriéndose con las palmas de las manos las piernas desde las ingles hasta las temblorosas rodillas. Nada. Aquel hombre no denotaba la menor curiosidad. Sólo hablaba, preguntaba, indagaba ... ¿qué esperaba?

Cuando observó que el hombre de la mirada plácida se prestaba a buscar sitio en el que aparcar el coche, para adentrarse a pie por entre las gentes que se agolpaban a un lado y otro de las inmediatas calles, se dio una orden interior a sí mismo. ¡Ahora o nunca! –Mire..., musitó de manera casi imperceptible, la verdad es que no me gustan las procesiones. Lo que me agrada es escucharle y estar con usted –observó de reojo esperando alguna reacción de sorpresa o de rechazo, mas esta no se produjo-. Por eso, si a usted le parece, podíamos ir a un sitio más tranquilo en el que poder charlar-. – Bueno, ¿por qué no? Tampoco a mí me agradan las acumulaciones de gente y la bulla, pero tendrás que decirme a dónde vamos, pues conozco poco por aquí- fue la respuesta del hombre de la mirada plácida.

El hombre sin esencia respiró profundamente. Llevó el aire hasta la boca misma del estómago en un intento de que, con la espiración de sus pulmones, saliese todo su nerviosismo hacia afuera. –Dé usted la vuelta en esa rotonda, y siga la calle de la izquierda hasta el fondo; por allí cerca hay una zona residencial que a estas horas estará tranquila y podremos charlar... y lo que usted quiera-, se atrevió a decir como recuperando el dominio de la escena que, hasta el

momento, había correspondido al hombre de la mirada plácida. El hombre de la mirada plácida siguió lo que le indicaba su acompañante. Pronto se adentraron por una carretera con lujosas viviendas de amplias parcelas ajardinadas a un lado y a otro de la misma, iluminada en su comienzo, mas, a medida que se iban adentrando por ella, la luz de la luna llena sustituía por completo a las suntuosas farolas que escoltaban la primera parte del camino.

Era este el momento en el que los recuerdos iban y venían por su cabeza formando un revoltijo aterrador. Aquí perdía la línea cronológica de lo acontecido aquella maldita noche. Eran sólo unos flash que iban y venían como unos negros pajarracos desnortados que, en los opacos, sucios, y chirriantes cristales enmohecidos de su cerebro chocaban y chocaban, mezclándose con el ruido insufrible, como un griterío de noche de aquellarres macabros y tenebrosos, que provocaban las alas mortecinas de aquellos monstruos sin piedad. Estaba a punto de sufrir una nueva crisis. No lo podía permitir. Estaba en público. Todo el mundo comenzaría a mirarle. ¿Qué explicación daría? Contuvo como pudo el ataque. No podía más. Estallaría si seguía allí. Con su inamovible mirada de bondad contemplaba la escena. Tosió. Se puso de pie. Volvió a toser. Algunas personas, embebidas en las palabras que el sacerdote iba pronunciando desde los pies mismos del presbiterio, le miraron. – Creerán que he tenido un ataque de tos- pensó el hombre sin esencia. Sonrió bobaliconamente. Movié la cabeza en actitud de gesto humilde, como pidiendo disculpa por su imprudente ataque de tos simulada. Salió rápidamente de la capilla. Cruzó el patio y se introdujo en uno de los cuartos de baño. Se sentó en el retrete. Bajó su cabeza hasta intro-

ducirla entre las rodillas, con las que se golpeaba la cabeza, al par que se las abarcaba con sus amplias y endurecidas manos.

Allí estaban ellos. Sus recuerdos. Las sombras que le acompañan desde aquella misma noche. No sabría decir cómo sucedió todo. La paz que, a pesar de lo extraño de su comportamiento de aquella noche, seguía manteniendo el hombre de la mirada plácida, lo desconcertó, le derrumbó todas las piezas de su manida estrategia que nunca fallaba. Llegó a colocar la mano sugerentemente sobre la cabeza de su acompañante, y nada. –Pero, ¿quién coño era aquel tío?, se gritaba en su interior. – ¿Por qué no reaccionaba a nada? Pero, ¿no sabía que allí se iba a lo que se iba? ¡maldita sea!-, se repetía una y mil veces. Un nuevo flash revoloteaba. Su desconfianza le llevó a tocarse por la interioridad de la bota derecha. Allí estaba ella. –¿por qué aquella noche?-, se impacaba ¿por qué aquella noche llevaba introducida en una de sus botas una navaja de verdad, cuando la mayoría de las veces tan sólo portaba algún objeto que se le pareciese, por aquello de los frecuentes registros que sufría de la policía al encontrarle en los sitios por los que merodeaba?- se decía una y otra vez, apretándose la cabeza con las dos rodillas.

–Sí, sí, tuve miedo, mucho miedo-, se decía sollozando aterido. –Si me hubiese dado todo el dinero cuando saqué la navaja y se la puse en la garganta, no habría pasado nada. Le habría abandonado allí y habría vuelto andando por una vereda que me habría llevado a dónde me esperaba mi compañera. Pero ... si ni siquiera esperé a que me diera la pasta... ¡Y aquel tío me la iba a dar! ¡Yo lo sabía! ¡Yo lo sabía..... sí, sí, lo sabía!-, se golpeaba una y otra vez la cabeza con las manos con los puños cerrados, masoquistamente

endurecidos hasta clavarse tan intensamente las uñas que la sangre brotaba de ellas. - Se intentó sacar la cartera del bolsillo de atrás del pantalón.... y yo, cabrón de mí, pensé que iba a sacar una pistola... ¡qué peazo de cabrón! - Y para colmo, aquellas sombras, aquellas dos sombras que a unos cuantos metros yo había visto hasta moverse; ¡que sí, coño!, por mi madre de mi alma, que se movían, que eran dos tíos, que me estaban esperando compinchados con él para vengarse de mí. Lo vi todo tan claro... fue todo tan rápido... y mira que, cuando se intentaba sacar la cartera del pantalón, estaba tranquilo como quien acaba de levantarse... y mira que, a mis gritos de ¡cabrón! ¡qué me has hecho?... ¡me has traicionado!... ¿quiénes son esos dos tíos...?- aumentaba el sollozo del hombre sin esencia, mientras una y otra vez se repetía estas últimas palabras con un tono cada vez más apagado, más tenue, como se apagan los ojos del enfermo cuando el dolor que le martiriza se va lentamente a los acordes de los últimos calmantes ingeridos; - si... a mis gritos él respondía una y otra vez que me tranquilizase, que allí no había nadie, que las sombras eran las columnas del portal de una de las casas de campo, que me daría el dinero, que me comprendía, que no perdiese los nervios. Y zas ... ¡maldito de mí! Cuando me di cuenta ... le había clavado la navaja en el cuello... salí del coche... iba a comenzar a correr despavorido... no sé cómo pero vi que eran dos columnas... ¡que allí no había nadie! Oh, Dios, ¿por qué no permitiste que me muriera antes...?-. El hombre sin esencia se había quedado sin lágrimas que llorar.

Sabía, sin embargo, que se habían apagado los flash de esta interminable crisis, que cada vez le atacaba con más frecuencia, pero ahora su mente le conduciría una vez más, como un hierático inspector de policía, a visitar inexorablemente la escena del crimen. Pero este recorrido por los

entresijos de la escena lo hacía su mente, eclipsada de energía vital, como un autónata, como un poseído por la oscuridad del vértigo del vacío de la nada. Veía sin ver. Todo el ritmo, al que los recuerdos lo habían vertigisonamente arrasado para proyectarle los hechos, se transformaba ahora en una caprichosa cámara lenta que, a primerísimos planos, le ofrecía los más nimios detalles de lo acontecido: la cabeza del hombre de la mirada plácida reposada sobre el cristal de la ventanilla del coche, sus manos desgarbadas, los ojos entreabiertos, la cartera entre los dos asientos delanteros, sangre por todas partes, las dos columnas que él en su miedo había transformado en gigantes de la venganza merecida relucían hieráticas con una mueca de testigos de piedra. Todo, absolutamente todo, aparecía como una locura incomprendible, incrédula, contagiada de la cicuta de vetustos instintos cainitas. El vacío le había transformado en bestia destructura, imperiosamente atado a una codicia, cuyo único patrimonio era vivir atado a la rueda de la destrucción, del sin sentido y de la muerte alineante. Todo lo había heredado de una raza sin palabras, de unas manos sin sentimientos, de unos ojos que sólo miraban hacia el barro de la tierra que, de mirarlo y remirarlo, se había transformado en un lodazal en el que no fertilizaba el pensamiento.

A veces, por entre tantas sombrías nubes, un rayito de luz luchaba tenazmente por adentrarse. Luz trasparente para un contorno diluido, apagado, mortecino. La luz miraba al hombre sin esencia. Revoloteaba con alas de terciopelo por el sombrío páramo de un estremecimiento casi sin palpito humano. El rayillo le gritaba que podía volar, que podía sacar los pies del barro aterido. Fulgía. Quería romper las ataduras de la cuerda amenazante de muerte, siempre bamboleándose sobre el espiral de muerte de la viga de la

única habitación que de todo servía a la pobreza desconcertada. Era una lucha entre un suspiro, abierto a una mar inmensa, azulada, pletórica, llamada de eternidad, y una espada ciega, sajante e inevitablemente destructora.

Era cuestión de elegir. Quería resurgir en busca de aire nuevo, pero los nudos de antaño lo tenían poderosamente atado. La lucha interior le devoraba el alma. Sin haber llegado aún al medio de su vida, la fauna y flora de su existencia aparecían desoladas. ¿Sería una quimera asirse a la vida? ¿Se habría apagado para él el rumor del viento, el azul de la mar, el verde del horizonte misterioso, el ánimo de la palabra ardiente, la mano impregnada de ternura, la pasión de una mirada sin fondo? ¿Su hilito de vida habría de estar irremisiblemente atado a la ausencia incontrolada, a la soledad de carcajadas incontenidas, a los ecos de un pasado destructor? ¿Solo, martirizantemente solo, habría de vivir atado a su existencia sin la libertad dulce y animada de su esencia?

Entraba de nuevo en el barco de su mirada de bondades anidadas. Había pasado la tormenta. Alzó la cabeza. Sus piernas y sus manos habían perdido la rigidez del ataque cruento. Salió de aquel íntimo cubículo, mudo testigo de sus más sórdidas raíces. Sudaba. La cólera del dragón del pasado se había apagado. La luz blanquecina de la tarde conventual le parecía más radiante. Quería desertar de aquellas muchedumbres de horrores enquistados. Quería exiliarse de una humanidad decadente. Quizás pudiera encontrar en los rincones vacíos de sus entrañas la ráfaga impenetrable de su esencia momificada.

EL CALLEJÓN SIN NOMBRE

Una vez más había llegado el ansiado fin de semana. Toda una semana de monotonía, de hastío, de sentir en el alma el áspero sonido de lo no comprendido, de lo no compartido. Toda una semana de carencia de diálogo, de abuso de unos monólogos interminables. Toda una semana de imposiciones, de gritos constantes. Toda una semana de asistencia a unas clases muertas, apagadas antes incluso de haberse encendido. Toda una semana de un trabajo agotador o de un paro que paraliza los sentimientos. Toda una semana vivida con la conciencia de no interesar a nada ni a nadie, solamente, tal vez, a los agentes publicitarios interesados en vender productos para la masa juvenil. Toda una semana en la que una vez más los medios de comunicación social habían sido portadores de asesinatos, de violencia, de terror, de escándalos. Toda una monótona semana con más de lo mismo.

Y llega la noche. Con ella brota del corazón de los jóvenes el pellizco de comprobar el vértigo de la libertad, simplemente de sentirse, de saberse vivos, de tocarse y sentir que su corazón late, que no son aún muertos caminantes perdidos en la monotonía de la estadística y en la despersonalización de la masa incambiable. No importa nada más. Se apagaron las ideas. Se ocultó el diálogo. El clima es bueno para el ruido ensordecedor, para las litronas compartidas, para el porro que se fuma como la pipa de la paz. Se comparte lo que se es y lo que se tiene. Es una necesidad de correr sin saber hacia donde; ello no importa, lo interesante

es sentirse corriendo. Surge la complicidad de los sentimientos comunes. El coleguismo toma su carta de ciudadanía y se hace dueño de una ciudad ya acostumbrada a contemplar en silencio el fenómeno. Algunos observadores emiten sus valoraciones, pero todos observan el fenómeno desde la distancia. Es el miedo ancestral a lo desconocido y misterioso.

Era un sábado más. Había hecho mucho calor durante el día. El levante había recorrido con sus alas de fuego hasta los más recónditos rincones de la ciudad marinera. Los papeles habían revoloteado por las calles como mariposas que se equivocaron de destino. Los cuerpos sentían latir, en un manantial de sudor frío, el tremendo peso de una temperatura inacostumbrada.

Aquí estaba la noche. Una suave brisa surgía cargada de labios y de sonrisas inexpresivas. Poco a poco los invitados a la ceremonia ritual de la movida se iban posesionando de sus lugares apetecidos. Eran unidades recogidas en pequeñas pandillas que se iban enraizando al azar con otras que, por afinidad, pertenecían a la institución sagrada del coleguismo.

Yago se había reunido con sus colegas una noche más. Su sonrisa pícara, sus ojos de misteriosos nenúfares, su cuerpo atlético, su rubia cabellera -testigo de su reciente ducha- y el indiscutible liderazgo que ejercía sobre sus colegas, no pasaban desapercibidos ni para sus compañeras de instituto, ni para quienes no le conocían o le veían por primera vez.

Ya había comenzado el ceremonial de la noche a las mismas orillas de una mar que se sentía radiante por tan ruidosos y juveniles acompañantes. Al par que aumentaba el consumo de las ofrendas rituales, iban elevando el tono de la música que agrietaba el diálogo desde sus discotecas ambulantes; y los gritos y carcajadas se entremezclaban con

una comunicación que tenía como signos preferentes el golpe en la espalda y los ruidosos besos, que solían acompañarse de abrazos y ternuras. Un gesto de afecto vale aquí más que mil palabras. Lo malo es que también un gesto de agresividad o menosprecio, real o sospechado indebidamente, podría, en cualquier momento, provocar la más incontrolada lucha callejera, que nunca se podría saber cómo podría terminar.

Yago bebía un refresco de naranja. Miraba a unos y a otros. Con su sonrisa, parecía participar en el ritual de la movida. Sin embargo, observándolo profundamente, Yago parecía ausente, como si sus intereses no estuviesen afincados en el lugar donde se encontraba. Buscó un pretexto y se acercó a la orilla de la mar. Las olas se movían silenciosas, parecían pensamientos que lentamente venían a depositarse en las proximidades de sus pies. ¡Qué grandeza!, pensó Yago. Aquella sensación de inmensidad lo ensimismó en lo más recóndito de su juvenil alma. Porque a Yago las sensaciones de la inmediatez no le enganchaban; le parecían como agua torrencial que caía sobre la montaña huyendo con prisa a acumularse en la profundidad del valle.

Yago pensaba, a veces, que su carácter era un tanto contradictorio. Por una parte, era atrevido, valiente, amante de las situaciones límites. El miedo, las leyendas, las fantasías, el terror le atraían profundamente; pero, por otra parte, a la hora de la verdad, fácilmente sentía miedo y, cuando este llegaba, unos caballos desbocados le parecían correr por lo más íntimo del corazón, hasta parecerle que este se le iba a salir del pecho, como una paloma asustada por el tiro insensato de un cazador.

Miraba la mar, y la inmensa oscuridad le abría los baúles de su gran capacidad de fantasía. La noche, desde niño,

le había inspirado miedo, por una parte; pero, por otra, le atraía en sumo grado. Mirando a la mar, le vino de súbito el recuerdo y la atracción que sobre él ejercía el fantasmal Caserón existente en las proximidades de su casa. De él había oído contar las más fabulosas leyendas que Yago una y otra vez recreaba en su mente, contemplándose, con frecuencia, como protagonista de las mismas. Pasaba por el Caserón con miedo y mirándolo como si de sus viejos muros fuese a salir de pronto tras él algún enigmático personaje de cuento.

Muchas noches subía a su azotea y contemplaba la silueta del inmenso Caserón. Le parecía oír voces sin palabras. Eran sonidos desarticulados que se perdían en la noche. Veía fantasmales personajes que iban y venían perdidos en un mundo de sombras. Pero, sobre todo, contemplaba ensimismado a un personaje majestuoso, silencioso, hierático, que pasaba toda la noche sentado en la torre en forma de gran sillón con la que terminaba el Caserón. Este personaje, con la mirada clavada en el río, permanecía allí durante toda la noche, y sólo desaparecía cuando las primeras luces de la mañana se iban abriendo paso entre la niebla de la noche con el primer canto de los gallos y el sonido lastimero de las campanas de algún convento que llamaban a la misa de la aurora.

Yago siempre se había trazado el reto de entrar solo y de noche en el viejo Caserón. El miedo lo atenazaba siempre que se había decidido a realizar su empeño. Conociéndose, sin embargo, sabía que algún día lo realizaría pasase lo que pasase. Aquel misterio tenía que abrirse en plenitud para él. No lo frenaría nada. Cada día que pasaba lo consideraba un día perdido. Había pensado, a veces, que quizás, intentándolo con otros colegas, le sería más fácil, pero, de inmediato, rechazaba la idea. El reto era abrir él solo el misterio, sentir esa sensación. Además no

quería ni pensar que, hechos partícipes sus colegas del proyecto, descubriesen que Yago no lo había realizado por miedo.

Yago, de pronto, sintió en su interior una apremiante voz que lo llamaba a la aventura inmediata. -Esta es la noche adecuada-, se decía. Pero, cómo iba a dejar tirados allí a los colegas sin darles una explicación convincente. Todas las noches de los viernes y de los sábados las pasaban juntos, y sería una pasada abandonarlos ahora. Pero, por otra parte, pensaba que sus amigos durante un rato quizás no se diesen ni cuenta. Podrían pensar que alguno de sus frecuentes ligues le mantenía oculto en cualquier rincón de la noche. No lo pensó más. Con un arrebato impetuoso, cogió la moto y se dirigió velozmente al Caserón.

La noche era una locura. Las motos corrían con una velocidad increíble. Hacían el caballito. Simulaban que iban a chocar con alguno de los coches que transitaban por el lugar. Las diversas bandas urbanas portaban su tesoro máspreciado, el lote. Algunos más precoces habían sentido ya los primeros efectos del alcohol y eran conducidos por sus colegas o arrastraban su cuerpo con una profunda dificultad. Yago pasó olímpicamente de todo aquello. Sólo tenía una idea en su mente: -Esta noche, esta noche tiene que ser-, se repetía.

Llegó a las proximidades del Caserón. Dejó la moto en la calle paralela a la suya, no fuese que sus padres, que fácilmente podrían estar con algunos amigos en la azotea, lo vieses y se extrañasen de que se encontrase tan pronto en casa. Conociéndole, pensarían que algo le había podido pasar.

-¡Qué cambio tan radical de ambientación!-, pensó Yago. Aquí todo era silencio. No se percibía ningún ruido. Se adentró en un Callejón que estaba paralelo al Caserón. El

Callejón, que Yago nunca se había atrevido a cruzar hasta ahora, aparecía iluminado por una luna llena que quería ser testigo de la aventura, su aventura. Unos gatos salieron corriendo produciendo unos maullidos lastimeros que parecían presagiar alguna desgracia. Los gatos, en su carrera, chocaron contra los pies de Yago, estremeciéndolo con el pálpito del miedo.

De pronto, Yago vio unos bultos que aparecían casi al final del Callejón. Se paró. ¿Eran personas, o sombras que tomaban las más extrañas figuras en la noche? Pensó que quizás fuese su propia fantasía la que le jugaba esa mala pasada. Permaneció sin moverse. Aquello le parecía absurdo. Echarse atrás ahora ante los estúpidos miedos producidos por unas sombras, le resultaba patético. Eso no lo haría. Seguiría hacia delante. Hizo ademán de continuar su camino por el Callejón. De pronto, las figuras se movieron. -¡Colegui, ni aquí puede uno pincharse tranquilo! ¡Vete a la puta mierda, cabrón!-, gritó una voz casi sin sonido que surgía de las sombras de la noche como un lamento de ultratumba. -¡Vámonos, tío, que a lo mejor es la pasma!-, se escuchó lastimeramente pronunciado por otra voz aún más apagada. La palabra había surtido su efecto, porque de inmediato salieron corriendo impulsados por las pocas fuerzas que parecían resistirse a abandonar aquellos cuerpos famélicos.

-¡Pues sí que empiezo bien!-, pensó Yago. Continuó caminando lentamente por el Callejón, dando un paso y mirando hacia atrás. Yago escuchaba todos los sonidos del miedo. Ese silencio que otras veces había considerado gratísimo para pensar, para leer o simplemente para estar consigo mismo, ahora empezaba a resultarle insoportable. El Callejón despedía un fuerte olor a orines, que se mezclaba con la humedad intensa de lo abandonado. Aquello no era

realmente lo que él esperaba sentir. Estar allí era una mierda. Estuvo a punto de largarse rápidamente de aquel lugar estúpidamente idealizado y de galopar en su moto nuevamente hacia la movida, pero de pronto se sintió junto a una de las vetustas rejas de la primera ventana del Caserón, que se hallaba al alcance de sus manos.

La vieja ventana fue una llamada para seguir en el empeño. No se lo pensó más. Se agarró a las rejas de la ventana y comenzó a trepar por ellas. Pasó de esta a una segunda ventana que se encontraba en la primera planta y, de allí, saltó a una ventana de la segunda planta, que se encontraba sin rejas. Dicho y no dicho, lo cierto es que Yago estaba ya dentro del Caserón de sus fantasías. Todo era silencio. Comenzó a caminar por habitaciones y galerías todo llenas de escombros, a los que Yago podía contemplar porque sus ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad, y porque los rayos de estrellas vivas de la luna llena le servían de faro en su caminar. Entró en una habitación preciosa que a Yago le pareció una capilla por su forma y por los ángeles y demás adornos que aparecían pintados al fresco por las paredes. Quedó sorprendido porque el techo de la supuesta capilla estaba constituido por una bóveda, toda ella también pintada. Había merecido la pena entrar. Aquello era fascinante y empezaba a sentir el silencio, como siempre había sido para él, sumamente grato.

Salió de aquella habitación. Recorrió otras. Todas llenas de escombros y sumidas en la más lamentable dejadez. Comenzó a bajar por una solemne escalera jalonada con unas barandillas muy bellas. Él recordaba haber estudiado en el Instituto cómo se llamaba aquel estilo artístico, pero no era el momento adecuado de pensar en tecnicismos. Llegó a un patio rodeado de columnas de mármol rojo.

Todo le resultaba muy bello, y aún más con el misterio de la noche y con la iluminación especial que la luz de la luna da a las cosas y a las personas, transformándolas en entes de nácar y caoba. Yago se sentía muy a gusto. Le agradaba el ambiente. Pero, aunque había sido capaz de conseguir el reto que desde niño se había planteado, era lo cierto que sentía dentro de sí una cierta frustración. Aquello sólo tenía la atracción mágica de lo desconocido y de lo fabulado por el pueblo ignorante que se traga todo lo que le echen.

Estaba Yago sumido en estas reflexiones cuando, de pronto, sintió un ruido estruendoso. Una pared se había caído en el piso alto; pero no fue una caída súbita, sino que se escuchaba caer los ladrillos lentamente, uno a uno. Aquello le parecía insólito. Podrían ser los gatos, pero aquel estruendo no podía corresponder a una acción realizada por ellos; de ninguna manera.

Apareció de pronto alrededor del patio y de toda la casa una luz nueva, de un color violeta, que lo invadía todo. El patio se transformó en uno de esos patios luminosos que Yago había visto en los hoteles donde se hospedaban los atletas de la película "Carros de fuego". La luz lo asustó y corrió a esconderse detrás de un solemne sillón que aparecía en las galerías del patio, sillón que no había contemplado hasta el momento.

Tras su escondite, miró detenidamente el patio. - ¡Qué gozada!-, exclamó. Era el patio más bello que jamás hubiese podido contemplar. Fue observando detenidamente cómo aparecían en él las más bellas y olorosas plantas. Las que más le llamaron la atención fueron los jazmines, las rosas, los claveles y sobre todo los pensamientos; los había de todos los colores y parecían que sus pétalos sonreían. Había flores que él no las había visto en su vida. El patio se llenó

de una fragancia desbordante y hasta la luna parecía gozar acariciando con sus rayos, una a una, a cada una de tan bellísimas flores.

Yago creía encontrarse presenciando una increíble representación teatral. De pronto, comenzó a sonar una canción lejana, llena de voces insinuantes, portadoras de la eterna indiferencia del tiempo que ni se apresura ni se retrasa, siendo tan sólo el eco de las horas de los silencios acumulados. Un joven entró en la fantasía del patio. Comenzó a cuidar y regar plantas, flores y arbustos. Era alto y muy moreno, con los ojos negros como la noche sin luna. Vestía una camisa y un pantalón de un blanco infinito. Caminaba descalzo. Constantemente miraba hacia la escalera por la que se subía a la planta alta.

Súbitamente, la tonalidad de todas las plantas se transformó en roja, de un rojo suave, acariciante, melodioso, un rojo de sueño de las tardes de otoño y primavera. Un perrito de color canela, juguetón y alegre, bajó las escaleras y comenzó a dar juguetones saltos y piruetas ante el joven de blanco. Todo se paralizó de repente, transformándose en un cuadro sin tiempo ni espacio. Una bellísima mujer bajaba con una fantasmal solemnidad las escaleras. Parecía la más bella de las vírgenes que jamás Yago hubiese contemplado. Vestía toda de blanco, con unos tules que parecían de brisa y viento. Los ojos del joven de blanco se llenaron de luminosidad. Ambos se fundieron en un cálido y apasionado abrazo. Eran besos de mar, caricias de tiempo. Yago sentía en su corazón un revoloteo de enamoradas palomas. Aquello era el amor. Todo gozaba y temblaba ante sus sombras alargadas.

Ante el estremecido patio, un pavoroso grito rompió la noche. El joven de blanco se transformó en sombra. La

bella mujer subía presurosa por las escaleras, seguida del perrillo canela. Al verla irse, pude contemplar bordadas en su espalda unas negras letras que decían: Emparedada...

... El ladrido de un perro, ladrido en la distancia, despertó a Yago. Se encontraba dormido boca abajo sobre las losas frías del patio. Abrió los ojos. Contempló un patio desolador. Escombros por todas partes. Cardos, ortigas, jaramagos, maleza y toda clase de plantas parásitas surgían por doquier. Recordó lo visto y vivido en la noche. ¿Había sido una pesadilla o una fantasía que le picó inesperadamente el alma como hacen las avispas con el calor del levante? -Fuese lo que fuese, pensó Yago,... no hay duda de que la experiencia me va a ser muy importante. He vivenciado que existe el amor, capaz de todo, y que es bueno que las mariposas de la fantasía vengan cada noche a dormir en el ático de mi alma-

.

EL NIÑITO DE CERA

Érase una vez un niño muy dulce. Siempre muy bien lavado y con pelitos muy relucientes, como una noche sin luna. El niño no quería ir al colegio, porque los demás niños le pegaban. El niño no sabía jugar. Tampoco quería hacerlo. Se quedaba solo en el patio cuando llegaba el recreo. El niño lloraba y quería quedarse en su casa.

Sin embargo, la mamá gorda, que no era su mamá, pero sí lo era. Bueno, no era su mamá, pero sí lo era. Un lío. Pero sí que era su mamá. Mamá gorda lo acariciaba y tenía unos proyectos muy importantes para cuando el niño se hiciese grande, porque, claro, aunque todavía era niño, algún día tendría que hacerse grande, muy grande.

Y es que mamá gorda era una persona muy importante. Era la más sabia del mundo... y daba discursos, y escribía libros, y cantaba.... ¡huy, qué bien cantaba! Y mamá gorda siempre estaba corriendo de una parte para otra, porque había perdido el hábito de andar como las personas hacen. Y era tan importante que siempre estaba dando órdenes a todos los que se le acercaban, y todos los seres humanos obedecían a mamá gorda, en parte, porque mamá gorda era muy importante; y, en parte, porque todos le tenían miedo a los gritos que daba mamá gorda, porque mamá gorda había ya perdido también el hábito de hablar. Y dicen que, cuando tenía algún sueño, y mamá gorda tenía muchos, siempre soñaba gritando, de manera que todos temían a mamá gorda.

Pues bien, cuando el niño se fue haciendo grande, mamá gorda le enseñó a comer libros. Y el niño se aficionó

tanto a comérselos que se los comía todos, porque quería ser tan importante como mamá gorda. Al principio, le costaba trabajo tragárselos, pero mamá gorda le daba un vaso lleno de ambiciones, y el niño se lo tragaba todo, todo y todo.

Mamá gorda le daba muchos libros para comérselos, pero al niño los que más le gustaban eran los libros de leyes antiguas. Y se comió las leyes de todos los pueblos, de manera que, desde entonces, los pueblos ya no tenían leyes, porque se las había comido el niño de mamá gorda. Los libros de poesía no le gustaban al niño de mamá gorda, porque decía que, cuando alguna vez había intentado comérselos, veía monstruos y le parecía que había unos seres que se movían a su alrededor, y que esos monstruos se reían, hablaban, y alguna vez le pareció ver como que los monstruos se besaban. Y el niño de mamá gorda sentía pesadillas. Así que mamá gorda le dijo que nada de comer libros de poesía.

Tampoco le gustaba comer libros de filosofía, porque, cuando lo intentaba, sentía un fuerte dolor de cabeza, pues le parecía que se iba a tener que poner a pensar, y eso a él no le gustaba, le producía náuseas y vómitos. Así que mamá gorda buscaba y buscaba libros de leyes y más leyes, para que se los comiera el niño de mamá gorda.

¡Qué contenta se encontraba mamá gorda! El niño estaba preparado para dar el gran salto con el que pudiese colmar todas sus ambiciones. Y lo hizo guardador de libros de leyes. Así podría comer libros y libros. Dicen que el niño de mamá gorda no tenía carne, pues un pergamino negro con una rajita blanca cubría sus huesos, aunque algunos decían que tampoco tenía huesos, porque se había ido transformando en un muñeco de cera. Era el niñito de cera.

¡Qué contenta estaba la mamá gorda del niñito de cera! El niñito de cera iba por las calles con el cuerpo ergui-

do y la mirada perdida en el horizonte. Nunca saludaba a nadie, porque los otros ni comían libros ni eran de cera. Poco a poco, perdió la sangre que había tenido cuando niño, y por sus venas corrían arroyuelos de tinta, de la tinta que se había desprendido de los libros comidos por el niño de cera de la mamá gorda. Y dicen que, cuando lloraba, lloraba unas leyes desteñidas que olían a ese olor agrio que tiene la nada. Y cuando alguna vez alguien tropezaba con el niño de cera de la mamá gorda se daba cuenta de que tenía el cuerpo frío ... frío, como los pollos congelados. Y algún atrevido que le tocó la mano sintió que los dedos del niño de cera eran de alambres.

Un día hubo una reunión de hombres muy importantes. Iban a comer suculentos manjares. Allí fue, invitada, la mamá gorda. ¡Qué bien se sentía! Pero la mamá gorda tenía una pena grande, como la de La Lirio, porque el niño de cera de la mamá gorda no había podido entrar en el banquete, ya que todavía no había comido los suficientes libros. ¡Qué bien cuando el niño de cera de la mamá gorda pudiera entrar en estos banquetes! Sería entonces casi tan importante como ella.

Un día, el niño de cera iba caminando cansinamente. De pronto, se vio rodeado por los monstruos. Eran personajes de carne, tenían sangre en las venas, se reían, cantaban, se abrazaban, y hasta se besaban. ¿Quién había abierto la jaula de la que se escaparon tantos monstruos humanos? El niño de cera se puso histérico, como tantas veces había visto ponerse a la mamá gorda. Comenzó a gritar al ver a los seres humanos. Estos, sin embargo, no se asustaron del niño de cera. Sintieron pena al verlo en aquel estado. Se acercaron a él, poco a poco, para no amedrentarlo. Cada vez estaban más cerca. El niño de cera gritaba y gritaba.

Los humanos empezaron a acariciarlo. Con el calor de la humanidad y de las ternuras, el niño de cera se fue poco a poco derritiendo, derritiendo, derritiendo...

Cuando los humanos se dieron cuenta, sólo quedaba en el suelo una mancha de cera, negra, pegajosa y fría. Y dicen que, cuando mamá gorda se enteró de lo ocurrido, se sentó sobre la mancha negra, ocultándola tras su enorme trasero. Iban pasando los días y mamá gorda no comía, y, sin embargo, cada vez estaba más gorda, más gorda. Los niños jugaban alrededor de mamá gorda; ella les gritaba con una voz de flauta desafinada. Poco a poco, la mancha de cera negra se fue haciendo cada vez más grande, y así fue desapareciendo la mamá gorda. Un día, cuando los niños iban para la escuela, vieron que ya no estaba en aquel lugar la mamá gorda. Dicen que todas las tardes, antes de ponerse el sol, cientos de palomas revolotean alborozadas sobre la negra mancha de cera.

INDOLENTE

¡A mí no me digas tú que la culpa es de mi niño! ¿Qué es mía? Eso no te lo crees ni tú. La culpa es tuya, so estirao. Sí, sí, tuya... porque mi niño no ha tenido nunca un ejemplo de padre que llevarse a la boca. Sí, claro que lo tuyo era trabajar... ¡y una mierda! Como si lo que tú haces fuera trabajar... coger un librito y leérselo a los niños, ponerles unas cuentas.. y luego... ni las corregías. ¡No me da la gana! ¿Te enteras? ¡No me cayó, porque no me da la gana! Y tú al pico... A mí no me mires de esa manera; mira que cojo la olla y te la parto en esa cabeza calva que tienes como una bombilla. ¡Lechuzo, so lechuzo! Habráse visto qué tío más cochambroso.

¿Y pa qué quiere que se levante? ¿Tiene algo que hacer la criaturita? ¿Qué es un golfo? Más golfo eres tú, tú si que eres un peazo de golfo... míralo, míralo a él, tan respetuoso con to el mundo, tan cumplidor, tan religioso... ¡falso, tú lo que eres es un falso... sí, un falso, porque así te parió tu madre! Ay, mira, ya salió aquello ... “que ya quisiera yo parecerme a ella”. ¿Sabe lo que te digo? ... ¡Mírame, que soy yo la que te hablo! Tú escucha, y chitón... Tú madre era una pelagarta de tomo y lomo. Mu calladita, sí; mu limpia, también; pero, por dentro era una víbora, una péscora... ¡lo digo como me da la gana! Sí, era una péscora, lo único que le interesaba era trincar a tu padre... sí, a tu padre, porque tenía chismitos. ¡Ella era una tía mu interesá! Y no me digas que no, que eso lo dice hasta el cura, y mira que revoloteaba a su alrededor... sobre todo cuando se quedó viuda... que tu madre, hasta de

vieja, se volvía loca por unos pantalones. ¡Que no me callo, porque no me da la gana! ¿Tan terao...? Que en mi casa digo lo que me sale del ... ¡más guarro eres tú!

Tú te creías que tu hijo se iba a educar solo... que tú cumplías trayendo al final de mes un sueldo de miseria, ¡pa que te enteres!, de miseria, un sueldo cochambroso. ¡Cuánto he tenido que estirar tus puercas pesetas pa salí palante! Que me se antojaba un vestido, po me fastidiaba y me arreglaba el viejo; que mis amigas iban de compra, po yo tenía que decir que no podía porque había venido tu madre; que había una boda... po al rollo de siempre... que me dolía la cabeza. Ay... ¡de cuántos apuros me han sacado las jaquecas! Pero tú, nada, porque tú siempre tas creío que eras el marqués de Pikman... salías del colegio, y a tomarte la cervecita con los amigos... y con tapita, claro; y por la tarde, tu cafelito, y con un dulce o una madalena ... que te crees tú que yo no lo sé. Y tabaco, has fumao más que un carretero... porque tú eres un vicioso como tu padre... sí, sí, no me pongas esa cara... que to er mundo sabe que tu padre murió de un palomazo. Sí, sí... habladurías... tú sí que eres una habladuría... Mira, tú padre era un alcohólico... no me mires con esa sonrisita de lobo, ¡eh!, sí, hombre, si yo ya sé que yo soy una inculta, ¡eso es lo que tú te crees! Y lo que tú has publicado por to el pueblo. ¡Inculta yo! Po, mira, ¿lo quieres más claro?... tu padre era un borracho de tomo y lomo. Ese se bebía hasta las escupideras. Y no me digas que no. Tú que eres tan culto tenías que haberte ocupao de educar a tu hijo. ¡Qué pena de mi Indolentito! Con la edad que tiene, y aquí está el pobre sin oficio ni beneficio, sin na. ¡Y tú tienes la culpa! Por eso te vas a ir al infierno, porque tú eres un mal padre y un mal marío? ¡que sí, un mal padre.... porque lo llevas en la sangre! ¡Qué pena de mi niño!

Porque tú sabías, y no me digas que no ¡eh!, que el niño no iba a la escuela. Y tú sabía que al principio se quedaba por la calle... ¡Ay!, ¡qué puede aprender una criaturita en la calle con tanto golferío suerte! Cosas malas, na más que cosas malas... Y tú sabía que después el niño se acostaba a las tantas, y se llevaba en la cama hasta la hora de armorzá. ¡Y tú no le decías nada! ¿me vas a decir que yo lo tapaba? ¡Serás sinvergüenza! ... no, si ahora va a resultar que la culpable soy yo, que la mala soy yo, y tú un santo. Vamos, ¡vivir para ver! ¿Y de las revistas guarras aquellas qué? ¿No te lo dije? ¿Y de qué sirvió? Sólo para que me dijeras que yo era una antigualla ... no, si tú siempre le has reído las gracias a tu hijo. ¿Y te parece que está bien que en una casa decente el niño trajiera esas revistas guarras y se tocara donde no se tenía que tocar? Y no me digas que no, eh. ¡Qué te calles, que ahora estoy hablando yo! Esas son cosas de padre, no de una pobre madre. Las hijas, para la madre, y los hijos, pa el padre. Pero, claro, como tú no quisiste tener más niños ... porque “la vida estaba muy mal”. Estaba muy mal por tu culpa. No me digas que tú no pudiste buscarte otros trabajos. Tus compañeros lo hacían. Sí, sí, no te rías... llevar una contabilidad ... o dar clases particulares. ¿No has dicho siempre que eso era lo tuyo? ¿Sabes lo que te digo: que tú eres un puto egoísta, que sólo tas mirao siempre a tu ombligo ... y Dios ta castigao. Si me hubieras hecho alguna niña... yo la habría educado como una princesa... pero no te dio la gana, porque tú eres flojo hasta pa eso.

Po, si no te deajo ve la televisión, po te aguanta. ¿O es que te has creío que la casa es tuya? Mía sí que es, que me he pasao to la vida esclavizaita pa sacar la case pa lante, porque ¿tú no me dirás que has hecho mucho por ella, verdad so carajote? Sí, sí, carajote... y además, un voltario, porque

tú siempre fuiste un voltario... ya me lo decía la santa de mi madre desde el mismito día que nos cogió en la casapuerta: “mira, niña, que ese mocito no me gusta pa ti, na más de la manera que mira se ve que tiene mucha castaña pilonga”. Pero, claro, contri más me lo decía mi madre, yo creía que era criticación y, aunque le di al coco más vueltas que un volao, no me di cuenta que tú lo que eras es un churretoso. ¡Que no me mire así! que como te escantille le tiro la plancha al televisor, so sieso manío... que mientras estás ahí tumbao... yo plancha que te plancha, que me va a entrar tumbago, de lo que me duele lasparda. Es un doló que marranca de lanrebanaila del culo y me llega al mismo cuello. No, si ya sé que a ti timporta bien poco.

Yo, a orsa; y tú ahí arreponplinao. Se te van a secar los sesos de ver tanto fútbol y tantos toros... y tantas películas guarras... ¿o es que tú te crees que yo no me doy cuenta? Y la verdá... es que no sé pa qué... porque cada día tienes una colgajo más chico. Y sabe Dios lo que tú irás contando por ahí. Pero, yo te digo mi verdá, eh, tú ya no te cosca ante na. ¿Que ... por eso te la casca? So guarro, requetegarro, tú lo que eres es un cagalástima, un pervertío. Y mira que me lo decía mi santa madre: “niña, no seas tonta, tú búscate barco grande, ande o no ande”. Y fui a pará a da con una barquilla, que además hace agua, porque tú a mí siempre ma tenío escamá con tantos barzones por el paseo marítimo. ¿Qué estará tú buscando por allí? ...

... Ah, ¿también con recochineito?... ¿ ...Que callaíta estoy mejó y que de tetas nunca estuve bien despachá? Tú lo que eres es un cambembo y un borde y un voltario. Porque, pa tener más niños... que “la vida está mu mala”, pero pa darle a tu hijo tos los caprichillos, pa eso te aviaba solo. “Que yo quiero que to lo que yo no tuve que lo disfrute mi

hijo”, me decía... y no te daba asquerío de comprarle al niño de to. Que si cochecitos de carreras, que si los juegos más raros que te encontraba en el hipercó, que si la ropa de los jugadores de tos los equipos de fútbol, y hasta un caballito de verdá le compraste. Y es lo que yo me digo: ¿y tú ... de dónde? Po mu clarito que está to... de to lo que no me daba pa la casa, que, si no hubiera sío porque yo soy mu mujé de mi casa, estarías viviendo en un bujío, que es lo que tú te mereces... viví en un bujío... Mira, con mi madre no empiece a meterte otra vez, ¿sabes? Po zí, su casa era una palacio, ¿y qué? ¡So envidioso! Mi madre tenía un salón donde podía corré un caballo, y una nevera que no se podía cerrá, y un ropero lleno de ropas, que se reía solo; y no tú, que te criaste en una playilla sin na, que tenían que venir de la Colonia a sacar la necesaria. Así, que al pico...

Y hay que ver la que liaste con la primera comunión de mi Indolentito. Y mira que lo dijo bien clarito el cura del colegio... que ná de farserío, que ná de gastos, que na de pedí préstamo a la caja dahorro, que ná de ropas caras... pero, claro, lo que había dicho el cura a ti te entró por un oído y te salió por el otro, te duró menos que una saliva en la plancha jirviendo, porque lo que tú querías era quedá por encima de tó er mundo. Y venga morterá de gastos, que si la ropita de almirante, que si la cadena de oro, que si los zapatos más caros, que si el mejor fotógrafo, que si un vidrio para verlo luego en el televisó, que si un armuerzo en el mejor restaurante, y ya pá colmo... el viajito a Barcelona, pá que el niño viera el parque ese tan raro. Sí, el niño disfrutaría mucho, pero yo quedé escardá y llena de trampas, porque, claro, tú decías: “que no mujé que esto es lo comío por lo servío, que con los regalos cubrimos los gastos”. Eso no te lo cree ni tú. ¿y qué le regalaron al niño?... cuatro cochinas pesetas y cuatro tiestos

comprados en todo a cien. ¡Valiente cuajao! Y mira que tú le hiciste al niño más parás por el pueblo quel Nazareno. Vamos que tú te crees que la gente es tonta.

Y claro, el niño se creía que era hijo de un torero, que si la amoto, que si la ropita de marca, que si “mil duros o ná” a la hora de cogé la calle ... y luego en el colegio no había quien lo aguantara. Y mira que te lo dije veces... “que este niño no estudia”, “que está tor día en la calle”, “que vete al colegio a hablá con los maestros”, “que eran compañeros tuyos”. Y tú, claro, “que eso era cosas de mujeres”, “que fuera yo”, “que tú te conocías bien el perca, y que lo que le pasaba al niño era que algún maestro la había tomao con él”. Y claro, pasó lo que tenía que pasá, que el niño, con la misma, chuleó a los maestros, me chuleó a mí, y te chuleó a ti... ¿Me vas a decí que no? ¿Que a ti no te chuleó? Mi qué coño. Si tú no has tenío con él nunca ni un sí ni un no. Sí, claro, pá hablá con él, tú siempre estabas esguarnío... y yo no, ¿verdad?; yo aquí trabajando siempre como una esclava... sí, eso es lo que he sido siempre... una esclava. Y mira que yo tenía un cuerpo que quitaba toas las tapaeras del sentío, un cuerpo pá lucirlo por la calle, y no pa tenerlo guardao como una mantilla en alcanfor... ¡Mira, guapo, la vaca será tu madre..! So calvo, que cada vez que abres la boquita haces jorquilla.

Mira que te lo dije veces... “que este niño tiene que hacé argo”, “que tiene ya dieciocho años”, “que le busque un trabajo”, “que haga algo de provecho”. Y tú... “que si un amigo tuyo tabía dicho que lo iba a colocar en un chiringuito, que si otro se lo iba a llevá al campo, que si lo ibas a poné en la construcción”... ¿Sabes lo que te digo? ... que mierda joía. Y, claro, el niño tor día en la calle, y ¿qué quiere tú que aprendiera en ella?, po a apilarse de to lo malo... y

mira que yo te lo decía “que el niño está con una gentuza que no me gusta”, “que llega tos los días a las tantas”, “que la ropa huele a una cosa mu rara”, “que se mete en el retrete a ensuciá y tarda un siglo en salí”, “que tiene los ojos mu coloraos”, “que el niño por la noche va tanto al retrete que parece que tiene angurria”. Y yo sola, sin sabé lo que le estaba pasando a mi Indolentito. Y tú no le echabas la menor cuenta, porque es que tú no quieres a tu hijo, porque no las quería nunca, y te daba igual ocho que ochenta. Tú tenías que haber hablado con él... ¡A mí no me diga eso! ¿Qué iba a hacé si es más alto que un perá y en cuanto macerco a él me se pone a gritá? Tú, tú eres el que tenías que haberle echao cojones a tu hijo, y haberle buscao un trabajo ... y haberlo obligao a trabajá ... y no estaría como está hoy.

Y no me diga que tú no sabías lo que hacía. Mira que tenseñé las cositas aquellas que parecían avecrén, que las tenía escondía en los carcetines ... y mira que te di aquellos polvos blancos, que me encontré detrás de un cuadro de su cuarto... -“Ay, mi niño, qué gente más mala pa meté a mi Indolentito a endrogarse! - ... y mira que tó el mundo decía que tu niño se estaba metiendo en mierda, que hasta la mujer que limpia la comisaría de los policías me dijo que había oído un día habló de él, y que alguna vez lo habían llevado allí y labían hecho preguntas. ¡Ay, qué doló de hijo! ¡Y tú en la luna de Valencia! ... Y no me digas que mi hijo es una cabeza loca. Si tú hubieras mirao por él, hoy sería dotra manera. Mira sus amigos... el uno abogao, el otro dentista, el otro con un eco que da gloria verlo, el otro con los aparatos esos de ahora pa escribir que son como televisores, el otro arreglando los pies, y hasta aquel que era maricón tiene un puestazo en una bodega. Y tos casaos ... sí ¿qué pasa? ... ¡el maricón también! O es que no va a tené derecho. Será

maricón, pero es mu decente... ¡pa que te enteres! ... y mu contenta que está su mujé.

Y fui yo la que tuve que ir a hablá con el cura, que es mu agarrao, pero es buena gente las cosas como son. Y yo te digo mi verdá ¡eh! con tu hijo se portó mu requetebién. Hizo lo que tú no habías hecho nunca, so flojo, habló con mi Indolentito ... y lo convenció para que se fuera a una casa de fuera donde se soltaría de la endroga. Y lo llevó él mismo en su coche... y fue muchas veces a verlo ¡lo que tú no hacías, mal padre! Ahora, ahora fue cuando tentró los remordimientos.... ¡tú lo que tienes es mucho miedo y mu poca vergüenza!

Yo no sé si me lan curao o no. ¡Ay, qué pena de hijo! Pero tu hijo no quiere calle. Sapalancao en la casa. Tor día durmiendo, y la noche pegao al aparato de internete. Y no tiene ni un amigo. Ni una mujé. Y me digo yo: ¿labrá cogó mi Indolentito asqueo a las mujeres? Y mira que yo le digo que salga, que le busco amigos para que vengan por él, y na de na ... que no sale de su cuarto. Y esto no es vida. Y a ti además te rehuye. En quantito tescucha vení, ya está encerrao en su cuarto. ¡Ay, san Judas bendito, qué dolor de mi niño!

LA ABUELA DE BLANCA LUNA

Es cierto que la sociedad ha experimentado un cambio que a cualquiera de tu época le volvería a arrastrar a la tumba, y, en esta ocasión, en su segunda oportunidad, tal vez no por muerte más o menos natural. Pero yo me observo a veces, cuando me pierdo por el laberinto oscuro de mis pensamientos, asegurándome que tú ya preveías el que esta manzana variopinta que es la sociedad iba a derivar por derroteros muy parecidos a los que ahora estamos viviendo.

Algo que yo no entiendo, ni he entendido nunca, es de dónde venía esa sabiduría que los que todo lo encasillan llamarían “popular”. Cómo si hubiese otro tipo de sabiduría, de la buena buena, que no sea la popular. ¡Qué poco te gustaba a ti encasillar las cosas, y mucho menos a las personas! Pero tú, de una manera u otra, lo hacías. No vayas a creerte que yo no me daba cuenta de que tú también lo hacías. Sí, a tu estilo, pero no me negarás que lo hacías.

Tú siempre decías: *“Mira, picha mía, la vida es como es, y punto”*. ¡Esta frase tan tuya...! No quiero decirte que la inventaras tú, pues claro, que enseguida te agarras a las palabras y te tiras a mis cosquillas, para buscarme. Como te decía... esta frase tan tuya indicaba una postura ante la vida, que sólo después de muchos años he logrado interpretar y entender en toda su extensión. Yo diría que esa frase era como la cueva en donde tú te escondías, cuando la vida no te sonreía precisamente, y cuando las vecindonas venían a poner todavía más el dedo en la llaga sangrante de tus dolores. Que si no hay derecho, que si tú eres muy buena pa

merecerste esto, que si hubiera Dios no te mandaría tantos castigos, que si qué has hecho tú pa que Dios te mande tantas penitas (y luego agregaban las muy lagartas “con lo buena que tú eres con to er mundo”) . Ante estas y otras frases tú salías de tu dolor (que por otra parte, tú tan tuya, decías que ante el dolor hay que estar sola) y les repetías a las vecindonas la frase: “ *La vida es como es y punto*”. Tus vecindonas, ante la sabiduría de Salomón que salía por tu boca, se callaban, largaban un suspiro profundo, profundísimo, que parecía que habían tenido guardado desde la cuna, y se iban marchando una tras otra ya más tranquilas, no por la paz que creían haberte dado, sino por el suspiro; porque yo pienso que las penas propias se van guardando en el armario propio y es en estas ocasiones cuando salen en esa forma tan estruendosa. Por eso hacían falta penas ajenas, claro, para poder quedarse tan tranquilas.

Chismorreos aparte, no me cabe la menor duda de que la naturaleza te hizo una auténtica mujer fuerte, y además tú nunca entendiste de diferencias de sexos. Lo que podía hacer un muchacho ¿por qué no lo ibas a poder hacer tú? Al igual que ellos, te subías a los árboles (y no me negarás que lo hacías muchas veces, porque, no sólo os subíais, - sí, claro, te estoy hablando de cuando eras niña y también jovencita, eh -, para coger nidos de pájaros, para jugar al esconder... sino que también lo hacíais, asustados, cuando de pronto aparecía algún coche por aquellos caminos de tierra). Sí, sí, es cierto que no estabais acostumbrados a aquellos aparatos, como tú los llamabas, pero creo que no era para tanto. Y además también salíais corriendo y os escondíais en las copas de los árboles cuando, en la polvorienta y calurosa época veraniega (¡que no me cayo!) se veían venir los seminaristas que, encontrándose de vacaciones en el

seminario de verano, intentaban hacer prácticas de catequesis con los niños de toda la zona. No te rías, sí, ya sé que tú, (¡qué bruta tendrías que ser!) alguna vez llegaste a tirarles piedras a algunos de ellos. Y además les pusiste el mote de bichitos de luz. Y no sólo compartías los juegos con los chicos de tu edad, sino que, cuando era hora de trabajar en el campo, allí que estabas tú la primera. Que había que sacar papas, recoger pimientos, arrancar yerbas, darle de comer a los animales, recoger los huevos de las gallinas, echar estiércol, o labrar la tierra, siempre estabas dispuesta. Tú nunca consideraste que ese trabajo fuese exclusivo de muchachos o de hombres. Vestías como ellos y hacías todo lo que ellos hacían, y a mí me dijeron que hasta llegaste a fumar algún cigarrillo con ellos. Sí, sí, no te rías, que a mí me lo han dicho. Pero eso sí, “tos iguales”, como tú decías, pero cuidado con que alguno pretendiese ponerte las manos encima, porque, claro, con esa edad ya empezaba a entrar “la punzá”; y a alguno que lo intentó le pegaste tal guantazo que se le apagó la punzá hasta que tuvo edad para empezar a ir a los entierros. ¿Qué cómo me he enterado de los entierros? Pero, ¿te crees que acabo de bajarme de Los Amarillos? Pues no que nunca fui.

No me negarás que más de una vez se cachondearon de ti. ¿Qué a ti no te importaba? Vale. Pero se cachondearon. ¿Que no? ¿Te acuerdas de lo de la burra? ¿Que no te lo recuerde? Eso no te lo crees ni tú. Tú estabas entusiasmada por acompañar a tu padre al palenque para vender los productos del campo, cosa que tu padre hacía frecuentemente, pero casi siempre lo acompañaba alguno de tus hermanos o alguno de tus vecinos, que iba también con su propia carga. Pero esa experiencia te faltaba en la colección. Y tú no te la ibas a perder. Aunque tú pataleabas de rabia, intu-

yendo lo que se te venía encima, tu madre te vistió para la ocasión. Ibas a ir al pueblo, te iba a ver mucha gente. Y a mirada y a limpia nadie le ganaba a tu madre. Así que te escamondó en el lebrillo, te puso el vestidito blanco almidonado, el de la primera comunión, un lazo enorme en el pelo y aquellos zapatitos que tu madre tuvo que calzarte a pellizcos, porque tú eras una auténtica fiera. Ya vestidita, no querías salir de tu casa de ninguna manera; pero la fuerza de tu temple fue superior al sentido del ridículo que tú temías que ibas a hacer. Y la verdad es que no sé por qué se te metió eso en la cabeza (que no me cachondeo, mujer). Tu padre cargó la burra. Tú saliste de la casa como el condenado a muerte que, ya en el paredón, mira asustado a ver por dónde le viene el primer balazo. Pero, como las palabras cruzan el firmamento como saetas asesinas, y más donde tú vivías, pronto se corrió la voz de que tú ibas vestida como de carnaval. Sí, sí, perdona, pero eso es lo que dijeron. Y no me negarás que aquello parecía como una procesión. La gente salía a las puertas de la casa para verte. Las mujeres te decían: “¡qué guapísima vas! , “¡te pareces a la blanca Paloma!”, pero... ¡con una guasa!.. Las muchachitas de tu edad no eran miradas lo que te lanzaban, eran víboras asesinas, porque no te voy a negar que, aunque también los muchachos se cachondeaban de ti, a qué negarlo, en sus miradas, sin embargo, pues eran muchos los que estaban un poquito por tus carnes, se vislumbraba lo que te decía antes, que ya les había empezado a picar por el cuerpo esa culebrina tan mala de la punzá. Tú, caminando con la mirada fija en la arena, los cachetitos se te iban poniendo coloraos como dos claveles reventones; y para colmo... ¡los zapatos! Aquellos no eran zapatos, eran costillas de cazar pajaritos. Y además me tendrás que reconocer que tú muy acostumbrada a ponértelos

la verdad es que no estabas, porque tú en los pies llevabas siempre unas suelas duras, pero de callos.

¡Qué mal lo pasaste!, y ¡qué alivio, cuando divisaste en la distancia el faro y, con ello, pudiste quitarte ya los zapatos y colocarlos encima de la carga que llevaba la burra! Pero, y aquí viene lo bueno, ¡qué poco te duró el respiro! Porque, de pronto, a la burra le entró la cuca y empezó a correr como si se tratase de un perro de caza tras un conejo. Aquello no era una burra, era un cohete de los que tiraban cuando la fiesta de la Virgen del Carmen. Y la burra corriendo, y dando coces en el aire, y las papas, y los pimientos, y los tomates, y hasta los melones y las sandías se iban repartiendo por la arena como los caramelos que tiraban los reyes magos, cuando llegaban los días de las Pascuas. Y tú corrías como una loca detrás de ella, lo mismo que tu padre, mientras que, a coro, le endilgabais a la burra todos las picardías (no, hija, de picardidas, nada) que se habían ido recopilando en todas las tabernas del contorno. Si la burra corría, más corríais vosotros, hasta que llegó el momento en que pudiste darle alcance; y, mientras tu padre iba recogiendo los productos de la tierra (¡más cursi eres tú!), que habían quedado regados por el camino, tú, zobruta, te encargaste de quitarle la cuca a la burra a base de los palos que le ibas dando por todas partes. ¿Qué hoy no lo harías?, ya lo sé. Pero es lo cierto que en aquella ocasión lo hiciste y, en ello, tuviste tu castigo, pues, como dicen que las malas noticias y los chismorreos son más veloces que el viento huracanado, cuando llegaste de vuelta, si, a la ida, te acompañaron las risitas y las bromas de todos; a la vuelta, todos tenían ocurrencias y chascarrillos para divertirse de ti, de tu padre, de la burra y hasta de los melones y las sandías. No me negarás que te quedaste unos cuantos días sin salir de tu casa y que, posteriormente, cuando alguien recordaba la anécdota, tú inmediata-

mente dabas un patadón en el suelo y salías corriendo como una endemoniada para tu casa.

En algún sector de la llamada clase rica de la época padeciste una fama que no iba en consonancia con tu profunda y auténtica forma de ser, de manera que, cuando algunas de tus hijas intentaron servir en algunas de las casas adineradas de la próxima localidad, encontraron un claro rechazo en algunas, y, en otras, fueron aceptadas no sin cierta desconfianza y reticencia. Con el roce y con el tiempo, demostraron que todas eran mujeres de raza como su madre y como su abuela que, aun llamando al pan pan y al vino vino, no por ello adolecían de gran dignidad y de profundo sentido del trabajo. Adonde llegaron, fueron admiradas y respetadas.

Y eso sí. Tú la fama de descreída te la ganaste, o más bien te la asignaron, por alguna anécdota que era más consecuencia de tu carácter divertido o de tu alergia a todo lo que oliese a falso. Pero yo creo que en aquel día de las catequistas te pasaste un poquito. Que te caían mal, vale. Que, aun con sus buenas intenciones, por su paternalismo y prepotencia humillaban a la gente, vale. Que eran unas falsas, como tú decías, bueno, pues vale. Pero no me negarás que ellas actuaban con buena voluntad y que el desplazarse hasta donde vivíais vosotros tenía su mérito. Porque no me negarás que en el pleno agosto coger un coche de caballos por aquellos arenales, con aquellas ropas que llevaban tan oscuras y tan completitas, tenía su mérito. Y, además, no iban con las manos vacías. Siempre llevaban naranjas para los niños y, cuando le pedían una manta en el invierno, eran muchas las veces que las pobres venían cargadas con la manta. Y enseñaban a cantar (no te olvides de que ninguna de vosotras tenía ni tan siquiera un vulgar aparato de radio), preparaban para hacer la primera comunión y, cuando se enteraban de que alguien

se estaba muriendo, avisaban al cura para que viniese en el coche de caballo. Lo que pasa es que vosotros erais muy burros y no dejabais entrar al pobre hombre hasta que el difunto o la difunta estuviesen amortajados, porque deciais que se iba a asustar al ver al cura, como si el que se está muriendo fuese el último que se entera de su situación.

Bueno, tú tus razones tendrías, pero creo que el día de las catequistas te pasaste bastante. Llegaron, como te decía antes, aquellas mujeres todo sudorosas, con los vestidos oscuros empapados, con las cestitas de mimbre cargadas de naranjas, con sus canciones bien aprendidas, y no me negarás que con una gran carga de buena voluntad. Venían a veros en vez de estar tan ricamente en las garitas de la playa (¡no seas tan mal hablada; cada uno se remoja lo que puede!). Y además, te vieron regando las macetas de geranios que tú tenías sembradas en latas de tomates, porque no me dirás ahora que eran macetones de barro; no, eran latas grandes de tomate, que tu marido te traía cuando venía del palenque. Las catequistas se bajaron del coche de caballo. Se acercaron a tu casa a saludarte, porque pienso que tú no le habrías pedido una manta en pleno agosto, aunque, a lo mejor, hasta fuiste capaz... y yo no me he enterado de eso.

Lo cierto es que cuando estaban cerca de tu casa, tú, mirando para el campo, gritaste:

“Facundo, que te tengo dicho que no me gusta que trabajes en cueros en el campo. Vístete que están aquí las señoritas. Que eres tan bruto que eres capaz de venir a la puerta en pelotas vivas”.

Las palabras fueron como el anuncio de que veía el demonio con rabo y todo. Aquellas pobres mujeres salieron

corriendo para el carro de manera tal que no había galgo que las alcanzase. Y, si pronto entraron en el carruaje, más pronto salió este a toda velocidad dejando detrás de sí una auténtica nube de polvo. La noticia de lo sucedido corrió por todas partes. La gente se reía, porque allí no vivía ningún Facundo. Y además, buena era la nena para que un Facundo cualquiera se pusiese a trabajar en pelotas delante de ella. Pero, lo cierto es que decían de ti que eras atea, que no podías ver a los curas ni a las catequistas... Sí, sí, ya sé que todo eso era mentira, y tuviste muchas actuaciones posteriormente con las que demostraste todo lo contrario, pero no me negarás que era lógico que, en aquel momento, se te considerase como se te consideraba.

¡Qué tiempos aquellos! Ya sé que en el fondo eras profundamente feliz. Pero, aunque tú dijese siempre que *“la vida es como es, y punto”*, la verdad es que a ti te salió bastante chungueta. Sí, ya sé que son tiempos para olvidar. Y te diría incluso que quizás fuese ahí donde se comenzase a labrar, día a día, la abuela de la blanca luna que todo el mundo respetaba y veneraba.

Casi de ser una niña pasaste, como si de un suspiro de la locura del tiempo se tratase, a convertirte en una ancianita que, sentada en tu sillita de anea, veía que todo cambiaba y cambiaba, y además, con un ritmo tan enloquecedor, que tu mente, de siempre tan abierta, tan liberal, tan moderna, era incapaz de seguir el paso marcial que te marcaba el ritmo de la historia.

Cuanto más avanzaba la historia cronológicamente, más crecías tú, pero para adentro, Te hiciste la mujer sabia que todos admiraban. La mujer, cuyo consejo era norma para todos los que a ti acudían. Yo creo que fuiste capaz de construir en el fondo de tus entrañas, que tantos hijos había

engendrado, como un nido en el que cada día ibas depositando los polluelos de todas las vivencias que habías tenido, y aquellas otras de todo lo que contemplabas que iba sucediendo a tu alrededor. Tu mirada era siempre para adentro, y tu decir, el silencio. Siempre comentabas que una persona no era lo que decía, sino lo que tenía dentro y lo que hacía. Fuiste capaz de acunar en lo más recóndito de la penumbra solitaria de tu alma las múltiples alegrías y penas que el destino fue colocando en tu fecunda existencia. Fuiste mujer iletrada. ¿Que qué significa eso? Pues, hija mía, que lo tuyo no fue precisamente el leer libros. Sí, es verdad, ya sé que en donde tú te criaste y en donde transcurrió tu vida no los había. Pero la verdad es que tú no los necesitaste. Desarrollaste tu personalidad en plenitud. Fue en ti verdad aquello que decías a veces *“que la vida no está para que pase por ti, sino que eres tú quien tienes que pasar conscientemente por ella, comiéndotela con pasión y con intensidad”*. Yo creo que tú esto lo hiciste en todo momento y, si algo perdura entre quienes te conocieron y quienes incluso oyeron hablar de ti, es que fuiste una mujer auténtica de pies a cabeza. ¡No, no seas bruta... que no hay que pasar por ningún sitio...!

Y eso que, al final, tus muchísimos años te pasaron factura. El cuerpo se te arrinconó en la existencia como una pasita ennegrecida de tanto vivir, ya no podías ir de casa en casa alentando a todos los que te necesitaban, ni podías moverte apenas por el campo, pero, eso sí, el cuerpo se te hizo viejo, pero la mente y la savia de la vida nunca se te envejecieron. Desde la sillita de anea lo controlabas todo. Pero, poco a poco, fuiste contemplando que algo se escapaba de tu control. A ti te estaban ocultando algo. El tropel de gente que anteriormente acudía a tu sillita de anea, pasaba ahora por tu puerta y te lanzaba un adiós precipitado, hui-

dizo; a veces te parecía que hasta un adiós cómplice con algo que tú no alcanzabas a entender. Y así pasaban los días. Tú lo contemplabas todo. Lo guardabas todo en tu interior, y, con las pequeñas lucecitas de luciérnagas que ibas metiendo en el jardín de tu alma, poco a poco se iba alzando ese foco que se enciende cuando, de pronto, la cruda realidad aparece desnuda delante de ti.

A ti no te cuadraban los números de los múltiples gastos que ibas viendo en tu numerosísima familia. Que si un coche de los más caros para cada uno de tus hijos, para los nietos y nietas, para los yernos, para las nueras; y para los bisnietos, grandes y ruidosas motos. Por todo se hacía una fiesta. Un bautizo se celebraba como si se tratase de la boda del más rico del pueblo. Y vengan viajes, y vengan gastos, y vengan regalos. Para colmo, allí cada uno hacía lo que le daba la gana. Las noches las habían convertido en esplendorosos días. Y los días, sobre todo los que seguían a fiestas, se dedicaban por completo a dormir. Cuando preguntabas algo, te respondían con evasivas. Cuando emitías un juicio sobre aquello, todos se miraban y decían: *“cosas de la vieja; ella no es de esta época. ¿No querás que vayamos al pueblo en una burra?”*.

No me negarás que, cuando oías lo de la burrita, ¡te ponías de una mala leche! Que no, mujer, que eso ya no es pecado. Sí, es una picardía; pero las picardías ya no son pecado, son un poquito falta de educación. Pero ahí se quedan. Y venga con la burra... pero a ti, aparentemente tan ida, tan despistada, porque estabas perdiendo la memoria, como decían ellos, no se te escapaba ni una. Tú veías aquel ritmo de vida, como se dice hoy, y aquello te olía a algo podrido. Por eso, les seguías los pasos, escuchabas todas las conversaciones, y tenías controladas las entradas y salidas así como a los personajes que aparecían por la casa. Tú no decías nada,

pero a ti no te hacían ni pizca de gracia. Lo que de verdad, de verdad de la buena, te tenía escamada eran tantas idas y venidas de los tuyos, sobre todo a altas horas de la noche, al cañaveral. Ese cañaveral que siempre te gustó tanto, porque allí parían las perras y las gatas, y hasta las gallinas caprichosas se iban al cañaveral a poner los huevos. Cómo disfrutabas tú buscando los huevos, o jugando con las crías de tus animales. Además ¡te gustaba tanto el fresquito que sentías en tu cuerpo allí metida entre las cañas! ¡Que no ... que no voy con segundas!

¡Hay que ver la que liaste la noche del sofoco! Y además corriste mucho peligro, porque tú, digas lo que digas, no estabas ya para llegar hasta el cañaveral. Pudiste haberte caído en el campo, y tú no estabas ya para una caderita rota. Aquella noche, por la ventanita de tu cuarto (que tú nunca permitiste ni que te hicieran obras en él, ni que te cambiaran los muebles, y mucho menos que te quitaron los cuadros. “*No hay quien tenga cojones de cambiarme nada*”, -decías-) viste un trasiego especial, intrigante. Tú sospechabas que había junto al cañaveral algo raro. Incluso llegaste a pensar en la época de la fiscalía. ¡Qué tiempos aquellos, verdad! La pobre Paca dicen que malparió por culpa de un susto que se llevó cuando la fiscalía entró de pronto en el almacén de su marido.

Y pensado y hecho. Esperaste a que todos estuviesen dormidos. Te echaste la bata y, Dios sabe cómo, llegaste hasta el cañaveral. Rebuscaste hasta que, debajo de un poco de tierra y unas cañas, encontraste algo duro. (¿Otra vez? ¡Que no empieces! ¡No te rías de todo que esto es muy serio!) Te agachaste, y conseguiste abrir una caja enorme llena de papeles. Enseguida te diste cuenta de lo que se trataba. Te volviste despacio para la casa. Entraste en la cocina, cogiste la caja de cerillos y una lata de gasolina que había en

el porche. Llegaste otra vez al cañaveral, y le metiste fuego a la caja. ¡Con qué rapidez comenzó a arder todo el papel!

De pronto, se escucharon unos gritos y alaridos antes de que te diese tiempo de volver a la casa. “¡La abuela, que la abuela se ha vuelto loca y le ha metido fuego al contenedor! ¡Qué ruina nos ha traído la joía vieja!” escuchaste gritar a unos y otros. Casi te tiraron al suelo en sus enloquecidas carreras, por ver si conseguían salvar algo del contenedor; pero era tarde, todo estaba completamente quemado. “No hagáis ruido, no gritéis”, susurró una de tus nueras, “que se van a enterar los vecinos”. Pero, los vecinos comenzaron a llegar interesados por lo que había pasado y, no pocos, movidos por la curiosidad. “No es nada” -les dijeron-, “nos hemos asustado, porque comenzamos a oler pasto quemado. Seguramente habrá sido de alguna colilla que alguien habrá tirado desde un coche. Os podéis ir. Gracias. No pasa nada”.

¡Qué cuadro! Todos los tuyos disimulando el ataque y la rabia contenida. ¡Cuánto habían perdido por tu locura! Los vecinos estuvieron allí todavía un buen rato. Unos tenían clavada la espina de que, con el incendio, también ellos habían perdido su parte. Otros, en un ataque de desconfianza, prefirieron llegar hasta contemplar el contenedor convertido en un montoncito de papeles quemados. Otros comenzaron a sentir la comezón de que aquello era un montaje para reparar con menos. Otros temían que lo que hoy había pasado aquí, mañana podría acontecer en sus propiedades. Y también los había, que, con cara circunspecta, se alegraban de lo acontecido. Fueron yéndose poco a poco. Fue una noche de llantos, de ataques de histeria, de tila, mas nadie se acordó de ti.

Tú, mientras tanto, arropada en tu cama, lanzabas sonrisas de felicidad a los cuadros casi despintados de todos tus antepasados.

LA MUJER DE HIELO

Habían viajado mucho y por los más diversos lugares de la tierra. Una vez más se encontraban en Madrid. Había llovido copiosamente. La gran ciudad aparecía completamente encharcada. Un negro manto de humedad lo cubría todo. En cualquier momento podría llegar la lluvia una vez más. La comida había sido copiosa, variada, y regada con el buen vino de las bodegas extremeñas.

Ya en el hotel, la mujer de hielo no se resignaba a quedarse placenteramente en su habitación, viendo cómo la vida hervía fuera de los ventanales, cómo los coches se desplazaban a gran velocidad por las amplias avenidas, y cómo el hormiguero de transeúntes comenzaba nuevamente a iniciar la danza del cosmopolitismo. Sobre todo, la mujer de hielo sentía en los ventanales abiertos de par en par de su alma la llamada de las compras. Los grandes almacenes lanzaban, como el fornido Tarzán en la selva, unos gritos sugerentes, atractivos, portadores de unas promesas siempre susurrantes y abiertas a la vivencia inesperada.

Allí estaba la mujer de hielo, hierática, indecisa, perdida en la selva de lo desconocido. Pero el grito comercial le carcomía el alma. ¿Cómo estar en la capital y no echar unas horas siquiera perdida anónimamente en esos emporios de la sorpresa inesperada? ¿Y si encontraba la compra de su vida? ¿Y si volvía a su lugar de trabajo y era la envidia de quienes viesan el modelito de última, o el bolso, o los zapatos, o vete a saber qué, que la mujer de hielo había traído de la gran urbe?

No, no podía más. La tentación fue más fuerte. Además el marido de la mujer de hielo se sentía sumamente a gusto en la habitación del hotel. Él huía del bullicio. Era hombre que alternaba el cuidado de sus muchos cortijos extremeños con la devoción incontrolada que sentía por los libros. Su pasión era la historia. Se trataba de un modelo actualizado del caballero renacentista; este cultivaba las armas y la pluma; aquel, los aperos de los cortijos, el cuidado de los rebaños, la productividad de las dehesas y todo lo que con sus propiedades se refería, y todo ello y más lo compatibilizaba con la cultura inmensa que brotaban de los más extraños libros que caían en sus manos.

La mujer de hielo podía irse tranquilamente a sus compras. Su marido sería feliz con la lectura de unos libros antiguos que había encontrado en una tienda de antigüedades. Así que se decidió. Pensado y hecho. En el tiempo que un alumno de ESO termina un examen, ya se encontraba la mujer de hielo en las calles madrileñas. La gente iba y venía. Todo el mundo llevaba una bolsa de plástico en las manos repleta de trofeos adquiridos. Habían pasado ya por el ritual de los grandes almacenes, y en sus manos portaban el incienso que habían quemado en el ara sagrada de la modernidad. Habían asistido, en las largas colas de las cajas, al sacrificio de los chivos expiatorios. ¡Qué cara de felicidad irradiaban sus rostros! ¡Qué sensación de plenitud! Merecía la pena entrar en esos templos, en ellos se encontraba lo que los antiguos filósofos, durante tantos siglos de búsqueda en la oscuridad de la cueva de la historia, habían sido incapaces de encontrar: el sentido de la fugaz existencia humana.

La mujer de hielo caminaba apresuradamente. Una suave brisa le iba refrescando la frente y acariciando su cabellera. Era agradable sentirse inmersa en aquella multitud

anónima. Después de mucho caminar, en la distancia apareció el Gran Templo. Estaba reluciente. Toda la fachada era un inmenso escaparate. Las luces, con la prepotencia de los nuevos ricos de la posmodernidad, herían las miradas. Una música angelical ejercía de imán para los transeúntes.

Ya dentro del sancta sanctorum, ¿cómo describir sensaciones tan del todo inenarrables? Hay respuesta sorprendente para todos los sentidos. Una música de última moda, pero en un tono sugerente; una luminosidad desbordante, que sacaba los objetos de la vulgaridad de la vida real y los introducía en un mundo fantástico; unos olores que, sublimando todas las limitaciones de la carne terrena, transportaban a la inanición del éxtasis del jardín de las Hespérides. Y, por doquier, una nube de blancas hadas uniformadas, de sonrisa giocondesca, pero de giocondas de hoy y sin segundas intenciones, con rubias cabelleras relucientes, con minifaldas sugerentes y prometedoras para los imprevisibles encuentros que en el templo podrían ser portadores de los más inesperados tesoros. Iban y venían, cual vestales portadoras de los productos sagrados. En su idílico balanceo, se cruzaban con un ejército de davidianos mancebos, rubios o morenos; ideal canónico de la belleza por la que suspiraban los griegos. Marcialmente caminaban, muy elegantemente vestidos, con sonrisa abierta, académica, aprendida, portadores de una disponibilidad tan rápida como fugaz.

El escenario estaba preparado. La mujer de hielo se introdujo dentro de la misteriosa nube. Paseó, contempló, tocó los productos, se probó cuanto pudo. Y se topó con la gran verdad, todo era de excelente calidad, a unos precios irrisorios, pero había que decidirse por algo. Era imposible, una vez metida en el profundo océano, llevárselo a casa, pero al menos debía llevar sobre su cuerpo las esencias de sal y

algas, que fuesen la más elocuente prueba de que había estado durante algunas horas nadando en el fabuloso mar del último grito de la modernidad. Compró, compró, pasó por la interminable cola de los peregrinos que esperaban con colmada paciencia su turno para pasar por caja. Dos bolsas de plástico con la llamativa publicidad del templo de la modernidad eran el recuerdo que, de la pletórica tarde de compras, portaba en sus manos en dirección al hotel donde se encontraba el marido de la mujer de hielo, inmerso en sus gratificantes lecturas.

De pronto, el aleteo del suave frescor de la tarde madrileña le hizo tomar tierra. Contempló nuevamente el ir y venir de una gente que, en ningún momento, permitía que la calle se cubriese del manto del silencio y de la soledad. Los coches competían por llegar el primero a las miles de metas que se habían colocado en cualquier rincón de la gran urbe. Cada rincón de Madrid era toda una meta, y correr, su esencia más radical.

Allí estaba la mujer de hielo. Pensó volver andando al hotel, pero la idea le pareció inadecuada, porque la noche se le podría echar encima y sorprenderla aún por las calles madrileñas, cosa que no le apetecía en absoluto. Así que decidió trasladarse al hotel en el metro. Vio una bocana urbana, con unos rótulos que le anunciaban los lugares a donde podría desplazarse, bajó una fría escalinata, y se encontró de pronto esperando la llegada del metro que la llevaría a las proximidades del hotel. Imperaban también allí el ruido y las prisas.

La mujer de hielo, dentro ya de su medio de transporte, se vio rodeada de una galería de personajes de la más variopinta catadura. La mujer de hielo contempló cómo no existía la menor comunicación entre ellos. Parecían

seres de diversas galaxias que, de pronto, se habían visto mezclados, sin reconocerse y sin saberse portadores de una capacidad comunicativa. Ni siquiera la mirada era el libro abierto en el que quien la usa sabe que con ella puede conocer el medio o el entorno, como les ha dado por decir a algunos intelectuales en la sociedad de los nuevos descubrimientos socioculturales; descubrimientos por los que, sin lugar a dudas, pasarán a la posteridad con la notoriedad de haber colaborado a que la historia de la civilización suba un peldaño hacia su culminación final.

La mujer de hielo, no acostumbrada a esta incomunicabilidad, se sentía molesta y deseosa de llegar a la que sería la parada en la que ella descendería de aquella gélida nave espacial. Para no desentonar, se centró en sí misma. Recordó la experiencia vivida en el día. Recordó los objetos comprados, los recordó en la pizarra caprichosa del recuerdo, y quiso materializar el recuerdo, metiendo la mano en las bolsas donde se encontraba lo comprado en el templo de la modernidad. Estaba relajada, se sentía segura, firme en su decisión de haber llenado la tarde como la había llenado. De pronto, sintió un fuerte latigazo por todo su cuerpo, un frío sudor inexpressivo le brotó como una gran lápida de mármol que, de pronto, se coloca sobre el ardoroso cuerpo del bañista que disfruta del sol, tendido a la orilla misma de la mar. Se había tocado la muñeca... ¡y su reloj había desaparecido!

Intentó recobrar la calma. Aquella excitación la podría traicionar. Podría caer en un estado que la llevase a actuar de manera inadecuada y peligrosa. Pero, actuar tendría que actuar. De quedarse sin su reloj, nada de nada... Lo que estaba claro era que el ladrón se encontraba allí. Tenía que actuar con tiento, pero también con rapidez, porque el

pájaro en cualquier parada podría salir volando. Con una serenidad supuesta, a base de repetirse mil veces que “no pasaba nada”, que “tenía que estar tranquila”, comenzó a mirar a cuantos la rodeaban, para iniciar, con ello, la primera etapa de la misión a realizar, descubrir quién era el ladrón.

Comenzó a mirar en profundidad a cuantos la rodeaban. El mundo que antes, para no desentonar con el contexto, no se había atrevido a descubrir, aparecía ahora delante de ella en su plenitud. Una chica, metidita en los cuarenta, fue a la primera que observó. Delgada, pelo mil veces pintado y repintado, cara de retrato de museo surrealista, un coqueto bolso sobre las rodillas, una minifalda hiriente... y un cigarrillo tras otro. No, ella no podía ser. No tenía la pinta.

Se fijó luego en una ancianita. ¿Cómo iba a ser ella? Tenía carita de beata trotaiglesias, y además llevaba las manos ocupadas con un libro piadoso, un rosario y un velo de los de antes, de los que las mujeres usaban para cubrirse la cabeza para entrar en las iglesias. No, descartada.

Siguió su recorrido de análisis policial por una pareja que estaba sobándose en uno de los rincones del metro ¡Qué numerito tenían montado! ¡Vaya por Dios! ... y ella sin enterarse... El tío podía ser, era verdad que tenía cara de bueno, era muy guapo, estaba bien vestido y parecía recién duchado. Pero no se puede una fiar de las apariencias. Lo mismo estaban de acuerdo los dos para dedicarse a robar en el metro, y luego montar el numerito erótico-desbordante para disimular. La tía sí que tenía cara de ordinaria, y bien vestida, la verdad es que no iba, la verdad es que su vestimenta dejaba mucho que desear, con aquellos pelos de leona de la selva africana, y con el modelito que llevaba, más bien propio de la rubia de “El lago azul”. Ordinaria sí que era la tía, pero el

corazón le daba a la mujer de hielo que aquella tampoco había sido. Además aquel numerito parecía natural. No eran besos y magreos de los de Carmen Sevilla en sus películas, ni hablar, esto era sexo puro y duro. A punto estuvo la mujer de hielo de olvidarse de su misión, ante la contemplación de aquella escena, que normal normal, sí que era. Pero llamaba un poco la atención el verla tan a lo vivo y en directo. Descartada, pues, la parejita erótico-besuqueante.

Siguió sus pesquisas la mujer de hielo. Unos adolescentes gritándose unos a otros. Un cura de los de antes con una sotana hasta los tobillos y una bolsa de naranjas. Un hombre de unos sesenta años con cara de profesor universitario y con el ABC bajo el brazo. Dos quinceañeras que no se perdían nada del numerito, del numerito de la parejita erótico-besuqueante. Y de pronto, la mujer de hielo se fijó en un hombre que casi estaba cubierto por el hombre de los sesenta años y las quinceañeras... pero ¿cómo no se había dado cuenta antes? Era aquel hombre... sí, era aquel... tenía que ser aquel.

La mujer de hielo, con técnica cinematográfica, lo recorrió de arriba abajo, en gran plano, en medio plano, en primerísimo plano, y en todos los planos existentes. No le cabía la menor duda ¡Aquel era! Se trataba de un personaje de unos cuarenta años. Extremadamente grueso, tan grueso que no se podía cerrar los botones de la camisa, asomando por encima de la cintura la barriga completamente al desnudo. Pelo negro, sucio y descuidado. Camisa roja, descolorida con unas enormes manchas de sudor. Pantalón vaquero, impregnado de unas manchas de aceite de los coches.

Allí estaba, pero ¿cómo atreverse con aquel monstruo? Seguro que llevaba una navaja o un gran cuchillo en las botas de cuero. Tenía toda la pinta de haber estado en la

cárcel y no importarle volver nuevamente a ella. Lo mismo hasta estaba en la calle con permiso de fin de semana. Había terminado la primera etapa investigadora, y exitosamente, pero le faltaban los medios adecuados para seguir adelante.

Estaba ya casi derrotada la mujer de hielo. Aceptaba estoicamente su triste destino de perder su reloj a manos de un monstruo urbano. No había sido ella enviada a luchar contra elementos tan imprevistos, y en una lucha tan dispar. Iba a tirar la toalla, dando la lucha por perdida, cuando de pronto en una parada subió un señor con el uniforme de agente de seguridad. Esta era la suya. Miró rápidamente al lugar donde se encontraba el monstruo urbano, temiendo que se habría bajado en la anterior parada. Pero, no. Estaba allí. Tenía que pensar cómo actuar. Armar el escándalo no era procedente. Podría haber derramamiento de sangre. Así que, poco a poco, se fue acercando al monstruo urbano. A medida que se acercaba, sentía por sus venas como si galopasen por ellas una jauría de caballos desbocados. Pero ahora no se iba a echar para atrás, tenía que recuperar el reloj. Esta era su última oportunidad.

Ya junto al monstruo urbano, le dio a este un suave golpecito con el codo en su voluminosa barriga, y, señalando mímicamente con la cara al guardia de seguridad, le dijo al monstruo urbano: “O colocas el reloj en mi bolsa, o te enteras”. La mujer de hielo sintió cómo los ojos de odio del monstruo urbano se clavaban en su rostro, pero, al mismo tiempo, notó un palpo en su bolsa. ¡Qué alegría! Había conseguido su objetivo.

La mujer de hielo bajó del metro. Salió a la vía pública. Estaba presurosa por reencontrarse con su reloj. Metió la mano en la bolsa. Encontró el reloj. Lo sacó... Pero... aquel no era su reloj. Era el reloj del monstruo urba-

no. “¡Qué sinvergüenza -se dijo para sí la mujer de hielo- lo que ha hecho el tío es robarme el reloj y cambiármelo por el suyo!”

La mujer de hielo entró en el hotel. Subió presurosa a la habitación donde se encontraba el marido de la mujer de hielo. Este pudo contemplar el estado tan alterado que la mujer de hielo traía. La mujer de hielo, tras beber un baso de agua, le contó a su esposo, con pelos y señales, toda la historia. Le recreó con abundancia de detalles y con interjecciones hiperbólicas todo lo sucedido. El marido de la mujer de hielo escuchada complacido, no denotaba en su rostro el menor atisbo de sorpresa, y, a medida que su mujer avanzaba en la narración, una sonrisa picarona iba brotando del esposo de la mujer de hielo.

Cuando esta hubo terminado su narración, el esposo de la mujer de hielo le dijo que entrase en el dormitorio y mirase en la mesilla de noche. La mujer de hielo entró prestamente en el dormitorio ... y se quedó de hielo. Su reloj resplandecía reluciente sobre la mesilla de noche. Sean felices.

EL COLECCIONISTA

Siempre era un alivio alejarse de la gran ciudad. Ahora, sin embargo, las circunstancias lo hacían todavía mucho más placentero. Sentía en los latidos más acompasados de su corazón cómo el ruido ciudadano se apagaba cansinamente cuando el coche que conducía iba poniendo kilómetros de por medio. Atrás había quedado la ciudad con sus informes masas anónimas siempre corriendo con la sensación de no saber hacia dónde se encaminaban, con los coches desplazándose a velocidad endiablada, con los lugares públicos abarrotados, con los bares incansables en un rítmico trasiego de idas y venidas constantes. Sí, la ciudad era una auténtica jaula para su alma siempre melancólica, siempre herida por la esotérica nube que le envolvía, pero de la que nunca supo ni el cuándo, ni el cómo, ni el por qué. Le molestaba la mirada perdida de los transeúntes, la prepotencia de los conductores, las voces engoladas y despóticas de quienes se acercaban a cualquier comercio. Decididamente la ciudad era una jaula, pero una jaula inevitable, porque él había decidido vivir en la ciudad, e incluso muchas veces pensaba que era lo mejor, a pesar de los pesares, y tenía que reconocer que en el fondo él era en su interior igualmente tan caótico como la propia ciudad que a veces odiaba. No sabía si proyectaba sus más íntimas esencias sobre la ciudad o si la ciudad había configurado su particular personalidad.

Mas, ahora tenía la ocasión de que todo fuese quedando atrás, aunque ello sólo fuese por poco tiempo, tiempo que él, ciertamente no muy seguro de lo que quería, pre-

tendía aprovechar y, si fuese posible, disfrutar de la ausencia de la ciudad y de previsibles presencias nuevas. De momento, la carretera le relajaba, le introducía en un peligroso ensimismamiento que le abocaba a distracciones que le podían resultar peligrosas, por ello, siempre que podía, optaba por conducir por aquellas carreteras que estuviesen más solitarias, aunque fuesen de peor firme y de condiciones incluso tercermundistas, pero en ellas se podía adentrar en una contemplación del paisaje, observar cuidadosamente los detalles, introducirse en su mundo interior, porque si había algo que no soportaba era el mirar por el espejo retrovisor y observar que un coche le seguía a poca distancia; cuando esto le sucedía no podía reprimir sus reacciones agresivas que, por otra parte, siempre las tenía a flor de piel.

El coche avanzaba lentamente. Él siempre afirmaba que conducir era pasear y que, por ello, los que tenían como disfrute u obligación el ir a mucha velocidad deberían de realizarlo a horas especiales para ellos. La carretera era para disfrutarla, no era un medio, sino un fin en sí misma. Claro que reconocía estar muy condicionado en esto por sus iniciales relaciones con la carretera. Siempre había sido muy metódico, sistemáticamente programado, de manera que tenía una agenda en donde todas sus actividades se sometían a la programación previa y a la sempiterna repetición año tras año de las mismas acciones, si ello le fuese posible. Muchas veces la vida, la realidad cotidiana, había venido a darle la razón a quienes le decían que era ridículo querer vivir dos, tres, o cuantas veces quisiera, las mismas experiencias, las mismas situaciones, los mismos contactos, los mismos sentimientos. Él lo sabía, pero disfrutaba patológicamente de su forma de ser. Parecía como si el enfrentamiento con la vida a pecho descubierto, enfrentándose con las

páginas nuevas y vírgenes que en cada día se le abrían, le produjese un vértigo irresistible. Recordaba cómo, cuando era estudiante universitario, se premiaba, después de largas horas de estudio y tras finalizar la tarea programada, con un paseo nocturno por los alrededores de la ciudad, o con el viaje a algunos barrios de la periferia, o incluso a veces a algunos de los pueblos, ciudades dormitorio de la próxima gran urbe. Todo ello hacía que la llegada de la noche trajese para él un misterioso morbo, una morbosidad que, con tan sólo ponerse al volante, le hacía latir el corazón a una velocidad más acelerada, y parecía como si el cuerpo entero se le erizara. Era una morbosidad que racionalmente no se sabía explicar, pero que, sin ningún tipo de dudas, le producía un indiscutible placer.

Este viaje tenía además circunstancias nuevas que lo hacían particularmente atrayente, quizás relajante, y por qué no pensarlo, incluso algunas de las incógnitas que habían marcado su todavía corta existencia podrían tal vez despejarse en estos días en que se distanciaba de su medio común de vida. Cuando esto pensaba, contemplaba cómo, poco a poco, habían ido quedando atrás las zonas industrializadas, los pueblos de apiñados bloques de viviendas económicas, las caravanas interminables que iban y venían a la ciudad monstruosa. Amplias zonas de una tierra seca, plana y casi desértica, comenzaban a aparecer en su retina. De vez en vez rompía la monotonía la silueta de un pueblo pequeño o de una ciudad, pero todos tenían semejante estructura, casas apiñadas y bloques de pisos que comenzaban a invadirlo todo. Quiso conectar la radio, pero prefería ensimismarse en sus sentimientos y en sus recuerdos, sobre todo ahora en que tan sólo dos días atrás había tenido que vivir la experiencia de la muerte de su madre. Se había ido su madre con la ter-

nura que siempre acumuló, queriendo dejar en los suyos la sensación de una naturalidad que racionalmente él comprendía, pero que sentimentalmente, e incluso antropológicamente, no sabía cómo integrarla en las piezas del puzzle que siempre había sido su vida. Desde niño se acercaba a su madre como quien se acerca al lugar donde anidaba el misterio, veía en ella un *sancta sanctorum* tan respetable como inalcanzable. Su cariño, su desprendimiento de todo, su despego de lo que oliese a material y fugaz, venía acompañado del misterio que se desprendía de sus ojos tristes, de su mirada perdida en las ocultas imágenes de un recuerdo inalcanzable, de su silencio ante cualquier tipo de circunstancias. Ella no hablaba casi nada, todo lo decía con la mirada. Ahora ya ida, parecía como si sus rasgos hubiesen quedado atemporalizados y maximizados en la cueva inexpresiva de los recuerdos. No es que el coleccionista tuviese que arrancar de su alma ninguna espina de dolor por la muerte ya desde hacía tiempo esperada, más bien era el afán ansioso de descubrir el enigma que pudiese haber detrás de la dama silenciosa que había sido su madre. Aunque tal vez no hubiese ningún enigma, sino únicamente tanto su forma de ser como las consecuencias de los arañazos que el destino va dejando en la piel de la existencia de cada persona, que en ella, justo era reconocerlo, el acoso del destino parecía haber rebasado los límites de lo que se considera más o menos normal, utilizando el baremo de compararlo con lo que otras personas padecen.

La imagen de su madre, los recortes acartonados de las vivencias de los últimos días, los olores que siempre trae la muerte, los ojos de quienes le habían mirado en esas tristes circunstancias con miradas que, aunque conocidas de siempre, parecían vestirse ante el dolor ajeno de elementos

nuevos, todo ello iba y venía por su mente, mezclándose con el agradable frescor otoñal que se adentraba por las ventanillas semiabiertas del automóvil, con las siluetas de los árboles que, a pie de la carretera, iban pasando como en un desfile militar a cámara rápida, con el sobresalto de algún animalillo estrujado en el asfalto, con algún autostopista residual que, a dedo alzado, solicitaba el favor de ser trasladado a un punto deseado. Todo este laberinto de sensaciones y pensamientos se iba tejiendo en la mente del coleccionista, mientras avanzaba por la carretera con la mano izquierda fuera de la ventanilla, ahuecada como si pretendiese, en una vivencia que le resultaba deleitosa, elaborar en la palma de su mano un nido donde se adormilase el tenue viento transeúnte.

El repique de unas campanas le despertó. Abrió los ojos, se despertó, realmente titubeó, no sabía dónde se encontraba. Pronto aterrizó en la realidad. Ya estaba en el pueblo. Contempló la habitación del hotel, pues la verdad es que, con el cansancio acumulado de los últimos días y con el largo viaje, casi no se había fijado en nada de cuanto le rodeaba la noche anterior cuando llegó. Salió a la terraza. La contemplación de un mar reluciente, de un azul festivo, la suave brisa que acariciaba su cuerpo y un olor penetrante de sal y algas le retrotrajeron a los años de su infancia cuando su familia se desplazaba en algún que otro verano a descansar a este pueblo costero. Un revoltijo de recuerdos le pellizó las entrañas. Se vio correr por la playa ante el griterío ensordecedor de la tata, comer ensaimadas tras el último baño de la tarde mientras miraba furtivamente las caderas de la criada de los vecinos de caseta, pasear todo vestido de blanco, con un helado en la mano, por la amplia avenida a la que su madre lo llevaba antes de ir a dormir, escuchar misa en una iglesia

donde un cura viejo no paraba de toser y quien, cuando la misa terminaba, le daba naranjas y caramelos.

Después de desayunar en la cafetería del hotel, se fue a dar un largo paseo por el pueblo. No conocía ya a nadie, ni nadie parecía tampoco reconocerle. Era lógico, pues eran ya muchos los años que hacía que no venía por el pueblo en ninguna ocasión. Podía pasear cuanto quisiese que, con toda seguridad, sería aquí un forastero anónimo; pero él no había venido a esto. Una incógnita le agujoneaba, pero enfrentarse a ella le producía fuertes sensaciones de miedo y le introducía en una ansiedad que somatizaba su organismo y le hacía sentirse mal. Sabía que él no era culpable de nada, pero es que la gente suele establecer unos hilos irrompibles entre padres e hijos, de manera que lo que en un día aconteció al uno parece arrastrar la existencia del otro durante toda su vida, y este pueblo quedó marcado de manera inevitable en la historia de su familia. Lo que siempre le había interesado, sin embargo, era descubrir el porqué de los hechos, ya que el cómo había quedado suficientemente claro. Debió haber entrado en esta indagación hace ya mucho tiempo, pero no se había atrevido, había rehuído las oportunidades que se le presentaron, pues, desde que era pequeño, el tema fue en su casa un tema tabú, del que la mera mención provocaba una reacción de rechazo por parte de todos. Además, para adentrarse en estas indagaciones, de alguna manera hubiera tenido que entrar en contacto con el mejor amigo de la infancia que había dejado en este pueblo; y mover los interiores de la gente, aunque se haga con sanas intenciones, produce un malestar que crea en ocasiones muros insuperables.

Su amigo del ayer era el único eslabón que le podía enlazar con la cadena del pasado, pero se preguntaba una y

otra vez si sería capaz de reconocerle, si viviría o no en el pueblo, si todo lo acontecido no habría creado en él una agresividad y un odio que su sola presencia podría remover hasta límites insospechados, y además, para qué remover el pasado si quedó ya olvidado y cubierto con paletadas de tiempo. Obsesionado por tales interrogantes, paseaba por un pueblo que, en otro tiempo, le fue completamente familiar, pero que ahora, a pesar de que muy poco había cambiado su fisonomía exterior, todo le parecía extraño, ajeno, como si hubiese sido trasladado a una época a la que él ya no pertenecía. Por otra parte, de su amigo sólo sabía el nombre y el lugar donde vivía, y difícilmente nadie le podría orientar contando sólo con tan insignificantes datos. Bastaría, por otra parte, con hacer sólo mención de los hechos para que le identificasen a su amigo de la infancia, pero resultaba evidente que ello conllevaría el ser reconocido y recordado; y los recuerdos resultantes podrían quizás agravar sus temores.

Así pasaba un día y otro, pero el coleccionista se limitaba a pasear absorto en una búsqueda que, en lo que hacía referencia a otros asuntos, tenía aptitudes y experiencias suficientes para solucionarlos de inmediato, pero que en esta le faltaban las agallas suficientes para ir al interior del asunto. Incluso, después de muchas indecisiones, se había atrevido a acercarse a la casa donde vivió su amigo con su familia, pero allí ya no vivía nadie; una vieja puerta, desvencijada y agujereada, cerrada con una cadena de hierro asida con un candado, indicaba los signos de ruina y abandono en la que la casa debía de encontrarse desde hacía bastante tiempo.

Al menos, la estancia en el pueblo le estaba sirviendo para olvidarse de las dolorosas últimas vivencias familiares y, de paso, también para dejar aparcadas, durante unos días, tan-

tas cosas desagradables como había acumulado en su estancia en la ciudad, por lo que decidió regresar y dejar de perseguir estúpidamente a un fantasma de humo que no podría atrapar y, de poder hacerlo, poco le iba a aportar de lo que no tuviese ya el adecuado conocimiento. Los hechos son como son, suceden como suceden; y querer apresarlos o encontrar el sentido de los mismos es emprender una tarea tan irreal como la del loco Sísifo.

- ¿Tú eres Pepito, el hijo de don José y de doña Carmelita?- escuchó de pronto a sus espaldas el coleccionista. Sintió como si la sangre se le helase. Un mazazo acababa de golpear fuera de tiempo en el frágil cuero de su conciencia. Miró hacia donde había surgido la voz. Vio a un anciano arrugado, enjuto, mal vestido, de piel rojiza, de largos cabellos blancos, y que le extendía la mano. El coleccionista agarró la mano del anciano, sintió el calor sudoroso de las mismas en las suyas; temblorosamente le contestó que sí, que era hijo de don José y de doña Carmelita.

- ¿Cómo está la pobre de tu madre, hijo mío?- prosiguió el anciano. De sus palabras dedujo rápidamente el coleccionista que, fuese quien fuese el anciano, lo que estaba claro es que albergaba sentimientos de afecto hacia su familia. Ello le dio serenidad. Ya más tranquilo, le dijo al anciano que su madre había fallecido recientemente.

-Pobrecilla, cuánto ha debido sufrir desde lo de tu padre...- agregó el anciano. -Pero, venga hijo, que tú eres joven... y tienes que vivir. Ven, te voy a llevar a tomar una copa del vinillo que tanto le gustaba a tu padre-. El coleccionista no pudo poner ningún tipo de resistencia, porque, sin apenas darse cuenta, ya el anciano lo había agarrado por el brazo y se encaminaba hacia el bar del que le había hablado. Era un bodegón enorme. La barra estaba llena de hom-

bres mayores que hablaban y hablaban sin parar, ante unos vasos de vino y unos platos que contenían avellanas y almendras. En algunas mesas dispersas otros jugaban a las cartas, mientras se escuchaba el ruido ensordecedor de unos chavales que mataban el tiempo jugando con unos estruendosos futbolines, al par que otros lo hacían con unas máquinas tragaperras. Todo ello se mezclaba con el sonido incansable de un televisor al que nadie echaba cuenta alguna y con el olor a orines que se extendía por todo el bodegón, proveniente de unos urinarios que, carentes de techo, habían sido construidos en un rincón del mismo. El coleccionista tuvo que tomar varias copas y, poco a poco, se vio envuelto, casi gratamente, en aquel ambiente para él desconocido. Observaba cómo el anciano, a medida que iba bebiendo y bebiendo, parecía experimentar una metamorfosis consistente en que parecía que sus ojillos, ya de por sí pequeños, cada vez se iban transformando en más pequeños aún, a medida que su rostro se ponía más y más colorado, y las venillas de la nariz se transformaban en unos rojos arroyuelos que parecían prestos a desbordarse.

-Ven, Pepito, que aquí no se puede hablar- dijo de pronto el anciano. Salieron del bar. Parecía que, con el vino, el anciano había adquirido una mayor agilidad en sus miembros, pues, cogiéndole otra vez del brazo, lo llevó a toda velocidad a una casa próxima. Unos niños jugaban en la puerta. Unas mujeres que hablaban en el patio de la casa miraron con ojos tan interrogadores como ansiosos de complacer al forastero y al anciano. Este entró en su vivienda y cerró la puerta con una llave de considerables dimensiones. La vivienda estaba constituida sólo por dos pequeñas habitaciones. En una había una cocina de carbón sobre una mesa que estaba cubierta por un hule de plástico, varios platos y algu-

nos enseres de cocina. Junto a ella, una mesa camilla pequeña, cubierta con una manta, sobre la que se veía una lata de leche condensada que el anciano utilizaba como cenicero. La otra habitación estaba constituida por el dormitorio, una cama de matrimonio con colchón de paja, dos mesitas de noche con algunas fotos añejas, y un cuadro con unas figuras bucólicas colgado en la pared junto a un crucificado que aparecía encima del centro del cabezal de la cama. En un rincón de esta segunda habitación aparecía un palanganero, con un cubo lleno de agua al lado y otro vacío junto a él.

El anciano invitó al coleccionista a sentarse en una silla que él llevó hasta la mesa camilla de la cocina, le ofreció un cigarro y, como si tuviese un tic nervioso, comenzó a hablar, como si de un monólogo se tratase.

-Mira, Pepito, no sabes lo que me ha alegrado verte-, comenzó diciendo. -La muerte ya la tengo cercana. No, no, no me interrumpas...- contestó, cogiendo la mano del coleccionista, al observar que este le iba a parar para reafirmarle el tópico de que todavía le quedaban muchos años de vida y de que se encontraba con un aspecto inmejorable.

-Sí, hijo, eso lo sabe uno mejor que nadie. Aunque no te lo creas, cuando se llega a mi edad te familiarizas con la idea. Te diría incluso que se ve normal. Es como cuando caen las hojas secas en el otoño. Cae una tras otra, pero sabemos que todas caen. Es cierto que no sólo se caen las secas, pero las verdes no caen solas, algo o alguien les tiene que ayudar; pero las hojas secas, como yo, sabemos que cuanto más secas, más posibilidades tenemos de caer... Desde que murió la Encarna, mi mujer, la cama vacía me recuerda que me está esperando en algún sitio, y sé que pronto estaré con ella ... y quiero llegar a ese momento con la conciencia tranquila-. El anciano sudaba, se limpiaba el sudor de su frente

con una pañuelo arrugado, sostenido por sus dedos huesudos y retorcidos; el coleccionista le miraba henchido de una curiosidad morbosa, intrigante, ansioso de saber por qué caminos le introduciría el anciano.

- Escucha, hijo, yo presencié la muerte de tu padre. Sí, sí, coño ...que yo estaba allí aquel maldito día. Pero no pude hacer absolutamente nada por evitarla-. A la firmeza con que había pronunciado las primeras palabras, siguió un desplome en las últimas. Parecía como si aquellas palabras le pesasen en demasía; tras lo cual, volvió a secarse el sudor de la frente y cogió las manos del coleccionista, quien sintió el sudor frío que le transmitía el anciano, a pesar de la débil fuerza con la que este intentaba apretar sus dedos sobre las fuertes manos del joven.

-Sí, yo estaba allí-, continuó. -Lo vi todo. Me había colado en la maldita bodega con la curiosidad que siente un muchacho talludito por ver lo que se chismorreaba entre la gente acerca de lo que sucedía en la bodega cuando se organizaban aquellas juergas para la gente importante-. El coleccionista soltó sorprendido las manos del anciano, sus ojos manifestaban no sólo sorpresa, sino una reacción de estupor y desagrado incontenidos ante las palabras que había pronunciado el anciano. Pero, ¿qué está diciendo este viejo chocho?, ¿de qué juerga habla, si mi padre fue vilmente asesinado en la bodega, sólo, exclusivamente por una maldita venganza política? Estas y otras preguntas golpearon, en un abrir y cerrar de ojos, el fino lienzo de la conciencia atormentada del coleccionista.

-Tranquilízate, muchacho. Desde un principio me ha parecido ver en tus ojos el deseo de saber la verdad, fuese esta la que fuese; y yo no quiero llevarme al otro mundo este silencio que me atormenta y que me ha atormentado duran-

te toda la vida desde aquel maldito día-. A la primera reacción airada del coleccionista, siguió una actitud de clara aceptación de las palabras del anciano, a quien siguió escuchando con los ojos hieráticos y con el pellizco precordial que frecuentemente le visitaba, creándole una sensación de hondo malestar, tan fugaz como desconcertante, como una especie de ola de lava hirviendo que le subía desde el estómago hasta la boca misma, por donde parecía desbordarse hasta la llegada presurosa de una nueva ola.

-Yo estaba detrás de unas botas de vino. ¡Mil veces me arrepentí de haber entrado!- siguió el anciano. - ...No sólo por lo que pasó, sino porque no veía la forma de salir de allí. Se la montaban bien los jodíos señoritos. No les faltaba de nada. Varios días de juerga, los mejores cantaores, los mejores guitarristas y las mejores gachís, y todo para ellos solos. Comida, bebida y días y días de juergas, placeres y vomitonas. Y lo gracioso era que sus familias creían tan confiadas que se encontraban en un congreso, en una reunión de esas que siempre se celebraba lejos, en alguna cacería, o en una reunión de negocios-. El anciano parecía respirar mejor después de pronunciar estas palabras. Descansó, miró fijamente al coleccionista, tan fijamente que este sintió que el anciano se iba adentrando en su interior como un sacacorchos que orada hasta conseguir abrir la botella de la que saldrá el vino oloroso.

- Yo sé, muchacho, que tu padre no era mala gente, pero era hombre, y además... pasó lo de tu madre. A él es al único que hay que comprender y el único que no tuvo culpa de lo que allí pasó. Las malas bestias fueron los otros. Cómo gritaban cuando el percance, cómo echaron de mala manera a los cantaores, a los guitarristas con la guitarra en una mano y la funda en la otra, sin dejarles siquiera que las guar-

dasen, cómo obligaron a salir corriendo a las gachís medio desnudas, con qué cojones se quitaron la borrachera y cerraron a cal y canto la bodega, y con qué mala leche lo arreglaron todo-. A medida que iba hablando el anciano, este se iba encolerizando, sus ojos parecían estallar por una red de venillas rojas. Hubo algún momento en el que parecía estar reviviendo la escena, y ello le hacía encogerse y repetir el momento de esconderse detrás de las botas, hecho un verdadero saltimbanquí.

-Porque sí, lo arreglaron todo los muy...-, silenció un momento el anciano.

-Pero yo fui peor que todos ellos, porque me escondí como un niño asustado, me callé y, cuando no podía dormir durante muchos años martirizado por pesadillas, la pobre de la Encarna me decía que qué iba yo a arreglar, quién iba a creer la historia de un pobre hartado de hambre, parado... cuando enfrente estaban los señores, los dueños del pueblo y, con ellos, todos los poderosos, que contarían con el apoyo de sus familiares y de toda la buena sociedad del pueblo. Porque la palabra de un pobre no vale nada, muchacho. Además lo habían montado todo perfectamente. Los artistas del sarao no habían visto nada, por tanto los señores podían dar la versión que quisieran, y así lo hicieron. Escuché cómo lo trataron todo. Sólo tres o cuatro se quedaron en la bodega. Los demás se arreglaron y se fueron. Los que se habían quedado llamaron al Pirulo, el padre de aquel amigo que siempre estaba contigo cuando niños...-. La narración del anciano iba recorriendo, como un bisturí doloroso pero que producía miradas nuevas, las cortinas oscuras que habían cubierto durante tanto tiempo tantas cosas. Y allí estaba él, el coleccionista de tantas realidades etéreas, de tantos sueños adormecedores, de tantas ilusiones más soñadas que

reales, viendo cómo un anciano estaba rompiendo su cachivache, tanto tiempo guardado como un tormentoso tesoro de palabras sin sonidos y de escrituras sin tinta.

-Llamaron al Pirulo que, por tres duros y medio, había estado cocinando y cocinando sin parar para que aquellos verdugos lo pasasen bien, y le ordenaron que limpiase todo y que tirase los desperdicios, que la bodega tenía que quedar como una patena, porque les habían venido a avisar que vendrían unos forasteros muy importantes para visitar la bodega. Pero aquellos señores no llegaron. Quienes llegaron fueron la guardia civil, el juez y algunos de los que yo había visto hacía sólo un rato... sólo un rato... afeitados ya y vestidos de limpio... y aquellos crueles verdugos dijeron a la guardia civil que el Pirulo, en un momento de arrebató y odio, quiso vengarse de tu padre por no sé qué de la guerra civil y que le había golpeado en la cabeza hasta ... dejarlo muerto en el suelo... en un charco de sangre...

-¡Cómo gritaba el pobre Pirulo cuando lo apresaron! ... ¡Cómo tengo clavadas en las sienes sus palabras: que yo no he sido, que yo no he sido, por Dios... que soy inocente! Se lo llevaron, lo condenaron, y en el penal murió tuberculoso a los pocos años, pero la gente decía que había muerto de pena.

-Yo guardé mi secreto durante muchos años. Y veía cómo la familia del Pirulo había quedado marcada para siempre. Su mujer murió poco después. A tu amigo yo lo veía crecer y se hizo un hombre seco como un árbol sin agua. Nadie quería darle trabajo, hasta que uno de los señores se compadeció y le dio trabajo guardando cabras en las marismas. Venía muy poco al pueblo y, cuando lo hacía, parecía no tener amigos. Tomaba una copa en un bar y se iba solo para su casa, la misma en la que vivió cuando erais amigos.

Verlo era sentir que el silencio que me clavaron dentro me mordía en las entrañas. Hasta que un día que tenía un par de cuartos en el cuerpo, lo vi solo, como siempre, camino de su casa, le seguí y, ya en la puerta, le dije que tenía algo que decirle. Me hizo pasar... y se lo conté todo ... Sí, muchacho, todo... le dije la verdad de lo que había pasado aquel maldito día. Le dije que yo lo había visto todo. Que el Pirulo no había matado a don José. Que su padre apenas si había salido de la cocina durante la juerga. Que don José ...-, el anciano miró fijamente al coleccionista antes de proseguir, -... que don José estaba completamente borracho, que entró en la nave grande de la bodega, tambaleándose, tropezó con unas alfombrillas de esparto que había en el suelo y cayó hacia atrás con tan mala fortuna que se abrió la cabeza al darse con una barra de hierro ... Lo demás ya lo sabes... -, concluyó cansinamente el anciano.

-Claro que yo le dije al hijo del Pirulo que ya no tenía nada que perder y que estaba dispuesto a ir a las autoridades a contar aquello- siguió el anciano. -Pero el hijo del Pirulo me miró con una mirada seca...- prosiguió, -...sin odio, sin reprimendas, pero una mirada que me dolió más que las miradas de aquellos monstruos de sombras que me tiraban año tras año de las sábanas con dedos de sarmientos, impidiendo que pudiese entrar en las olas deseadas del sueño. Calló durante un largo rato y luego me dijo que ya nada servía de nada... que su padre había muerto... que su madre también... y que él había quedado como el hijo solitario de un Caín, por lo que quemaba lentamente sus días y sus horas en la soledad de las marismas por un trozo de pan con el que ir prolongando una existencia sin sentido. Que la vida era una lotería y que a él le había tocado aquel número... -.

Una tristeza infinita se había apoderado hasta del último rincón de la conciencia del coleccionista. Siempre pensó, vete a saber por qué misteriosa intuición congénita, que algo había tras la muerte en tan extrañas circunstancias de su padre, y que el espíritu hosco y melancólicamente ausente de su madre velaba algún oscuro pasado, del que ahora tenía plena certeza que también ella se había llevado a la tumba.

El tiempo había pasado con la rapidez que acostumbra cuando algo se vive o se quema con intensidad, pero había estado varias horas en casa del anciano. El olor a vino en crianza, que siempre le había producido una particular sensibilidad que le transportaba a los recuerdos de la infancia, le invadió. Comenzó a bajar lentamente la empinada y empedrada cuesta que le llevaría hasta el hotel asentado en las proximidades de la playa. La gente pasaba junto a él como sombras, como piezas de un rompecabezas que él titánicamente había querido recomponer mil veces en sus fantasías de coleccionista. Unas nubes de un intenso color gris oscuro desfilaban por el firmamento como convidadas a la fiesta de la vida. Las primeras hojas secas se iban desprendiendo sinfónicamente de los árboles de la cuesta, mientras que un tenue airecillo refrescaba el rostro y los brazos desnudos del coleccionista.

-No, no hay nada que coleccionar...-, se repetía obstinadamente como un ejercicio foniatrico el coleccionista, mientras la brisa de la mar le recordó que se encontraba en el lugar de su infancia.

DOLORCITA

Muchas veces había ido a su casa. Las más, por necesidad de tener con quien charlar un poco, pues tanto ocultamiento la estaba haciendo crecer de mustiedad hacia adentro. Aquellas visitas eran como una finísima gotita de agua a la caída de la tarde que, a pesar de su nimiedad aparente, se bastaba para que la tierra emanase un extraño y erotizante olor a tierra sorprendida en una virginidad siempre nueva. No sabía decir por qué, pero cuánto le agradaba ese olor con la que una y otra vez la obsequiaba la tierra. Siempre le sugería aquellas clases de literatura de COU, en las que aprendió a disfrutar con las atrevidas figuras de Federico y sus personajes ambiguos e incompletos, porque, para Dolorcita, García Lorca fue siempre Federico a secas. Cuando olía aquel sugerente olor a tierra seca desfilaba por su mente una galería de personajes lorquianos que le despertaban desde siempre su fuerte instinto carnal nunca satisfecho.

Era la mente de Dolorcita una pantalla ácida, por la que iban desfilando como recortes de periódicos añejos la Curiana Nigromántica con sus sueños de que era una flor hundida en la hierba; la Señá Rosita, pinchándose una y otra vez en su intento inalcanzado de bordar una e; o Marianita, perdida como la enamorada de un marinero loco; o la Zapatera, desgraciadita como ella sola con aquel hombre que Dios le había dado; o Belisa, gozando con el calor y el peso sobre su cuerpo del delicioso joven de su alma; o el Joven de “Así que pasen cinco años”, diciendo que le cantaba su sangre; o la Julieta de “El Público”, gritándole al caballo que no la

mirara con aquel deseo que ella bien conocía; o Leonardo, en su explosión vital, gritándole a la Novia que ella creía que el tiempo cura y que las paredes tapan, pero que no era verdad, porque cuando las cosas llegan a su centro no hay quien las pare; o Víctor, ay Víctor, picaronamente recomendándole a Yerma que le pidiera a su marido que ahondase; o la Bernarda, con su vestido negro hasta el suelo, arrastrando su largo manto de escarabajos negros, gritándoles a sus hijas que dejasen las lágrimas para cuando estuvieran solas y que lo único que les quedaba era hundirse en un mar de luto; o Rosita, su Rosita, su soltera, indignada y perturbada por las miradas de lástima, aún cuando sabía que los ojos los tendría siempre jóvenes, pero que la espalda se le iría curvando cada día.

No iba a negar que en aquella casa encontraba amigas con quienes charlar, pero, con harta frecuencia, una vez que se terminaban los comentarios de anécdotas y chismorreos, que solía ser el centro de sus devaneos comunicativos, así como las presuntas historias de encuentros amorosos que todas ellas sabían que sólo existían en la fantasía o en el deseo, pero que a todas les producía la morbosidad momentánea de imaginar que habían sido reales, a Dolorcita le entraba el vértigo del sin sentido; los sillones se le transformaban en un nido de hormigas insaciables que sembraban en la orilla de su alma una desazón que la dejaba como ausente de todo. En el pecho se le acumulaba un ansioso revoloteo de pájaros enjaulados que pugnaban, sometidos a un aleteo ruidoso y asimétrico, por encontrar una salida. Los pulmones de Dolorcita deseaban que el aire se adentrase hasta lo más recóndito para, como una ola embravecida, arrastrar desde él las espumas de sus aburrimientos y soledades. Mas, nada acontecía. Un deseo incontrolable de salir corriendo llamaba furiosamente a las puertas de su concien-

cia. A veces se iba con cualquier pretexto; todas, sin embargo, entendían que la víbora de la melancolía le había vuelto a picar a Dolorcita en las mismas entrañas. Ya ni se molestaban en insistirle que no se marchase; no servía de nada.

Cuando Dolorcita sentía que el apremio de marcharse no era imperativo, con una inmediatez insoportable, hasta se permitía bromear mientras iba saliendo. -Ahora, ya podéis criticarme con tranquilidad-; sabe Dios lo que diréis de mí en cuanto me vaya; cuando terminéis, recoged los pellejos del suelo, que os podéis resbalar-, eran sus frases más socorridas. La verdad es que la huída de la presencia de las amigas no era ningún lenitivo. Ella lo sabía. Tan sólo la liberaba, y no era poco, de esa sensación de ser observada que la invadía, o de temer, de un momento a otro, la indeseada frase: -Dolorcita, ¿te encuentras mal? hija mía, qué mal color tienes; parece que esta noche dormiste mal-. Eran como rejonos, no exentos de cierta intuida complacencia, de las amigas que, con ellos, se sentían más autoestimadas, pues estaban ellas como una flor, y, al parecer, o al aparentar, ningún mal había resonado aún en sus puertas.

Aquel día Dolorcita había llegado con un aire nuevo. Se sentía bien. Sencillamente bien. Se había levantado muy temprano. Había paseado lentamente por una playa solitaria, mientras que su perra jugueteaba con las olas que iban y venían en un coqueteo con la costa que a Dolorcita le resultaba relajante. Se sentó, ante las carreras eufóricas de la perrilla, para la que todo era un aliciente en sus jugueteos interminables en la orilla de la mar. Las olas subían y bajaban por las piernas de Dolorcita, salpicando de unas espumas blanquecinas, como encajes de manos artesanales, todo su cuerpo. La perrilla ladraba, mitad sorprendida, mitad temerosa, como si su dueña fuera a írsele

arrastrada por alguna de aquellas olas cada vez más tempestuosas. Perra y dueña gozaban de un momento mágico. Nada se oía; sólo el ritmo acompasado de unas olas que arrastraban tras de sí el martilleo de las ausencias. Mucho tiempo estuvo así Dolorcita, hasta que las olas comenzaban a tirar de su cuerpo relajado. El resto del día notó cuán agradable había sido el paseo y cuán relajado había quedado con él su cuerpo. Por ello, nada más entrar en casa de sus amigas, estas notaron que, en aquella tarde, había Dolorcita para rato. Era el día más adecuado. A las charlas casi diarias, acompañadas de la merienda que cada día una de las amigas se encargaba de preparar, se agregaba en el día de hoy la celebración del cumpleaños de una de ellas.

Dolorcita quedó sorprendida. No había para la celebración del cumpleaños la tarta de rigor, ni el correspondiente café. Sus amigas, como rebelándose contra la insobornable manilla del reloj del tiempo, que pasa por las vidas dejando interferencias de días y de noches irre recuperables, habían decidido dejar de ser “puretas”, al menos en sus gustos, al menos en la celebración del cumpleaños, al menos en aquella tarde, aunque la vida se aferrase a dejarle a la homenajeadada un donativo de un año más, con el que se iba aproximando irreversiblemente al temido número de los 40. Ellas iban a desafiar la mueca dramática del paso de los años comiendo pizzas, y bebiendo cerveza alemana, y cuantas otras bebidas trajesen la tarde y la noche deslizadas en su haz de luces incontroladas.

Dolorcita no salía de su asombro. Las conversaciones sobre las maldades de la sociedad y las frecuentes críticas sibilinas con que se solían adobar aquellas tardes de charlas interminables habían cedido su lugar a una jauría de carreras incontroladas, de risas frenéticas, de bromas y más bro-

mas. Sí, aquellas locas habían decidido celebrar un cumpleaños como se merecía cuando tan sólo le faltaban a su amiga tres para llegar a los cuarenta. Una amplia mesa aparecía en el centro del salón. Una veintena de platos de plástico ofrecían dadivosamente jamón, queso, gambas, tortilla de patatas, frutos secos, montaditos de diferentes hechuras, aceitunas y unas salchichas alemanas cortadas a trocitos. El frigorífico estaba lleno de cervezas y refrescos.

Todo aquello le pareció a Dolorcita como una ocu- rrente marcha atrás en el túnel del tiempo. Miró profunda- mente la escena reconstruida. Sonrió. Le parecía encontrar- se en una de aquellas meriendas que, siendo alumnas de COU, organizaban como orgías de sueños, en las que se mezclaban los ratos agotadores de estudios ante los exáme- nes finales y los nervios de la selectividad, pues se jugaban el vivir al siguiente curso ¡solas! y ¡en la capital! ¡Una pasa- da! A los sueños, que en esa edad tan fácilmente se mezclan con las realidades, se sumaba el aleteo de las primeras pun- zadas de los enamoramientos que dejaban en ellas mitad de alegría, y mitad de sinsabores, enfados, reconciliaciones, celos, y nuevos enfados y reconciliaciones. Por un momen- to, una nube grisácea, cargada de nostálgicas melancolías y añoranzas de ayeres caídos de las hojas de los años, estuvo a punto de descargar sobre la tierra ingrátida y yerma de su alma. Dolorcita movió la cabeza, como queriéndose alejar de la nube, cual se aleja con gesto violento e incontrolado a la mosca pesada que gira con su danza de tan corta existen- cia hasta conseguir entregarse a su ritmo insoportable. Sonó el timbre de la puerta. Dolorcita observó alucinada cómo todas sus amigas corrían y gritaban sin decidirse ninguna de ellas a abrir la puerta, como los remolinos de griteríos que se formaban alrededor de las listas con las notas de los exáme-

nes cuando el profesor las pinchaba en aquel corcho sin tiempo, verdadero museo de los más variopintos graffiti, que allí habían quedado como evacuaciones fosilizadas. La más atrevida abrió por fin la puerta ante la insistencia de la llamada. Un chico moreno, vestido con un pantalón vaquero y una camiseta blanca con unas grandes rayas rojas y una gorrilla de visera, dejó sobre el centro de la mesa su cargamento de pizzas.

“-La verdad es que me siento patética escribiendo estos apuntes. Sí, ya sé que la psicóloga me ha recomendado que los escriba, que es una buena terapia. Reconstruir todo lo vivido en los últimos meses ... que eso me iba a liberar de mis fantasmas... ¿y yo qué sé?”-. Dolorcita se levantó y fue a mirar tan instintiva como compulsivamente si la lucecilla parpadeante del teléfono indicaba la existencia de alguna llamada. -Mira que soy estúpida, como si me importase a mí ninguna llamada, y a más, a qué negarlo, ya hace tiempo que el semáforo que te da paso a una vida que no deseo quedó cerrado. Pero, si no sé cómo empezar. Ya le conté todo. Y ella venga que venga, que escribiera, que escribiera, y además que lo “hagas a mano” repetía la tía. Estoy segura de que cuando se ponga debajo de una buena ducha correrá por la bañera más pintura de maquillaje que tintura colorada en la escena de la bañera de la película Psicosis. Lo mismo hasta aprendió a maquillarse la gachí con la paranoia de tanto colorido en la bañera de la película. Lo que yo digo ... si es que está volá, como todos los psicólogos. “Que escribas, que escribas, Dolorcita” ... ¡Quítate el maquillaje, que pareces una extra de una película de indios! Eso, eso era lo que yo le tenía que haber dicho.

Todo comenzó la nohcecita del cumpleaños. Al muchacho que había llevado las pizzas, con el nerviosismo de

tanto lo quería despendolado, se le olvidó cobrarlas, pues salió de allí de estampidas. Llamó por teléfono preguntando si podía venir a cobrar. Podía haber venido, y punto ... pues no. Concha le dijo que no se molestara, que ya mañana nos pasaríamos a pagarlas. Y claro, ¿a quién le tocó? ¡Seré tonta, más que tonta! ¿Para qué tuve que decir que yo tenía que pasar por la calle de la pizzería? Pues, me tocó. ¿Fue una casualidad? ¿Sería acaso que mi subconsciente me arrastró a la orilla de aquella playa? ¡Desde luego, el consciente de ninguna de las maneras! Pues sí, verlo sí que lo había visto, pero nada más ... mira, no te atormentes, que no te fijaste en él ni lo más mínimo. Que no, nada me llamó la atención. Como me dijo un día Concha: “ ¡tú fuiste porque te gustó el muchacho de las pizzas!”. Será la tía calenturienta. ¡Qué poquito me conoce! Y si me hubiera gustado, ¿qué? ¿Qué le importaba a ella?

Llegué a la pizzería. No había nadie dentro. En la puerta un muchacho estaba poniéndole una cadena de seguridad a una moto. -Hola, buenos días-, le dije. -Buenos días, señora-, me contestó alzando la cabeza. -Ah, usted vendrá a pagar las pizzas que les llevé anoche. Pase, pase usted, por favor-. Entré en el establecimiento. El muchacho sacó un papelito blanco y me dijo el precio de las pizzas servidas. Le pagué y me dio el cambio...¡Fue en aquel preciso momento...! No sé explicar qué sentí... fue como si de pronto comenzase a hervir en mi estómago un litro de agua y... como si se tratase de las chimeneas de los viejos trenes, comenzase a subirme hacia el pecho una vaharada que se detenía en los pulmones... los pechos comenzaron un arrítmico movimiento de perro fatigado. Se me cayó el monedero al suelo. Lo agarré precipitadamente. Pero... ¡ qué estúpida!

Ofuscada, nerviosa, con todos los movimientos de mi cuerpo descontrolados, salí a la calle. La crucé precipita-

damente. -¡Tía, mira por donde vas!-, me gritó una chica que pasó junto a mí rozándome casi con su moto. Llegué a la otra acera. Me paré frente a un escaparate. Al rato, descubrí que estaba delante del escaparate de una ferretería. Me entró ganas de pegarme. ¿Qué hacía yo mirando martillos, cajas fuertes, tornillos, puntillas, botas de agua, mangueras y una montón de objetos que ni tan siquiera sabía para qué servía la mayoría de ellos? Me retiré un poco del cristal del escaparate, del que me observé colocada a escasos centímetros. Como quien, sorprendida in fraganti en algún pecado de adulterio, temiese el comienzo del macabro ritual de la lapidación, miré de soslayo a mi alrededor por ver si mi incoherente actuación precipitada había sido contemplada por algún viandante. No vi a nadie. Miré hacia las terrazas de los bloques arracimados de pisos, esperando observar alguna risita burlona. Mas, no. Había tenido suerte; al parecer, mi comportamiento, más propio de colegiala con la primera regla, no había sido televisado en directo. Sólo me quedaba un testigo, el chico de la pizzería. No me atrevía a mirar. -¡Que sí, que sí, que tienes que mirar!-, me susurraba a mí misma. Al fin, lo hice. El muchacho había salido a la puerta de la pizzería. Me miraba con una amplia y prolongada sonrisa. No vi en su mirada ningún rasgo que indicase que se burlaba de mi torpe y nervioso comportamiento. Levantó la mano derecha, y me saludó con gesto complaciente. Azorada, levanté la mano, correspondiendo a su saludo. Poco a poco comencé a caminar calle abajo.

Desde aquel día comenzaron el rosario de idas y venidas por los alrededores de la pizzería, las miradas furtivas por ver si volvía a ver a aquel muchacho, la opresión en el pecho cada vez que una moto con repartidor de pizzas pasaba por mi alrededor, los despertares a medida noche con

una sonrisa tan estúpida como inoportuna, los desperezos prolongados al amanecer, el afán desmedido por perder peso, las miradas de gata en celo a todos los escaparates, las visitas a los grandes almacenes en titánica búsqueda de unos modelitos que no me habrían entrado ni cuando tenía dieciocho años. ¡Ay, Dios mío!

Y tanto fue el cántaro a la fuente Pasó lo que tenía que pasar. Salté la reja. Me entró una desmedida pasión por las pizzas. No sé ni cómo, pero lo cierto es que comencé a entrar en la pizzería y a comprar una pizza un día sí y otro también. Las pizzas ... tan feas... tan duras... con sabores tan postizos... y anda, ahí que estaba la Dolorcita comiéndoselas con tanta exquisitez como una marquesa que va a la ópera; mi bata de seda blanca, mis pies descalzos, que me parecía como de más joven... y zas, metiéndome aquellos trozos de cartón piedra en la boca, como si de ladrillitos de oro de tocinos de cielo se tratasen ¡Las hay tontas! Yo lo que quería era ver a aquel muchacho, y que él me viera; pues, bueno, las hubiera comprado... y a la basura. Objetivo cumplido. Pero no, yo me las tenía que comer. Es que tirarlas me parecía como un desprecio que le hacía a él ¡Qué tía más patética! Llegaba a pensar que él las elaboraba pensando en mí, mientras en la pizzería resonaban las mismas canciones lánguidas y lamiosas que yo ponía en mi casa mientras me las comía.

Y como el niño no tenía un pelo de tonto, pronto estuvo al loro. Comenzó a mirarme cuando yo entraba en la pizzería. Seguía con su mirada todo cuanto yo hacía. Si nuestras miradas se encontraban, disimuladamente esbozaba tenuemente una sonrisa que se cruzaba con la mía. Poco a poco las miradas se fueron encontrando con más frecuencia, con más atrevimiento y con más duración. Aquel que en

los primeros encuentros, como en la noche que llevó las pizzas o en aquel otro día en que fui a la pizzería a pagarlas, me pareció un joven desenvuelto y con desparpajo, diría incluso que con atrevimiento, me miraba ahora como un niño tímido que, a duras penas, sonreía con una sonrisa abierta y descarada. Mis sentimientos hacia él se fueron acrecentando casi sin darme cuenta y sin poderlos controlar. Comencé a descubrir mi cuerpo. Pasaba horas y horas tumbada en la cama como ausente. Me había aprendido al dedillo todo su cuerpo. Todo él desfilaba mayestático una y otra vez por el paseo de mi fantasía, como un revoltijo de áureas hojas secas que se desprendían indoloramente de los árboles con la llegada de las primeras campanadas del otoño, y con cuyos cuerpos muertos y traslúcidos jugueteaba el viento, formando círculos itinerantes que se iban perdiendo por entre los cruces de las calles. Comencé a notar el vértigo de quien sabía que el terreno que pisaba podía estar sembrado de minas. Mejor, yo tenía la certeza de que lo estaba. La morbosidad de aquel sentimiento para quien nunca había gozado de la continuidad en las anteriores experiencias amorosas, aún a pesar de la peligrosidad que implicaba, me arrastraba irresistiblemente.

Al iniciar un día más aquel viacrucis, mezcla de fantasía, de morbosidad, de desconfianza, de deseo irresistible a adentrarme en una cueva, cuyo contenido interior desconocía, al que temía, pero al par deseaba, me encontré con que el objeto de mis misteriosas e incomprensibles atracciones se encontraba en la puerta de la pizzería. -Buenos días, tempranito ¿no?-, fueron las palabras con las que me abordó. Su cálida y abierta sonrisa tranquilizó mi espíritu desazonado. Le correspondí con otro saludo. Le miré fijamente. Su rostro mejoraba en mucho a aquel que, a golpe de miradas furtivas,

yo había ido construyendo en el lienzo de mi fantasía. Miré su cara de un moreno intenso, sus ojos verdes en pleamar de sales, su pelo ensortijado de un negro irresistible. Sí, aquel era el modelo que yo había ido recomponiendo en mis noches de duermevelas y en mis amaneceres de ensueños. Por primera vez creí que la morbosidad podía dar paso al menos a la esperanza.

Tras aquello, comenzó una experiencia completamente nueva para mí. Yo le esperaba algunas noches cuando él terminaba su trabajo, del que llegaba jadeante y cubierto de sudor. Le tenía preparada una cena, que él devoraba sin dejar de hablar en ningún momento. A duras penas, conseguía hablarle de algo distinto a lo que era el monocorde tema del que hablaba: su trabajo, sus proyectos de futuro, los apremios económicos que sufría, pues tenía que ayudar a su familia económicamente. Yo, mientras tanto, intentaba infructuosamente adentrarme en su interior. Con cualquier broma inoportuna me cerraba las puertas de los recovecos estrechos, oscuros y tortuosos de su intimidad. Cuando él acababa sus monótonas peroratas, nos invadía un silencio profundo, tan sólo interrumpido por el ruido de las motos y coches que alocadamente corrían por las proximidades de la casa. Aquello no me parecía normal. Lo hablaba con él. Se disculpaba diciendo que estaba muy cansado, que le apetecía ver la tele. Así un día y otro.

Yo siempre tenía el oído atento a cualquier cosa que pudiera decir para saber algo de él, de sus intenciones, de su familia, de sus amistades. Vano intento. A duras penas, y moviéndome por una azar comunicativo que me llevaba de un sito a otro, supe que su padre era comerciante, que tenía otros dos hermanos, que no tenía novia ni pareja, que acababa de cumplir los 23 años y que su ilusión suma era poder

ahorrar un poco para comprar un coche. Mis intentos de proximidad física con él, mis desatadas ansias de ternura, mis incontrolados deseos de acariciarlo, de sentirlo entre mis brazos, chocaban siempre con un -uff, estoy supercansado-, -bueno, me tengo que ir, mañana he quedado en hacer también el turno de mediodía; necesito ahorrar dinero-. Un beso sin tentáculos solía poner fin a la velada, sólo prolongada algo más cuando veía que mi cara delataba una patente desilusión. -Mujer, que te quiero un montón, que no me importa que seas mayor que yo, que cuando esté más descansado te demostraré todo lo que te quiero-, eran algunas de las expresiones con las que él procuraba echar algo de madera a un fuego que él notaba a marchas forzadas que era cada vez más potente en mi cuerpo.

Iban pasando los días. Mis intentos por salir de paseo con él, por ir al cine, por viajar, por vernos en los fines de semana, resultaban siempre fracasos tras fracasos. Que si prefería la intimidad de la casa, que si no era porque yo fuese mayor que él, que si cuando tuviese el coche ya no trabajaría los fines de semana y serían todos para mí, que si sentía locura por viajar conmigo cuando tuviese el coche, que si ya había hablado con sus padres de mí y que estaban deseando conocerme... Palabras que iban entretejiendo a mi alrededor unos matorrales pinchosos que cada vez me atrapaban con más intensidad. La pantalla de mis oníricas ilusiones se fue transformando, sin tan siquiera tener clara conciencia de ello, en un paredón tan negruzco como agrietado.

Me cerré a todo contacto exterior. No acudía a las llamadas telefónicas. No contestaba a los mensajes. El móvil quedó abandonado en cualquier rincón de la casa. Sabía que él no llamaría nunca. Decía que los contactos los quería personales, que le gustaba sorprender a las personas que quería.

Yo vivía sólo para esperar. Las ilusiones se fueron mustiando. Las otrora fantásticas y locas imaginaciones dieron paso a un constante sentimiento de desazón, de frustración ahogada. Me prometía a mí misma que no lo recibiría más, que aquella era una relación en la que yo lo daba todo, sin recibir nada a cambio. Empecé a intuir en él un tufillo que en nada me gustaba. Una llamada a la puerta, sin embargo, o una constatación de que era él me transportaban nuevamente al comienzo de la historia. Él me decía que todo iba a cambiar, que estaba madurando, que los sentimientos necesitan tiempo para expresarse, que si venía era porque me quería. -Pues claro, tonta, si no te quisiera ¿iba a venir?; es que estoy muy ocupado; ya vendrán tiempos mejores, ya verás; si tú supieras lo que pienso en ti-, repetía cuando veía mis ojos enrojecidos y mi cara manifestando dolor, desconcierto y enfado. Un beso, un abrazo, una caricia bastaban para que cogiese nuevamente la enorme piedra de aquel sentimiento y, como el pobre Sísifo, comenzase de nuevo a subir una vez más por la montaña arrastrándola hacia su altura.

Comencé a sorprenderlo ante el más nimio pretexto con cualquier tipo de regalo. Que si era su cumpleaños, que si hacía un mes que nos habíamos conocido, que si hacía dos meses que venía a casa, que si he visto un chándal que te va a encantar, que si esta sudadera te queda fenomenalmente, que si estos CDs son los que te gustan, que si este es el reloj que anuncia la tele, que si vete al Corte Inglés y escoge el traje que te guste para que puedas ir a la boda de tu amigo...; Tiene que cambiar, tiene que cambiar!-, me repetía una y otra vez. Los regalos comenzó a recibirlos con un ceremonial de halagos. Pronto el ceremonial se fue reduciendo a su mínima expresión, para terminar con un lacóni-

co “ me encanta”. Tras obsequiarlo una y otra vez, comenzó al final a quedárseme mirando fijamente. Comenzó a manifestarme un cariño desbordado. Me besaba apasionadamente. Me introducía en unas sensaciones nuevas, en la plenitud de mis deseos. Mas, evitaba, con una maestría que sólo ahora soy capaz de entender, aquellas situaciones que podía llevarme a un estado sin retorno. Sabía cuándo era el momento de encender un cigarrillo, de hacer una llamada, de servirse un cubalibre, de ir al cuarto de baño, para, tras la oportuna pausa, dejar sutilmente el mensaje de que la lección de amor había terminado por aquel día. Yo enloquecía, me veía sumida en un laberinto de sentimientos encontrados, pero aquella mirada penetrando mis pupilas hasta el fondo, aquellos dedos acariciando mi cuerpo desde la distancia, aquellos labios posándose sobre los míos, eran más que suficiente para que el fuego que anidaba en lo más recóndito del mundo de mis fantasías siguiese perviviendo.

El día de mi cumpleaños quiso sorprenderme, y me sorprendió. Trajo una botella de cava. Dijo que su regalo para mí aquella noche no era otro que amor y amor. Me besó con verdadera pasión. Me abrazó una y otra vez. Noté que había bebido más de lo habitual. Sus besos sabían a güisqui. Tenía los ojos enrojecidos. Dijo que no tenía ganas de comer, que sólo quería estar conmigo. Abrió la botella de cava. Brindó por nosotros. Se despojó de la camisa. Me atrajo hacia él. Continuó con su torbellino de besos. Me entregué por completo al ritmo que él marcaba. -¡Sí, por fin, aquello era amor. Por fin se había decidido. Por fin, era él mismo. Aquello tendría que llegar, y había llegado!-, me repetía una y otra vez. Comenzaba a nadar por las más gratificantes aguas del océano del amor. Pensé que aquello no tendría ya retorno, que el amor iba camino de llegar a su

plenitud en aquel día en el que cumplía los treinta y cuatro años. De pronto, con un dominio desconcertante de la situación, se paró en seco. Me miró profundamente, sensualmente, escrutadoramente. Había llegado el momento. Yo sentía las palpitaciones incontroladas de mi corazón. Me cogió de las manos. Las apretó junto a su pecho. -No sé cómo empezar-, musitó a mis oídos. Le acaricié sus manos. Volvió a besarme. -Sabes cuánta ilusión tengo por el coche... -. Volvió a besarme con profunda pasión. Me sentía completamente entregada. -Ya lo sé-, fueron las palabras entrecortadas que encontré como respuesta. -Es que yo, con lo que gano en la pizzería y teniéndoles que ayudar a mis padres, no podré comprarlo nunca-. Clavó la inmensidad del verde de sus ojos en mi mirada casi ausente. Le sonreí. -Para ti supondría tan poco esfuerzo...-, musitó nuevamente en mi oído. Noté el calor del aire cálido que salía de su boca sobre mi oído, sobre mi cuello, sobre mi cuerpo todo. -Sí, sí, no te preocupes... ya lo había pensado-. Siguió besándome más apasionadamente que en ningún momento de nuestra corta relación. Sentí de pronto una oleada de aire frío que me subía desde el estómago y que se iba apoderando de mis pulmones, de mi corazón, de mi cara. Él intensificó su apasionada entrega. La súbita petición me había dejado de piedra, no porque me importase atender lo que me pedía, sino porque aquello comenzó a abrir delante de mi ardiente mirar una perspectiva desconocida hasta aquel momento de aquel joven, casi un desconocido para mí, esa era la verdad, que tenía en mis brazos.

Lo separé suavemente de mí, besándolo sin cesar. Le interrogué qué era exactamente lo que quería. Volvió a besarme. -Dirás que soy un cara... porque realmente poco te he dado hasta ahora. Pero desde hoy todo va a cambiar. Te

quiero con toda mi alma. Si te he dicho lo del coche, es porque así podremos salir por ahí ... y hacer todo lo que tanto deseamos ... es que aquí me siento un poco raro ... es tu casa... soy un poco machista, lo reconozco, pero quiero tener algo que ofrecerte ... me ilusiona venir a recogerte ... llevar-te por ahí ... irnos los fines de semana a la sierra verás cómo lo vamos a pasar...-. Sus palabras brotaban con una sorprendente ingenuidad. Me pareció un niño asustadizo que apenas se atrevía a pedir algo a una persona desconocida. -¿Y has pensado cómo lo hacemos?-, le interrogué. -¿El qué?-, contestó picaronamente. -¡Te vas a enterar!-, contestó, mientras abría nuevamente aquel frasco de las más gratificantes sonrisas. -Hombre -siguió- lo suyo es comprarlo al contado, porque, si tengo que darle dinero a mis padres, ¿cómo voy a pagar las mensualidades?-, contestó con una seguridad aplastante, como quien tiene la plena certeza de que el negocio estaba ya cerrado. -Mira, lo vamos a hacer a mi manera-, le contesté casi sin darme cuenta de mi seguridad. -Tú vas, te informas. Selecciona el coche que te guste. La forma de pago va ser la siguiente: te daré la entrada para que tú la entregues, firmarás letras a pagar mensualmente durante cinco años. Yo daré orden al banco para que los días uno de cada mes te ingrese en tu cuenta corriente algo más de la cantidad que importe la letra-.

Me pareció observar en su rostro sorprendido una mueca de desagrado contenido. -¿Qué te parece? ¿Contento?, le pregunté, tentada de ser infiel a mi intuición y entregarme a lo que me proponía, aunque tan sólo fuese por lo vislumbrado en aquella noche. -Mujer, es que no quiero que sufras preocupaciones, y tengas que estar todos los meses con la pensión de ocuparte de hacer los ingresos. ¿O es que no te fías de mí?-, me contestó con una variante de mirada. Sentí, de pron-

to, que aquello había sido un plan preestablecido. No estaba segura. No debía dudar de él. Además, lo quería tanto. -¿Lo quería tanto, o lo deseaba tanto?-, fue una pregunta que desfiló fugazmente por el brocal de mis pensamientos como esas pancartas publicitarias que las avionetas pasean por la costa en tiempos de veraneo. -No pienses eso-, reaccioné de inmediato, -de quien no me fío es de las empresas ... ten en cuenta que si el coche no te saliese bueno, al no estar pagado, el riesgo es menor-. Asintió. Yo tenía necesidad de volver al comienzo de la noche, en parte porque lo deseaba apasionadamente, en parte por recuperar el tiempo perdido con las elucubraciones sobre la compra del coche, y en parte porque deseaba -¡y con cuánta fuerza!- ver cuál era su reacción. Comencé a abrazarlo, a besarlo. Él se introdujo en la vereda que ahora yo acababa de abrir. Me besaba apasionadamente... -¡¡Uff!!-, resopló separándose de mis brazos. -Frena, frena, que estoy poniéndome y la verdad es que estoy muy cansado. Me tomo el último cubata, un beso y me largo-, fue su respuesta. Dicho y hecho. -¿Mañana vas a estar aquí?-, fue su pregunta, a la que contesté con un movimiento de cabeza afirmativo. -Mujer, no te enfades... te comprendo; pero, comprendeme, estoy muy cansado. Comienza un tiempo nuevo para nosotros dos. Te lo prometo-, agregó, añadiendo que, al día siguiente, traería solucionado todo lo referente al coche.

Las visitas comenzaron a espaciarse. Vino eufórico el día que trajo el coche para enseñármelo. Me dio un paseo. Yo permanecí distante. Él ni tan siquiera lo notó. Al menos ningún comentario me hizo. El coche, sólo el coche, fue su tema de conversación. Después de aquel día, alguna visita más, siempre con prisa. Los pretextos para la brevedad de su permanencia en mi casa agotaron todas las letanías de las posibles excusas que inventaron los muchos impresentables que conta-

minan esta tierra de imbéciles, de la que soy la primera dama. Mis amigas venían a verme. Yo las despedía con excusas tras excusas. Pero ... ¿qué me había pasado? ¿Cómo era posible que nuevamente me hubiera dejado picar por esa manía malsana de permitir que me rompieran el corazón al primer despertar de mi cuerpo? ¿Es posible que el instinto sea capaz de atar tan impenetrables vendas ante los ojos? ¿Cómo la pasión es capaz de hacerte ver que la verdad es mentira, que la mentira es verdad, que lo imposible es posible, y que los dedos de avaricia son trampas para solitarias? ¡Dios mío, de dónde tanta pequeñez, tanto inacabamiento, tanta estupidez como anida en los más primarios de nuestros instintos?

Me apresé en la cárcel de la soledad más destructora. Deseaba verlo, a pesar de todo. Era como una dependencia incontrolable. Comencé a acudir con avidez a las llamadas telefónicas, por si eran de él. Cualquier ruido encendía en mi pecho la llama de la ansiedad más incontrolable y destructora. Veía que me estaba autodestruyendo, que corría tras una sombra de piel de ortiga. -No, no quiero nada. Dejarme sola. ¿Es mucho pedir que me dejéis sola?-, respondía incomprensible e injustamente a mis amigas de siempre. No podía vivir, no podía dormir, no quería comer... tan sólo me apetecía permanecer sin tiempo, indolentemente, sentada, cigarrillo tras cigarrillo, con la mirada vaga e inexpresiva de una idiota, o como la del adolescente que, destrozada su vida, contempla el féretro donde yace su padre, rodeado de un silencio cuyos acordes aún no ha aprendido en su corta vida. Veía la vida como una pura mentira. Los sentimientos no eran más que los intentos desesperados de vestir a mi antojo los fantasmas que yo creaba en mi mente y que, una vez creados, corría tras ellos amándolos con un amor de humo, esperando una respuesta que

jamás podía salir verosímilmente de aquellos entes, frutos de mi fantasía neurótica. Pero... ¿y si me estoy equivocando? ... ¿y si le estoy exigiendo demasiado? ... ¿y si lo que pasa es que debo darle tiempo? ... ¿y si debo marchar a su ritmo y no al mío? Me creía enloquecer. Me había metido en un camino sin retorno. Andaba perdida en el laberinto de mi noche más estúpidamente oscura.

Una de mis amigas debió de darse cuenta de la gravedad de mi situación. Tal vez llegó como portadora de las inquietudes de las demás. Es lo cierto que una noche llamó a la puerta de mi casa. Le repetí las excusas de siempre. Le dije que, por favor, me dejase, que necesitaba estar sola, que ya la llamaría... Traía, sin embargo, la lección bien aprendida. -No pienso marcharme de la puerta. Tan sólo quiero estar contigo un minuto, medio minuto. Ábreme, por favor, porque no me iré de ninguna de las maneras-. Ante su insistencia, no me quedó más remedio que abrirle. Me dio un cariñoso beso. -¿Quieres salir de la cueva en la que te encuentras?-, me interrogó sin más preámbulos. Le contesté que sí, echándome a sus brazos. -Vístete, por favor; vas a verlo todo claro-, fueron sus palabras, mientras esbozaba una sonrisa, tras la que vi un puñado de manos extendidas que acudían a la herida en el momento en el que sangraba con más intensidad. Me vestí como una autómata. Salimos a la calle. Corría una suave brisa que sentí en mi cuerpo como las ternuras de las noches en las que algún ser humano saca a relucir lo más noble de su interioridad. Me hizo entrar en su coche. Mi amiga no decía palabras. Tan sólo me miraba impregnando el coche de un florilegio de sonrisas gratuitas. Tuve el profundo sentimiento de que en mis amigas había algo más que el mero lazo con el que nos había entrelazado la monotonía de la vida, los encuentros y las experiencias vividas en común. Me sentí a

gusto. Ni siquiera me preocupé de preguntarle hacia dónde me llevaba. Ya el mero paseo me estaba reconfortando. Mi mano, fuera de la ventanilla, tenía la sensación de acariciar una nada reconfortante de plumas suaves y cálidas de aquellas palomas que, cuando niña, cogía en la plaza del pueblo donde pasábamos toda la familia los meses de verano.

Fijé la atención en la ruta que íbamos siguiendo. Deduje de inmediato que nos dirigíamos a una cafetería discoteca, en la que en ocasiones habíamos estado toda la pandilla. Temí lo peor. Pensé que me habían preparado una encerrona con todas las amigas, con la pretensión de levantar mi decaído ánimo. Nada más lejos de mis deseos. -Mira, da la vuelta. Creo que te estás equivocando. No deseo en absoluto ver a nadie... Por favor, vuélvete-, le supliqué, aferrándome nuevamente al salvavidas de mi soledad y distanciamiento. -No, la que te estás equivocando eres tú. Por favor, no es lo que te imaginas. Mejor, no te puedes imaginar lo que vas a ver y oír. Estoy segura de que es lo que tú necesitas. Por favor, tía, confía en mí. No te voy a meter en ningún mal rollo-, me contestó mimosamente, como la madre que se esmera en convencer a su hija para que se tome el preceptivo medicamento que cure su dolencia.

Paró delante de la cafetería discoteca. El corazón me dio un vuelco. ¡Estaba allí el coche... sí, el coche de él!. Estuve a punto de salir corriendo para el interior del establecimiento. -Ya está, había recapacitado, había cambiado, había visto las cosas claras, había hablado con mis amigas para que ellas facilitasen el encuentro. Gracias, Dios mío-, pensé, mientras notaba cómo mi corazón aleteaba a un ritmo increíble. Me puse la mano en el pecho. En las palmas de las manos tuve la misma sensación que cuando se coge a un pajarillo entre ellas y notas el calor de la sangre, el temblor

del miedo y la suavidad de su plumaje enardecido y alborotado. -Gracias, muchas gracias, eres una verdadera amiga-, le dije, mientras la sorprendía con dos sonoros besos. Me precipité a bajar del coche y a encaminarme hacia la puerta de la cafetería. -Espera, loca, para. No lo estropees todo-, me gritó. Salió tan precipitadamente del coche como lo había hecho yo instantes antes. Me cogió de la mano. -Ven, ven por aquí, y por favor no hagas ningún comentario. Sólo mira y escucha-, me dijo mientras me conducía por la puerta de la casa del dueño del local, buen amigo nuestro. Salió a recibirnos. Me dio un beso. Yo no salía de mi asombro. ¡Qué sería todo aquel montaje!

Me vi conducida a una de las habitaciones de la casa. -No encendáis la luz-, exclamó el propietario. La habitación permaneció a oscuras, mas, de inmediato, todo se hizo perceptible gracias a la luz tenue que entraba desde la cafetería discoteca. Nos sentamos junto a la ventana. Fuera comencé poco a poco a reconocer el escenario en el que había estado muchas veces con mis amigas. Reconocí el ruido del agua de las cataratas artificiales, oí la música que llenaba el ambiente de una melodía suave, relajante, acogedora, con manos extendidas para potenciar la comunicación. Varias parejas charlaban mimosamente acomodadas alrededor de unas mesas. Cierta distancia establecida entre una mesa y otra hacía posible la intimidad. No comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Vi, de pronto, que el propietario se acercaba a una mesa situada exactamente junto a la ventana de la casa en la que nos encontrábamos. -¿Otra copa? ¿Qué va a ser ahora?-, preguntó. -J.B con seven up y un bacardí con coca cola-, contestó el que se encontraba acompañado en la mesa. -¡¡ Era él, Dios mío, Era él!!-, me grité para mis adentros. Fijé la mirada en la mesa, a la que

casi podía llegar con la yema de los dedos. Mi amiga me tapó la boca con la mano. -¡No lo estropees todo, capulla-, me susurró al oído. Bajó su mano. Yo contemplaba la escena con una ansiedad inusitada. Tuve ganas de gritar. Un frío que iba dejando tras de sí células congeladas comenzó a apoderarse de todo mi cuerpo ...

-Mira, Vanesa, no discutamos más-, fueron las primeras palabras que percibí con nitidez. -No tienes nada que temer. Dolores es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida. Ya te he dicho mil veces que nunca he sentido nada por ella, nada más que pena. Que la he besado alguna vez, es verdad ... pero yo no sentía absolutamente nada ... tenía que hacer el papel. Pero de cuatro besos no dejé que se pasara nunca. Yo sabía que dejándola cada vez más embeberchiná era como podía sacarle más cosas. Ella es muy rica y tiene mucha cultura, pero de mundología no tiene ni idea. Se creyó que yo no tenía novia –comenzaron a reírse los dos-. ¿Tú te imaginas que ... yo sin novia? Hay que ser vaina. Mira, cariño, ya le he sacado el coche. Ten paciencia que cuando le saque el piso la mando a la puta mierda. Me va a tener que ver en la foto de nuestra boda que pondremos en el escaparate de Fotos Marisa. Allí, allí, con un cristal así de gordo, para que sus babas no lleguen ni a mi sombra... ¿O tú prefieres que sea la madrina de nuestra boda para que nos pague el banquete y el viaje de novios?- reía la pareja en el momento en el que le sirvieron lo que habían pedido. El camarero miró hacia la ventana de la habitación en la que nos encontrábamos con una mueca de rabia y de consternación. Colocó sobre la mesa, con un gesto evidente de desprecio, un platillo con frutos secos. Al ir a colocar los vasos largos, un gesto torpe, sin la menor duda premeditado, hizo que el vaso cayese sobre las entrepiernas de tan dicharache-

ro joven. -Perdona, chaval-, dijo el camarero, mientras cogía unas servilletas de papel e intentaba secarle el pantalón, ante la mirada atónita de Vanessita, su novia. -Deja, cojones, que ya me secaré yo ... vaya papeleta...-, gritó. El camarero miró de soslayo hacia nuestra ventana. Una sonrisa de ironía incontrolada iluminó su rostro.

Mi amiga me abrazó, me dio dos besos tiernos, prolongados y limpió de mi rostro dos lágrimas que descendían lentamente, dos lágrimas fértiles, purificadoras, dos lágrimas que suponían un adiós al fantasma en el que tan increíblemente se había manchado. Correspondí a su ternura. Le di las gracias con todo mi corazón. Le rogué que me perdonaran mi distanciamiento, mi cerrazón, mi desconfianza en su amistad, mi ceguera. Salimos de la casa. ¡Con qué gratitud le manifesté al propietario del local tanta generosidad! Le besé. Me abrazó. -Nadie merece encontrar en su vida una bestia como esa, y tú menos-, fueron las palabras que me musitó con un afecto en el que nunca me había detenido”.

El coche trasportó a su casa, después de lo vivido, a una mujer completamente nueva. Dolorcita no paró de dar las gracias a su amiga y a todas las demás. Le adelantó a su amiga algo de lo que iba a realizar al día siguiente, pero le afirmó categóricamente que se tranquilizaran, que gracias a ellas había recuperado el juicio y las ganas de vivir. Ya en su casa, se fue para el mueble bar, cogió todas las botellas de güisqui que solía beber el pizzero en sus visitas. Las vació en una de las piletas de la cocina. Un olor a güisqui inundó la casa. Abrió el grifo y contemplaba, con un gozo inusitado, cómo el agua arrastraba sin piedad las gotas que del güisqui habían quedado sobre la pileta. Luego se dio un largo baño. Durmió plácidamente toda la noche.

A la mañana siguiente, se dirigió a la agencia de viajes y contrató un largo crucero por el Mediterráneo. Tras ello, se presentó en la entidad bancaria y tramitó la cancelación de su anterior orden de transferencia a la cuenta del vendedor de pizzas. Cuando salió del banco, observó un día sereno, hermosísimo. Las calles habían recuperado su vitalidad inusitada. Llegó hasta la playa, se descalzó, penetró en la mar hasta las rodillas. Todo le pareció de una belleza desbordante. La luz resplandecía tanto que casi hería su mirada verde y serena. ¡Dios! ¿cómo era posible que hubiese mirado tantas veces aquellas bellezas puras y diáfanas, sin verlas? Un barco se veía en el horizonte. El viento suspiraba sobre su alma en calma rumores de una dulzura nunca experimentada. De los labios de Dolorcita brotó un grito de júbilo.



LA HUMANIDAD DESCOMPUESTA

Aquella mañana había despertado con cuerpo de plomo. Una sensación de inmovilidad me recorría todo el cuerpo, que permanecía inmóvil sobre la cama. La indolencia me cogió de sus manos caprichosas y me introdujo en ese macabro sueño en el que, cuanto más corres ante un peligro inminente, menos te puedes mover, y la angustia se te clava con sus siete puñales sin aire en el centro mismo del corazón. Permanecía esclavo de un sopor que me inyectaba en las venas una sobredosis de un hielo paralizante. Permanecí en esa postura no sé cuánto tiempo; con el despertador en la palma de una mano sin ritmo, el único compañero vivo en las noches sin sueños, con su tictac que me enganchaba al carro de la vida que serpenteaba por la calle siempre en sombras. Miraba bobaliconamente la ropa que pendía de la percha de pie, con sus laocónticos brazos extendidos y su estática pose de estatua de sal. Pasaron minutos y minutos hasta desprenderme de la noción de tiempo y de la disciplina del método y del orden establecido, en la que había sido educado. No sabía si era una consecuencia de la comida copiosa, o el fruto de un cansancio acumulado, o la manifestación de protesta de una voluntad en exceso reglada.

Me dispuse por fin a incorporarme. Huelga decir que, si el proceso de salida del letargo del sueño había sido de ritmo cansino, no habría de ser de otra manera la salida de la segunda etapa, la que me haría permanecer largo rato sentado en la cama. Todo ello no era casual. El vitalismo exa-

cerbado, el activismo hasta la extenuación, la agenda siempre preñada, el teléfono insaciablemente enganchado, el consultorio con eternas conversaciones cargadas de unos fardos de humanidad descompuesta, todo ello convertía la diaria existencia en una insomne carrera de obstáculos, donde la medida, la comunicación ennoblecedora y la sonrisa franca y descarada cada vez se convertían más y más en un producto de un lujo inaccesible.

Abstemio de una relajación prolongada, me dirigí al cuarto de baño. Me entregué a un juego que desde niño me había subyugado; abrí el grifo del lavado y coloqué las manos para que sobre ellas fuese a chocar el chorro de agua fría. Siempre había fantaseado sobre esta acción, sintiendo como si se tratase de una de esas míticas cataratas de agua cayendo sobre un lago transparente y siempre verde. Miles de efímeras cupulitas de los más diversos tamaños comenzaban, al chocar contra el lago cansino de mis manos, una danza ingeniosa, mesurada, diría que hasta cosmopolita. Todo era fugaz, mas yo lo convertía en un rito casi sagrado, el rito de la purificación de las sombras ególatras de la noche, cada vez menos pródiga en sus antiguas bondades. Allí, en medio del frescor del agua que discurría lacónicamente sobre mis manos, noté de pronto algo completamente inusual: ¡Veía mis manos, mis dedos, mis uñas —otrota de un rosáceo color pletórico— en blanco y negro! El arco iris de colores había desaparecido de mi registro memorístico o de mi comportamiento visual. Volví a centrarme, atacado de un virus de ansiedad energética, sobre mis manos. En efecto, aparecían usureras de colorido. Mis dedos, impúdicos, anacoretas, abúlicos, me recordaron los extraños huesecillos, restos del homúsculo que los alquimistas exhibían charlatanamente a

curiosos e ingenuos en las ferias y vendejas de antaño, como restos inacabados de un hombre artificial que el alquimista había logrado crear artificialmente; y fracasado, no obstante, en su intento, su pretensión científica había quedado tan sólo en el recuerdo de aquel ser inacabado, carente de vida e incompleto.

Pensé que aquella experiencia mañanera no era sino un pequeño error en la activación de mi cerebro, sobrecargado de tantos elementos extraños y parasitarios. La asumí escépticamente como algo transitorio, en la seguridad de que, una vez en la calle, la realidad captada visualmente volvería a retomar las tonalidades de siempre. Estoicamente tomé de un sorbo un café que me supo a un purgante estomacal, de los que mi madre me hacía ingerir en la infancia, mientras apretaba los dientes unos contra otros en un esfuerzo titánico por impedir que la temida cuchara penetrase por el lugar vedado a los malos sabores.

Salí a la calle. ¡Dios!, ¿qué era aquello? Los colores habían desaparecido como en esas películas en que se mezclan fragmentos en blanco y negro con otros en color, para indicar un pasado más o menos próximo o para adentrarse en los extraños resortes de la subconciencia. Todo aparecía en blanco y negro. La gente iba y venía con plena normalidad, como ausente y desconocedora de lo que yo estaba presenciando. Me restregué los ojos. Nada, todo seguía en blanco y negro. ¿Habría sido atacado por una extraña enfermedad? Me puse a contemplarlo todo con tanta ansiedad como incredulidad. Los coches corrían alocadamente como siempre. No había cambiado el ruido, delincuente impune de la posmodernidad. Reinaba en las calles las mismas prisas de siempre, el mismo griterío, los mismos personajes; eso sí, yo tan sólo los percibía en blanco y negro. Estuve por vol-

verme para casa. Di unos pasos. Retrocedí. ¿Qué iba a hacer allí, forastero de mi propia esencia? Tal vez lo más atinado fuese dirigirme al hospital y exponer lo que me pasaba. -¡Qué estupidez!- me grité a mí mismo, -¿cómo explicaría lo que me estaba pasando? Iba a ser el hazmerreír de médicos jovenzuelos y de enfermeras ansiosas de novedades-. Nada, tenía que sobreponerme y esperar a ver cómo evolucionaba aquel extraño fenómeno.

Comencé a hacer ejercicios respiratorios mientras caminaba, para relajarme y dar rienda suelta a la expiración del aire que, temeroso de salir libremente por mi boca, se acunaba en mi pecho, produciéndome una sensación de opresión, que ponía en funcionamiento toda la actividad del mecanismo de la crisis de ansiedad. Hasta el momento había quedado bloqueado con la visión de conjunto de lo que contemplaba a mi alrededor. Me dispuse a observarlo todo con detenimiento, a contemplar los más nimios detalles de mi entorno desde una atalaya en la que jamás me había encontrado. Luché por ver la cara positiva de mi situación. -Nadie ha tenido la oportunidad de contemplar desde aquí la realidad viva- me dije a mí mismo como para autoconvencerme de la gratuidad de aquella experiencia única. Ya vería cómo actuar cuando tuviese más perspectiva de lo que me estaba aconteciendo.

Como quien se mueve con pasos inseguros, cortos, lentos y renqueantes, sintiéndome apresado en una red, cuyos orígenes y fundamentos desconocía y, por tanto, temía hacia dónde me podría llevar aquel trastorno sicosomático. Me liberé de mis elucubraciones neuróticas a duras penas y enfoqué el objetivo de mi centro de atención hacia aquel mundo fantástico que me circundaba. Noté de pronto un intenso dolor de cabeza. -No es nada-, me dije, -es tan

sólo la consecuencia esperable de todas las rarezas que me habían asaltado desde aquella mañana-. De pronto me vi arrastrado por la vorágine de un nuevo fenómeno desconocido. No sólo veía la realidad con la mirada roma del blanco y negro, sino que además comencé a observar ... que las personas que pasaban junto a mí cambiaban de color. Era un macabro semáforo que transmitía a mi mente la más escalofriante de las sensaciones. Cuando aparecían completamente en blanco se proyectaba sobre mi mente los conocimientos y creencias que, sobre tales personas, yo poseía. A quien consideraba buena persona, aparecía como tal; a quien consideraba gente de mal rollo, como tal se presentaban en mi mente y en mi conciencia.

Mas, un escalofrío inédito comenzó a recorrer mi cuerpo. Era como si me hubiesen enchufado a una torturante silla eléctrica. La mayoría de los cuerpos que pasaban junto a mí se transformaban de blancos en cuerpos negros, y de ellos se desprendían unos anillos de una extraña luz que, girando a gran velocidad sobre su eje, venía a aterrizar sobre mi cabeza y entraban en ella como una moneda sobre una alcancía. No era doloroso el proceso, diría incluso que, superado el temor inicial por el miedo a lo novedoso y desconocido, aquel revoloteo de puntos de luz llegó a resultarme agradable y reconfortante. No es nada fácil comunicar aquella experiencia. Mis palabras serían del todo inadecuadas; aun así, diré que cada foganazo de luz que se me adentraba en mi cerebro activaba un proceso de sorprendentes descubrimientos. Como en una película subtitulada en la que, por un error técnico, de ninguna manera coincidiese lo que pronunciaban los actores con el texto que aparecía en la parte inferior de la pantalla, congratulándose incluso en crear los más hilarantes descarríos y desincronizaciones entre

ambos canales comunicativos, así se me presentaba aquella realidad humana que desfilaba ante mi mente. ¡Cuán distintos resultaban lo que yo conocía de aquellas personas y los mensajes que sobre ellas proyectaban aquellos puntos luminosos en mi cerebro!

¡Qué ingenuidad, Dios, qué ingenuidad había enseñado en mi mundo interior, tan poseído de sí mismo! Yo que me jactaba de conocer a la gente ya en la primera impresión que recibía de ellas, yo que cacareaba como un charlatán de mercado las bondades innatas de la raza humana, yo tan dado a abrir el arca de mis entrañas al primer olfatazo de lo que consideraba una amigable mano extendida y generosa, me veía ahora castigado por tan adánica soberbia y orgullo a contemplar, desde la primera fila, la cámara de las auténticas verdades de la raza humana.

Contemplé, con mirada apasionadamente febril, una macabra danza de personajes, que una activación, cuya génesis desconocía por completo, exponía delante de mis ojos, negados para el colorido, la verdadera realidad de los mismos. Eran muy pocos los personajes que no destilaban aquellos resortes de luz, por lo que aparecían de igual manera, inalterables, inmersos en su mundo de blancos y negros. Eran personajes humildes, abuelas y abuelos que caminaban torpemente, que sonreían y saludaban con una modestia laudable, niños que marchaban hacia el colegio cogidos de las manos de sus madres y algún que otro personaje de sonrisa abierta y modesto aliño. Eran, no obstante, la excepción de los que desfilaban por las calles; eran tan sólo unas leves gotas que caían confiadamente en el océano inmenso de una sociedad que desprendía de sus miembros una y otra vez la coronita de luz que penetraba por las rendijas de mi cerebro.

La generalidad era cosa bien distinta. En donde yo había creído siempre que existía la bondad anidaba la maldad, una maldad sutilísima a veces, que actuaba en el silencio de las mentes adormecidas, para, en otras, hacerlo rodeada de una verborrea vacua, impregnada de unos ideales de escaparate, nunca existentes, que se vendían desde los estrados a los incautos con envolturas de azúcar y miel. Tras guantes blancos, pude contemplar las garras de los buitres más insaciables, envenenados por inagotables ansias de poder, de riqueza, de granderío, capaces de realizar cuantas acciones fuesen necesarias para conseguir sus idolátricos objetivos. Las miradas que consideré de luz, las amigables manos de luz, las palabras de luz, las visitas de luz, las propuestas de luz ocultaban la más negra de las oscuridades. Tras ello no había sino mero interés material, turbias habilidades para utilizar cuanto fuese necesario como peldaños de carne para formar la escalera que les encumbrase en lo más alto del poderío. Las frutas que antaño había contemplado relucientes en los árboles de muchos seres humanos, dulces, puras, en un ofertorio gratificante de humanidad y en un himno acompasado de sinceridad instintiva y espontánea, las contemplaba ahora inoculando los más amargos frutos de maldad, podredumbre y falsía.

La curiosidad inicial dio paso a una angustia que me invadió todo el organismo. ¿En qué mundo vivía; Dios, en qué mundo? ¿Cómo pululaban por las calles tantos personajes salidos de las más negras pesadillas? ¿Cómo el vicio y la corrupción se habían apoderado de la tierra de los humanos? ¿Cómo el cáncer de la inhumanidad se había asentado en todas las esferas sociales, invadiendo todo su cuerpo con una metástasis incontrolable, destructora, demoledora, mientras que todos parecían durmientes

ambulantes, vivos gracias a la anestesia del fugaz momento evasivo, del ruido, de la prisa, del entontecimiento mediático, de la habilidad de los alquimistas fraudulentos que marcaban el paso de las escuadras humanas que, sin sentido, caminaban hacia la destrucción y la muerte. Me parecía haber caído en una ciénaga de aguas movedizas. Extendía mis manos por ver si alguien acudía en mi ayuda. No existía la respuesta. Convertido en estatua de sal congelada, con los pies metidos hasta las rodillas en una placa de cemento armado, con la mirada resquebrajada como una casa vieja que se cae por el peso insufrible del abandono, grité. Nadie me miraba. Me golpeé la cabeza ¡No, no podía ser! Aquello no era más que una pesadilla. Los monstruos de la noche me habían cautivado en sus mazmorras sin tiempo y sin espacio. Sin embargo, seguían desfilando por mi alrededor, con sus ropas elegantes unos, otros con sus símbolos de la adoración a la modernidad enlatada. Sentí náuseas. El vértigo se apoderó de mí, mientras me parecía escuchar las carcajadas impunes de tantos embaucadores, demoníacos, pícaros, farsantes, ladrones, corruptos y mucha gente de tal calaña que me hizo lanzar un grito desgarrado contra tanta falsedad.

A duras penas, sin saber si estaba dormido o despierto, huí como pude de aquella tribu urbana que adoraba al becerro de oro con sus rituales mágicos del engaño, el fraude, la maldad y la ambición. De estar despierto, me arrepentí profundamente de haber sido elegido, vete a saber por quién, para contemplar aquel enigma que al principio me pareció fascinante y que ahora tan sólo de pensarlo me llenaba del más horrible de los pánicos. -Dios, Dios, ¡que esté soñando! - fue el grito que salió de mis labios enfebrecidos.

Unas preguntas me asaltaron de pronto. Fue como la jabalina que atinadamente se arroja sobre el animal y que, dando en el blanco, queda inmerso en convulsiones de muerte. ¿Cómo me verían quienes pasaban junto a mí? ¿Tendrían ellos la misma capacidad que yo de ver lo que había dentro de mis entrañas? ¿Qué les comunicaría la moneda de luz revolucionada que, girando a gran velocidad, previsiblemente saldría de mí y se introduciría en sus cerebros, acuciándoles para que contemplasen mi espectáculo de inhumanidad? ¿Habría en mi interior tanta maldad como la que yo había contemplado a mi alrededor, una maldad de la que ni yo mismo tuviese el menor conocimiento? ¿Existirían tras mi comportamiento unos resortes, cuya extensión ni yo mismo sabía?

Corrí apresuradamente hacia mi casa. Abrí la puerta mordido por la serpiente de la prisa. Me adentré en el cuarto de baño. Allí, allí estaba el espejo. Me precipité sobre él. Me miré profundamente. -Dios, ¡qué horror!- grité atónito. Allí estaba mi imagen en blanco y negro. Pero no era una sola persona. Había cinco personas superpuestas unas sobre otras, inseparablemente ligadas, personas desconocidas para mí, radicalmente opuestas unas a otras. Algunas me resultaban del todo irreconocibles. La conclusión fue demolidora. -Soy un monstruo mucho peor que los que me habían producido náuseas por la calle ... un monstruo ... soy un monstruo-, me gritaba ocultándome la cara para evitar contemplar lo que reflejaba el espejo. De vez en cuando abría temerosamente los dedos, cual ciego al que, tras una operación quirúrgica, desprenden parsimoniosamente las vendas que ocultan sus ojos angustiado por ver si había o no recuperado la visión perdida. Por más que repetía mecánicamente la acción, allí estaba proyectada la imagen de mi

monstruosidad. No pude más. Cogí un frasco de colonia y lo arrojé con toda la rabia de que fui capaz sobre el espejo causante de aquella revelación traumática. Sonó un golpe seco. Cerré los ojos, ocultándomelos con mis dedos temblorosos. Así permanecí un largo rato.

Creyendo haberme liberado de la pesadilla, esperando que en algún momento algún detalle, algún cabo suelto, algún inesperado signo me viniesen a revelar que todo había sido un sueño desagradable, volví a quitarme las manos de la cara. Los trozos del espejo aparecían en el suelo. Curiosamente se había fragmentado en cinco partes. Me puse de rodillas. Me acerqué al primer trozo. En él tan sólo aparecía una persona. En blanco y negro, mas tan sólo una persona. De pronto, vi cómo la moneda de luz salía fúlgida, tintineante, de aquel espejo y se me adentraba en el cerebro. Este se activó. Aquella persona ¡era yo! Mejor, tenía su origen en mí, pero no era sino lo que los demás pensaban de mí. ¡Qué horror! -Si este no soy yo-, me grité. -¡No soy yooooooooo!-, volví a gritar aterrado. ¿Cómo era posible que los demás hubiesen construido aquel espantapájaros que en nada se parecía a mi personalidad? Tuve un ataque de rabia. Estuve a punto de tirar el fragmento de cristal por la ventana hacia la calle, para devolver a la calle lo que era de la calle. Me contuve. Volví a depositar el fragmento en el suelo.

Cogí en mis manos un segundo fragmento. Allí había otra personalidad. Se repitió el proceso. Cuando la ráfaga de luz minúscula, emanada del trozo del espejo, activó mi cerebro, apareció el contenido de la nueva personalidad. También era yo. Aquella imagen, no obstante, no me produjo ningún rechazo. Diría que incluso me halagó. ¡Cuántas bondades en mi interior! ¡Cuántas cualidades y virtudes adornaban a aquella personalidad! Era lo que los

demás me decían a mí de mí mismo. Durante un largo rato contemplé aquella imagen, hasta que vi que poco a poco iba desapareciendo, era una imagen vacua, proyectada sobre un cristal impregnado de vaho, que los primeros flechazos del calor disiparon desapareciendo como una nube de humo que se perdía por el horizonte. Deposité el segundo fragmento sobre el primero.

Titubeé a la hora de seleccionar uno de los tres que quedaban en el suelo aún por contemplar. Deseaba y temía qué otra revelación podía percibir en aquellos fragmentos. Aceleré el proceso. Los recompuse. Los coloqué alineados uno junto a los otros dos. ¡Oh, sorpresa! Entre los dos primeros había un indiscutible parecido. No así entre estos dos y el tercero. Me sometí nuevamente al proceso de activación por inmersión del rayo de luz en el cerebro y me dispuse a recibir la nueva revelación. El tercer fragmento contenía lo que yo creía que los demás pensaban de mí. La diferencia entre la persona de este tercer fragmento y la del primero era abismal. ¡Cuánto estaba equivocado! ¿Cómo era posible vivir inmerso en unas coordenadas de tanta ingenuidad? - ¡Cuántas veces he hecho el ridículo!-, me dije a mí mismo con una voz cansina, entregada. Estaba agotado de tan patética revelación. Sentí unas ganas descontroladas de exhibir mi cuerpo desnudo desde el balcón de mi casa. ¿De qué servía tanto pudor? ¿De qué tanto cuidado por la opinión ajena? Por más que pretendiese pintar el océano de color amarillo, este luciría siempre los colores que le son naturales. -¿Qué importa la personalidad que los demás me creen, y para qué perder ni un solo instante de la vida en recapacitar sobre lo que piensan de mí?-, me decía en un monólogo sin ida ni vuelta, arrodillado allí, a los pies del lavabo que se quedó sin lago.

Dos fragmentos me quedaban por contemplar detenidamente. Mi actitud era ya bien distinta. Todo seguía siendo blanco y negro, mas la revelación me empezaba a resultar sanante. Tomé un fragmento del espejo en una mano y el otro en la otra. Finalizado el proceso de activación cerebral, contemplé extáticamente el cuarto de los fragmentos. Aquella personalidad que allí aparecía era lo que yo creía de mí mismo. Me era familiar, sin embargo pude contemplar, porque el activador señalaba, con unas flechitas tintineantes, aquellos elementos que consciente o solapadamente yo había querido colocar sobre aquella imagen. Eran adornillos de bisutería que, aunque estúpidamente yo los consideraba enaltecedores, eran tan sólo nódulos parasitarios que impedían la fluidez de la autenticidad y de la vida. Depositó el cuarto fragmento en el suelo.

Así el último de ellos con ambas manos ¡Reflejaba a la perfección mi personalidad! El activador, al ingresar en mi cerebro, en esta ocasión, había producido un efecto de vibración. En seguida me sentí identificado con aquella imagen. Como en un momento mágico, vi cómo coincidía perfectamente con el molde en el que trascurrió mi infancia, con los momentos de silencio interior, en los que asomaba en el lago eterno de mi espíritu la imagen de dorada tierra con la que fui amasado. Acerqué el fragmento a escasos milímetros de mi rostro, embebido quise sumergir la cabeza en aquel lago soñoliento y tranquilo sintiéndome cisne liberado con tantos interrogantes depositados en la pira funeraria para que se pierdan en la inmensidad del océano.

Quedé tranquilo. No había escuchado nada. Sentí a mis espaldas, inmediato a mi cuerpo aún de rodillas un jadeo cálido y apacible, mientras que unos emparrados de pelos se hacían sentir sobre mis piernas. Miré hacia detrás.

Había desaparecido la zozobra de mi pecho. Allí estaba ella. Sus ojos, ávidos de extrapolarse de sus órbitas, disipaban mis inútiles preguntas. Una sonrisa se escapó de mi faz contraída... Mirándola, musité con voz incrédula: ¡han vuelto los colores! mientras acariciaba el cuerpo canela de mi perra, que se pegaba a mí con las apacibles veletas de su cabeza, mientras que los sueños, soñolientos y apacibles, se marchaban del mundo de los mortales, al par que desaparecían para siempre aquellos terroríficos pájaros de fuego. Atrás quedó la realidad en blanco y negro. Mi perrita relucía, como un astro de oro, con su cuerpo canela, perfecta simbiosis de cuerpo y alma.

PERDIDO EN LA CONCIENCIA

Por fin estaba nuevamente sentado en una de las sillas de las mesas de lectura del archivo histórico. Esperaba, con una impaciencia irremediable, que el archivero me acercase el legajo solicitado. Mira que había leído ya legajos, sin embargo cada llegada de uno era una experiencia nueva, como una caja portadora de un obsequio que, sin saber su contenido, se abre con ilusión infantil, mientras que el gusanillo de la curiosidad mordisquea por el misterio insondable del pensamiento y del deseo. Una luz blanquecina iluminaba tan sólo la superficie de la mesa de lectura. Aparecía ésta siniestra y preparada para el rito, como una mesa de intervenciones quirúrgicas. La lluvia, tan esquiva en otros otoños, caía pesadamente a raudales, incansablemente, inagotablemente. Desde la alta ventana veía figuras empujadas que, cubiertas con paraguas de variopintos colores, cruzaban a toda prisa la inhóspita calle encharcada. La vía pública aparecía como un martilleante hormiguero de coches, que iban y venían contaminando una atmósfera ya de por sí desolada.

Había estado algún tiempo faltando a mi inamovible cita con el archivo. Una inoportuna irritación de los ojos me había impedido asistir a mi encuentro programado con los legajos. Parecía como si tan vetustos papeles se hubiesen querido vengar de la curiosidad que me arrastraba a adentrarme hasta sus propias entrañas y escudriñar sus intimidades más profundas. Desconocía, hasta que el archivero, al ver el progresivo enrojecimiento de mis ojos, me dijo que, tras usar los legajos, me lavase detenidamente las manos, para que no me dañase los ojos el polvillo que de los legajos

se desprendía, pues el paso del tiempo por ellos y los productos químicos, con los que los legajos eran tratados para su mantenimiento, podían producir tales irritaciones.

El archivero iba y venía por la sala acercando los legajos solicitados a quienes habían llegado antes que yo. Su andar parsimonioso, su bata blanca, su parquedad de palabras y gestos, y su silueta ascética estaban en consonancia con tanta vida aletargada como se encerraba en el importante archivo. En cada mesa tan sólo había un lector, y algunas estaban desocupadas. Quien venía al archivo sabía que venía a adentrarse en una lectura difícil, ávida e incansable. El material documental se encontraba en un sancta sanctorum al que tan sólo el archivero tenía acceso, por eso cada salida de él del misterioso habitáculo era seguida por las miradas de los lectores, ávidos de ver el aspecto que presentaba el legajo solicitado, o mordidos por la curiosidad de descubrir qué habían pedido los lectores circunstanciales.

Hacía tiempo que se había apoderado de mí una especie de legajodependencia. Los hechos históricos del ayer levantaban oleadas de pasión intelectual en mi mente. El estudio de la historia era mi profesión, pero sobre todo era mi vocación. Esta fue desarrollándose imparablemente, en tanto en cuanto me iba alejando del uso de las fuentes indirectas. Los manuales de historia, los tratados monográficos, y los más diversos estudios sobre el pasado me producían unas oleadas de desconfianza y de recelo. Los personajes me aparecían desfigurados, carentes de lógica, privados de vida; los hechos, minimizados, manipulados, y transformados en unas síntesis que pasaban de historiadores a historiadores, plagiándose los unos de los otros, y usando como elemento probatorio de sus asertos el testimonio de autoridad, como los indecisos y temerosos escritores de la edad media.

En la fuente directa sentía el palpito de la vida. El corazón de la historia tictacneaba a través de aquellas líneas con harta frecuencia difícilmente legibles. Me sentía como un entomólogo apasionado corriendo detrás de las palabras que luchaban por escaparse de la red de mi curiosidad filosofal. El mero contemplar las letras ya era una pasión inigualable. ¡Qué diversidad de matices! ¡Qué giros coloquiales más vivos, hasta en los más grandilocuentes documentos! ¡Qué expresiones tan cargadas de humor, de ironía o de desfachatez! ¡Cómo poco a poco, de la niebla espesísima de tan vetustos documentos, iba apareciendo con nitidez la idiosincrasia de un personaje, o la narración de aconteceres del ayer! El encuentro con los legajos me convenció de que la verdad de la historia no está en la exogenética, por la que se hace un refrito de los estudios históricos de diversos autores y aparece una historia, aparentemente nueva, con un mero lavadillo de cara, que no llega al verdadero conocimiento de lo que fue; sino en la endogenética, en abrir las compuertas para que los documentos primitivos y fidedignos salgan a la luz.

Inmerso en tales elucubraciones, noté que el archivero me había depositado sobre la mesa el legajo solicitado.

- Ya lo sabe usted, lávese las manos después de manipular estos documentos-, me dijo, sin esperar ninguna respuesta.

- Gracias-, le contesté viendo cómo se alejaba pausadamente.

Cogí en mis manos el legajo que había solicitado. Contemplé al archivero. Este estaba mirándome de soslayo. Observé, no obstante, en su mirada, algo extraño, era como el titileo de unas lucecillas oscuras, negras, con olor a cipreses recién enterrados. No sabría explicar qué sensación me produjo aquella mirada entre triste y sarcástica, entre dis-

tante y zumbona, entre acogedora, fríamente acogedora, y amenazante. Las sombras de una inquietud creciente gayaban la curiosidad que siempre me había acompañado.

Fijé mi mirada en el legajo. Era voluminoso. Sus hojas estaban cosidas con unos hilos blancos, que aparecían deshilachados, sueltos, como palomas que, expulsadas de sus jaulas, revolotean alrededor de donde antes tenían la comida asegurada, sin poder perderse por el extenso infinito azul, atraídas por un imán corrosivo, pero predestinante. Me fijé en primer lugar en las letras. En una primera lectura, algunas resultaban difícilmente legibles; otras, sin embargo, eran claras, precisas, atrayentes, invitadoras a adentrarse en una lectura serena y reposada. Fui pasando hojas y hojas, tan sólo ojeándolas. Era como una visión de conjunto de aquel succulento plato que luego pausadamente habría de leer página a página. Pronto mis dedos se impregnaron de un polvillo penetrantemente suave, negruzco, de incontrollable olor ácido, que parecía como un letal producto químico que, con su sola inmediatez física, me impregnaba hasta los mismos huesos.

Estaba ya acostumbrado a semejante sensación. Tendría que adoptar, al terminar la lectura de aquellos legajos, las medidas recomendadas por el archivero. -Lávese, usted, las manos, cuando termine... lávese, usted, las manos, cuando... lávese, usted, las manos... lávese, usted... lávese... lávese... lá... ve... se... -. Las palabras se iban retirando de mi conciencia, apagándose en ella, como se esconden por entre los rincones umbríos de lo más alto de las montañas los últimos acordes languidecidos de los ecos.

Me dispuse a comenzar la lectura. Tenía ya preparado el cuaderno donde ir escribiendo las notas que me pareciesen más pertinentes de cuanto leyese. Estaba investigando las cau-

sas criminales seguidas por el juez eclesiástico durante los siglos XVI y XVII. Desde un principio, me había sorprendido el carácter ascendente del número de las mismas. En este periodo, cuanto más se avanzaba cronológicamente, mayor era el número de los encausados. Había algún año que batía todos los record por la abundancia de los delitos cometidos. Parecía como si algún espíritu maléfico impulsase arrítmicamente el desarrollo lineal de los delitos, como si de las acciones delictivas surgiese una tronante voz mimética, que impulsaba a algunos a cometer lo que otros habían ya realizado.

Busqué la numeración del documento, la referencia con la que estaba catalogado, para anotarla en el cuaderno. Sorprendentemente no tenía. Era la primera vez que me había sucedido. No era habitual. Hice ademán para levantarme y dirigirme al archivero con la pretensión de preguntarle por aquella carencia. No me había acabado de levantar de la silla, cuando el archivero, mirándome con una mirada fría, hierática y displicente, me indicó, con un movimiento de manos, que me sentase. Me senté. Parecía que sabía lo que le iba a preguntar. Volví a mirarlo. Me asintió con un ligero movimiento de cabeza.

-Lea, lea-, me pareció interpretar en el movimiento sin voz de sus labios. Siguió su constante ir y venir por la sala y sus frecuentes entradas al sagrado templo, donde dormían en cajas de cartón testimonios de años y años de historia. Me centré en la lectura de aquel legajo. Una segunda sorpresa. Todos los legajos que había leído con anterioridad anunciaban en la portada de los mismos el contenido que se encerraba entre sus páginas. Este, en cambio, no llevaba nada escrito en su portada; tan sólo un borrón de tinta negra en uno de los ángulos inferiores, que conservaba aún una hilita de la tinta hasta el final de la superficie del papel, como si

aquella, al caer en su día sobre el papel, se hubiese extendido hacia abajo.

El archivero, sin duda, se había equivocado. Aquel no era el legajo que le había solicitado. Leí la primera página: “Casos que fueron seguidos en la ciudad de Sevilla en el año de mil y seis cientos y cuarenta y cuatro por el Tribunal de la Santa Inquisición de la Santa Madre Católica, Apostólica y Romana Iglesia contra herejes, brujos y brujas, hechiceros, decidores de cosas que ofenden a Dios, promulgadores de decires contra la Santa Religión y contra los decidores de maldades sobre sus usos y sacrosantas costumbres de su hacer y no hacer, y contra los derechos, hábitos y dignidades del venerable clero de la su muy noble y católica ciudad....”.

Un sudor frío me recorrió de pronto el cuerpo entero, como el sobresalto intuitivo ante un peligro inminente. No había sentido jamás curiosidad por aquel tema. Sufría vértigo con tan sólo leer lo que en los manuales de historia se había escrito por los más diversos autores. Era como un picor que se me extendía por el cuerpo entero, y que tan sólo conseguía amortiguar cuando me alejaba de inmediato de la lectura de tan oscuras páginas de la historia. ¡Dios, Dios, cómo se podía llamar santa a quien tanto daño injusto hizo en nombre del Dios del amor! ¡Cuántas florecillas silvestres fueron arrancadas del prado de la vida por el solo delito de respirar libremente el oxígeno que le había dado el único, el solo, el verdadero santo entre lo santo! Orondos inquisidores, ojos de espinos, oídos de criaturas del averno, bífidas lenguas sentenciadoras: ¡Que se pudran en sus sepulcros y mausoleos de mármol y alabastro, mientras que sus almas negras y malignas se derriten por toda la eternidad ante el cálido refulgir que brota del amor infinito del único que es Verdad!

Me sentí mal. Estuve por salir corriendo del archivo. Intenté serenarme. Aquella podía ser una oportunidad única de leer unos legajos quizás inéditos y por nadie leídos. Miré al archivero. Pude notar cómo me seguía mirando de soslayo, no perdiendo punta de cuánto sucedía en mi interior. Me castigaba con una sonrisa irónica y una mirada penetrante como el bisturí de un cirujano. ¿Qué era todo aquello que me estaba pasando? ¿Sería tan sólo el azar? ¿Resultaría que todo aquello no era más que la confluencia de un cúmulo de coincidencias, y que mi mente estaba construyendo el resto? Pero no, no podía ser fantasía. Allí estaba yo. Allí estaban los demás lectores, serenos e hieráticos, ensimismados en sus lecturas. Allí estaba el archivero atendiendo a quienes lo solicitaban. Y sobre todo, allí estaba aquel legajo, preso entre mis manos. Aquello no era ciencia ficción. Era pura realidad.

Inicié la lectura. El documento estaba mal conservado. La tinta negra había desprendido un polvillo negruzco, que caía sutilmente sobre la mesa. Las hojas aparecían penetradas por la fuerza corrosiva de la tinta, de manera que la superposición de lo escrito en el haz de las páginas hacía prácticamente imposible la lectura del envés de las mismas. Aun así, me esforcé en la lectura. Leí y leí, hasta notar un lagrimeo en los ojos que me empañaban los cristales de las gafas. No podía, sin embargo, atender a la limpieza de los cristales. Tenía las manos ennegrecidas. Previsiblemente, de intentar limpiar los cristales, estos quedarían también impregnados de aquel producto. Prefería seguir leyendo y, de trazo en trazo, me desprendía de las gafas y las dejaba sobre la mesa para que el calor que se extendía por la sala dispase el vaho de los cristales.

La dificultosa lectura me arrancó del alma un sentimiento depresivo. Por sus hojas, roídas por el tiempo, como

el gusano abre agujeros en la hoja de la morera, hasta convertirla en una obra de artesanía, en la que se pueden imaginar las más fantásticas y creativas imágenes, aparecían datos que sólo podía unir a trazos. Era como un mosaico. Sólo ofrecía piezas sueltas; pero, unidas pacientemente en una lectura agotadora, iban dejando tras de sí unos datos espeluznantes. Rimbombantes nombres de eclesiásticos, con la oscura retahíla de sus títulos y saberes; lista inagotable de testigos, con sus testimonios idénticos, clonados una y otra vez; identificación de las personas que presentaban testimonios, acusadores los más, ambiguos los más tolerantes. Primera, segunda y tercera declaración de los acusados. Acosados cada vez más, se notaba en las palabras escritas sobre sus declaraciones un cansancio cada vez más creciente.

Pasaba como gato por ascuas por la lectura de las declaraciones de los testigos. Respondían a un cuestionario previamente fijado. Las respuestas, por carencia de la más mínima originalidad, llegaron a producirme cansancio y hastío. Buscaba el final de cada proceso inquisidor. La sentencia, dramáticamente acusadora en todos los casos, redactadas con una ampulosidad barroca y con una carga inimaginable de cargos criminales caídos sobre la víctima del proceso, dejaba ver la capacidad de la raza humana para la maldad. Crueldad, minuciosidad descriptiva, regusto en el sufrimiento ajeno, intolerancia, soberbia, orgullo, carencia en grado sumo de valoración de la vida ajena; todo ello formaba un cóctel despreciable, que iba manchando letra a letra la dignidad de aquellos papeles momificados, condenados a su vez a tener que portar tan macabra carga por tanto tiempo.

Yo leía y leía tan incansable como agotadoramente. Me parecía que ya estaba bien con lo leído. Quedaba aún

bastante por leer del legajo. Iba a dejar la lectura, cuando, ¡Dios de mi vida! pero ¿qué macabra sorpresa era aquella? Un título en la parte superior de una de las páginas del legajo anunciaba el proceso criminal contra una persona de mi mismo nombre y apellidos. La coincidencia, en aquel desagradable contexto, me pareció de muy mal gusto. Me picó la curiosidad. Un pálpito ardiente me subía desde el mismo estómago, ahogándose en el pecho con una opresión al extremo desagradable. Comenzó a faltarme oxígeno. Me sentía francamente mal. Hice una parada en la lectura. Miré indolentemente hacia el fondo de la amplia sala de lectura, como queriendo encontrar una suave brisa que aplacase mi ansiedad disparada. Busqué, con una mirada bobalicona, la silueta del archivero. No la encontré. Se habría adentrado en el sancta sanctorum de los legajos en busca de algún otro solicitado. Su retorno era en toda ocasión sumamente lento. Siempre que allí se adentraba, suponía que debía de realizar algún misterioso rito, en el que tan sólo él estaba iniciado, antes de traer a la sala el legajo solicitado.

La curiosidad y el miedo a los efectos de la ansiedad que aquello me estaba produciendo se echaron un pulso sin piedad; un pulso agitado, trémulo, amenazante. Ganó la curiosidad. Me volví a ver de nuevo enfrascado en la lectura. Lo que fui leyendo no podía ser más desconcertante. Todos los datos que, a duras penas, conseguía medio leer y medio interpretar, por el progresivo mal estado de conservación del documento, iban dejando caer en el cada vez más agitado lago de mi conciencia unas duras piedras que, en su contacto con la superficie de la misma, levantaba unas hondas que se iban esparciendo por todo el maltrecho lago, removiendo hasta los cimientos más profundos y cimentados del mismo.

Descubrí horrorizado que no sólo había coincidencia en el nombre y apellidos. Salvo en las fechas indicadas en el legajo procesal, todo lo demás coincidía plenamente con mi vida. El legajo, no obstante, se resistía a que pudiese leer con nitidez su contenido. El tenue emborrado, las siluetas de unas palabras descoloridas, la acumulación de palabras sin separarse las unas de las otras, como si el escribano hubiese tenido prisa por terminar la redacción del documento, un deterioro del papel por la humedad o por las destructoras polillas del tiempo, impedían inmisericordes que pudiese leer completamente el contenido de aquel proceso aterrador.

Aun así, supe de todos mis datos biográficos, de mi identidad familiar, de los cargos que se me imputaban, de los testigos que fueron interrogados en el proceso, de cuanto estos declararon sobre mi conducta, de los interrogatorios agotadores a que fui sometido, de mis palabras cada vez más apagadas, más monosilábicas, más trémulas, más sin sentido, más incoherentes ... de la sentencia condenatoria, brutalmente condenatoria. ¡Con qué crueldad castigaban un cúmulo de patrañas y de palabras, gestos y actuaciones del todo mal interpretados, atribuidos a mi comportamiento! Dije ¡“mí”, “mi comportamiento”!, y un pávido escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Era patente que yo no podía ser aquel procesado, pero también era a todas luces evidente que, tras todo aquello, estaba yo, que era yo, que era mi vida, que eran mis palabras, que era mi comportamiento, los que habían sido analizados, testimoniados, procesados, sentenciados y destruidos en aquel proceso inquisitorial. ¡Dios! Pero ¿qué me estaba pasando? ¿Qué agente diabólico había construido tan perfectamente aquel documento en el que no podía por menos sino verme del todo identificado?

... Tras un largo rato de desconcierto, en el que tenía la sensación de que me habían propinado una pedrada en la

cabeza, aunque cada vez más fuera de mí, notando cómo había perdido por completo el control de mis sensaciones y pensamientos, volví, no obstante, a releer el proceso inquisitorial desde el principio. Apretaba cada página con mis dedos temblorosos, con la intención, inútilmente pretendida, de autoconvencerme de que todo aquello no era sino una fantasía, depositada en el lago impenetrable de mi conciencia por algún fantasma despiadado y macabro con la intención de torturarme.

Descubrí, de pronto, algo que me derrumbó por completo. No lo había captado anteriormente. Las fechas mencionadas en el legajo... coincidían plenamente con las de los acontecimientos de mi propia vida. Eso sí, con la diferencia de tres siglos. Unos fríos espasmos comenzaron a revolotear por mi mente enfebrecida. Me vi invadido por el alboroto de un profundo síndrome vertiginoso. Noté cómo la vista me iba abandonando... un sopor fúnebre me invadía progresivamente... progresivamente...

Noté una gélida frialdad por todo el cuerpo. Me dolía profundamente la cabeza. Abrí los ojos. No tenía gafas. No sabía dónde estaba. Volví a abrirlos con una mayor intensidad. Vi como una rueda redonda, negra, que daba pausadamente vueltas y más vueltas sobre su eje. Fijé la vista en aquel círculo rodante, sin saber qué era ni dónde me encontraba. En el centro del círculo aparecía una S escrita con luminosa tinta negra. La S estaba coronada de una frase que corría por todo su alrededor. Me esforcé por leer lo que decía aquella frase. Su contenido no supe descifrarlo. Iba demasiado deprisa para ser apresado por mi lectura. Sentí la sensación de que era una mezcla de palabras escritas sin sentido, como las palabras que balbucea quien carece de inteligencia. “Riqueri philosophale nghgjgjjg os March mamioreque

mihi mcxm ai qui plus op1 tissimi memoria ope secutis” eran los signos que me parecía captar en aquella pretendida lectura torpe y apresurada. Del círculo del eje, donde se encontraba la S, solemne, señera, aturdidora, amenazante, rodeada de la anterior indescifrable frase, se abrían unos radios que iban a parar a otro círculo mayor, en el que se abrían una gran cantidad de pequeños círculos también con una letra dentro de cada uno de ellos. Pude ver aquellas letras, que aumentaban de tamaño más y más cuando más se alejaban del centro. Seguí contemplando, sin saber si aquello era realidad o ficción. Seis radios de mayor grosor iban desde el eje hasta la superficie del círculo. Me esforcé. Leí pausadamente. Poco a poco, las letras que coronaban cada una de las seis partes me fueron apareciendo con cierta nitidez. Leí la primera: “Prima tabula usque hic”. Me fue fácil seguir leyendo las restantes: “Secunda tabula usque hic” ... Tercera tabula usque hic ... Cuarta tabula usque hic ... Quinta tabula usque hic ... Sexta tabula usque hic... El gran círculo estaba coronado por un gran anillo de pequeñísimos círculos engarzados unos con otros, llevando en cada uno de sus respectivos interiores una letra. Todas eran letras mayúsculas y fácilmente identificables. Sólo dos de ellas aparecían con caracteres griegos: la alfa y la omega. Fuera ya del gran círculo, y moviéndose al ritmo que este les marcaba, como si se tratasen de sus propios satélites, aparecían otros cuatro círculos, colocados a una distancia simétrica los unos de los otros. También llevaban unas palabras en su interior. El frío me había invadido los huesos. A duras penas pude leer lo que había escrito en aquellos cuatro últimos círculos: “Principium”, “Medium questionis”, “Dedum extremitati” y “Finis”.

Todo el conjunto apareció de pronto cerrado en un insondable hermetismo. No entendía absolutamente nada,

pero comencé a intuir que, tras aquellas letras y palabras simbólicas, había algo muy íntimo que, de alguna manera, me pertenecía. Tenía la sensación de que aquel revoltijo de símbolos inconexos era como un esotérico espejo, como una matriz telúrica, donde se proyectaba lo más recóndito e indecifrabable de mi interioridad. De pronto, todo aquel artilugio mental comenzó a dar vueltas a una velocidad enloquecedora. Fueron transmutándose los colores del punto de luz, al que había quedado reducida la totalidad del enigmático conjunto. Del intenso negro se pasó a un blanco de una albura deslumbradora; de este, a un verde inimaginable, relajante, atrayente; para transformarse en la plenitud del color amarillo, un amarillo jamás visto, como si hubiese resurgido de la plenitud de la esencia de todas las tonalidades de amarillos; y de ahí terminaba aquella serie de mutaciones en un punto de un rojo intenso, tintineante, del que se desprendía un calor que reanimaba todos los nervios de mis miembros yertos. El vertiginoso movimiento del círculo de luz fue deteniéndose poco a poco. Habían desaparecido los círculos y las misteriosas letras. Poco a poco fue tomando vida, en el lugar que todo el conjunto había ocupado antes, un inmenso dragón, de color indefinible, que, en un escorzo violento, comenzaba a mordearse su propia cola.

... Noté cómo una mano fría y huesuda golpeaba en mi mejilla. Abrí los ojos. Vi, inclinado sobre mi cuerpo, al archivero con su bata blanca. Clavó su mirada en mis ojos. Fue entonces cuando descubrí que me encontraba tendido sobre el suelo de la sala de lectura del archivo. Contemplé a mi alrededor a otras personas que prontamente fui identificando como algunos de los investigadores que asiduamente contemplaba en el archivo. Me miraban con cara de compungida sorpresa.

- ¿Qué me ha sucedido?-, fueron las palabras que salieron de mi boca, dirigidas al archivero.

- No se preocupe usted, ya pasó todo. Ha debido ser una bajada de azúcar, o algo similar; se cayó mientras estaba recogiendo sus cosas, tras entregarme el legajo que estaba usted leyendo-, respondió el archivero.

- ¿He dañado el legajo en la caída?- volví a preguntar.

- No, no se preocupe- volvió a contestar el archivero. -Al legajo no le ha pasado nada. Además ya me lo había entregado usted antes de perder el conocimiento. Cuando usted se cayó al suelo yo me encontraba en las salas interiores poniendo el legajo de causas criminales en la caja correspondiente.

- No recuerdo bien lo que he leído hoy-, exclamé, mientras miraba los ojos del archivero.

- Ha seguido usted leyendo los legajos que le ocupan desde hace algún tiempo sobre las procesos criminales seguidos contra eclesiásticos en los siglos XVI y XVII por cuestiones de relajación de costumbres-, me contestó. Comencé a observar un cierto desconcierto en sus palabras. Aquello acrecentó en mí la idea de ver si todo aquello que me había sucedido tenía o no algo de realidad.

- Pues creía haber estado leyendo documentos de procesos seguidos por la inquisición en esa época-, le contesté.

- Por favor, pero ¿qué dice usted? ¿Sabré yo el documento que le he traído? Además en este archivo no existe ningún documento sobre ningún proceso inquisitorial-, contestó un tanto alterado. Observé cómo los demás compañeros de sala comenzaron a volver a sus respectivas mesas.

- Quizás me haya usted traído por error algún otro documento distinto a esta temática-, contesté. Observé que

la rigidez de su rostro era cada vez más acentuada. Continué:
-Es que-...

- ¿Es que qué...? ... ya se lo dicho. Usted ha tenido un legajo de la misma caja. El que usted me pidió. Creo que el golpe al caer en el suelo le ha trastornado algo.

- Mire, usted me trajo un documento con la portada en blanco ... y un borrón de tinta negra en uno de los ángulos de la misma-, me atreví a replicarle. Me ayudó a incorporarme. Me puse de pie. Cogí las gafas que alguno de los compañeros había depositado sobre la mesa de lectura junto a mis cosas. Me las coloqué. El archivero salió precipitadamente hasta el sancta sanctorum de los legajos. Volvió con uno en las manos.

- Este, este es el legajo que usted ha estado leyendo hoy, ¡señor mío!-, me gritó, mientras lo depositaba, no sin cierta violencia, sobre la mesa. La caída del legajo levantó una liviana nubecilla de polvo. Cogí el documento. La portada no estaba en blanco, ni tenía ningún tipo de borrón de tinta negra. Comencé a leer la portada: “Querella del Fiscal contra algunos de los vicebeneficiados de la Iglesia Mayor de Santa María Coronada por haber exigido el cobro de varios bautismos que no habían realizado ellos” Año de 1644.

Le entregué el legajo al archivero. -Perdóneme; es como usted dice, quizás el desmayo y el golpe me hayan trastocado un poco-, contesté. -Perdone, usted...-, repetí desconcertado. El archivero, con el legajo en la mano, volvió a dirigirse hacia el lugar de la guardia y custodia de los documentos. Terminé de recoger mis cosas. Le dije adiós a uno de los compañeros de lectura, con quien yo llevaba allí más tiempo. Me dirigí hacia la puerta de salida del archivo. Al pasar sobre las mesas que el archivero tenía colocadas para su trabajo tras un mostrador en el que recibía los encargos de búsqueda de

documentos, pude observar ... ¡con total certeza! ... que el documento de la portada blanca y el borrón de tinta negra en el ángulo inferior estaba sobre la mesa casi cubierto por un periódico. Pero una parte de él sobresalía por debajo del diario, dejando ver con total exactitud la mancha de tinta negra y el chorreo de la misma. No me quedaba la menor duda; aquel era el documento que yo había estado leyendo durante toda la mañana. Lo miré un momento, trémulo, desconcertado, con un súbito avispero de preguntas chocando en el cristal de mi conciencia. Escuché de pronto que la puerta del sancta sanctorum se abría. Salió el archivero. Me miró a los ojos penetrantemente, amenazadoramente. Una sonrisa de cristales de hielo salía a borbotones de su rostro. Cerré la puerta del archivo por fuera. Nunca había sentido mayor sensación de frío y de estupor incontenido que al tocar la puerta en aquel preciso momento.

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	7
EL AGRICULTOR DE PIEL TOSTADA	15
EL HOMBRE SIN ESENCIA	21
EL CALLEJÓN SIN NOMBRE	43
EL NIÑITO DE CERA	53
INDOLENTE.....	57
LA ABUELA DE BLANCA LUNA	65
LA MUJER DE HIELO	77
EL COLECCIONISTA	86
DOLORCITA	102
LA HUMANIDAD DESCOMPUESTA	127
PERDIDO EN LA CONCIENCIA	140

Siguiendo la estela de Julio Cortázar, para quien "la única forma en que puede conseguirse ese secuestro momentáneo del lector es mediante un estilo basado en la intensidad y en la tensión", Narciso Climent sabe conferir a sus narraciones la tensión precisa para mantener atento al lector. Sabe dosificar perfectamente la información, sabe suspender un detalle para presentarlo al final del cuento, sabe callar para que sea el lector quien complete las historias. En resumen, sabe engañar al lector y éste agradece ser engañado. En sus cuentos, por consiguiente, se consume con eficacia el pacto literario entre autor y lector.

José Jurado Morales
(Universidad de Cádiz)